



ARMANDO DONOSO

M(8-44)

LA SENDA CLARA

Prólogo de LEOPOLDO LUGONES

Brunetière y la bancarrota de la ciencia. — Un filósofo de la biología: Le Dantec. — El porvenir de la filosofía, según José Ingenieros. — La crítica de Lemâtre. — Walt Whitman. — Notas sobre Pio Baroja, etc. : : : :

1919

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada
Avenida de Mayo 791

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

o don
e n

LA SENDA CLARA



4312

Libros publicados por la "Cooperativa Editorial" Buenos Aires

Crítica

M. A. BARRENECHEA. — *Historia estética de la música.*

ALEJANDRO CASTIÑEIRAS. — *Máximo Gorki (su vida y sus obras).*

ATILIO CHIAPPORI. — *La belleza invisible.*

CÁRLOS IBARGUREN. — *De nuestra tierra.*

ALVARO MELIÁN LAFINUR. — *Literatura contemporánea.*

JOSÉ LEÓN PAGANO. — *El santo, el filósofo y el artista.*

Cuestiones sociales y políticas

JUAN ALVAREZ. — *Buenos Aires. (Su problema en la República Argentina).*

MARCO M. AVELLANEDA. — *Del camino andado. (Economía Social argentina).*

AUGUSTO BUNCE. — *Polémicas.*

M. DE VEDIA Y MITRE. — *El gobierno del Uruguay.*

Novelas y cuentos

CÁRLOS CORREA LUNA. — *Don Balasar de Arandia (2ª edición).*

MANUEL GÁLVEZ. — *La sombra del convento.*

BENITO LYNCH. — *Raquela.*

LUISA ISRAEL DE PORTELA. — *Vidas tristes (2ª edición).*

HORACIO QUIROGA. — *Cuentos de amor, de locura y de muerte (2ª edición).*

HORACIO QUIROGA. — *Cuentos de la selva.*

VICENTE A. SALAVERRI. — *El corazón de María.*

Poesía

MARIO BRAVO. — *Canciones y poemas.*

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ. — *La nouvelle moisson.*

ARTURO CAPDEVILA. — *Melpómene (2ª edición).*

ARTURO CAPDEVILA. — *El libro de la noche.*

FERNÁNDEZ MORENO. — *Ciudad (agotado).*

JUANA DE IBARBOUROU. — *Las lenguas de diamante.*

RICARDO JAIMES FREYRE. — *Los sueños son vida.*

PEDRO MIGUEL OBLIGADO. — *Gris (agotado).*

ALFONSINA STORNI. — *El dulce daño. (agotado)*

ALFONSINA STORNI. — *Irremediablemente.*

Teatro

ARTURO CAPDEVILA. — *La sulamita. (agotado).*

ARTURO CAPDEVILA. — *El amor de Schahrazada.*

Temas varios

ALBERTO NIN FRÍAS. — *Un huerto de manzanas.*

Traducciones

CARLOS MUZIO SÁENZ PEÑA. — *La cosecha de la fruta, de Rabindranath Tagore (2ª edición).*

Viajes

ERNESTO MARIO BARREDA. — *Las rosas del mantón. (Andanzas y emociones por tierras de España).*

Vida de nuestras ciudades

JUAN CÁRLOS DÁVALOS. — *Salta.*

ROBERTO GACHE. — *Glosario de la farsa urbana.*

Próximamente

MARTÍN GIL. — *Modos de ver (3ª edición, corregida y aumentada).*

ARMANDO DONOSO

000615

LA SENDA CLARA

Prólogo de LEOPOLDO LUGONES

Brunetière y la bancarrota de la ciencia. — Un filósofo de la biología: Le Dantec. — El porvenir de la filosofía, según José Ingenieros. — La crítica de Lemaître. — Walt Whitman. — Notas sobre Pio Baroja, etc. : : : :

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE

autobeam

1919

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada
Avenida de Mayo 791

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

OBRAS DEL AUTOR

- Menéndez Pelayo y su obra.*—Santiago.
Los Nuevos.—Valencia.
Bilbao y su tiempo.—Santiago.
La sombra de Goethe.—Madrid.
Obras de juventud de Rubén Darío.—París.
La senda clara.—Buenos Aires.

PRÓXIMAMENTE :

- Lastarria y su época.*—Santiago.
Ellos...—Madrid.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

Para los amigos de *Nosotros*,
el sencillo homenaje
de este libro.

A. D.

DOS PALABRAS

En nombre de las ideas libres que profesamos y de la buena amistad que hicimos por su agencia, Donoso me pide estas líneas como introducción a su libro.

No son los prólogos cosa de mi especialidad, ni entiendo mucho la materia filosófica que principalmente trata el autor; pero conozco su talento claro, su sólido juicio crítico y su buen estilo, con lo cual ya estoy certificando la excelente calidad de las páginas que siguen. Muéveme también a decirlo, fuera de la justicia que es lo principal, el afecto americano a cuya virtud considero como propios todos los países del continente; y no solo para amarlos con sinceridad, sino para opinar con franqueza sobre sus defectos y errores, tan argentinos por ser suyos, y con esto tan dignos de mi atención. Así me he creado en Chile algunas enemistades que me propongo corresponder, pues me duelen, haciendo con este chileno la excepción singularísima — y va-

liosa solo por esto — de un prólogo cuyo verdadero motivo es anticiparle la general congratulación. Que merecida se la tendrá por sus cabales.

Manifiesta en efecto este libro una madurez sobria y ligera como la del vino firme, que no parece obra de mozo americano, y que revela, además del talento, la reposada instrucción, comprobatoria del carácter: o sea de la cualidad más escasa en nuestra literatura. La libertad de las ideas, con ser muy grande, no se arrebata desmelenada al azar de la inspiración; lo cual indica un raciocinio claro y agudo a la vez, como la flecha apolínea que lo simboliza concertando en la seguridad de su tiro el acierto de la puntería con el envión del arco audaz.

Y así recuerdo, para aplicárselo como augurio en su clara senda, estos versos del canto III de las Geórgicas (6-9) con que Virgilio tomó aparte por la suya, a mano derecha de la versería habitual:

*¿Quién a Hylas, a Hipodamia y a la latonia Delos,
Y a Pélops, el jinete de hombro ebúrneo no invoca?
Yo tomo otra senda en que pueda alzarme del suelo,
Y venciendo al olvido, volar de boca en boca (1).*

LEOPOLDO LUGONES.

(1) Perdone el lector esta versión insuficiente de lo que así dice en el perfecto latín virgiliano:

Cui non dictus Hylas puer, et Latonia Delos,
Hippodameque, humeroque Pelops insignis eburno,
Acer equis? Tentanda via est qua me quoque possim
Tollere humo, victorque virum volitare per ora.

BRUNETIERE Y LA BANCARROTA DE LA CIENCIA

Hoy como ayer y tal vez mañana como ogaño, la insoluble antinomia entre la ciencia y la fe seguirá dividiendo al género humano y haciéndose más irreductible a medida que los progresos de aquélla y el dogmatismo de ésta se acentúen, alejando cada día más toda posible conciliación de valores y de ideas. Mientras la ciencia realiza sus progresos en una evolución constante, transformándose en el correr de la hora y hasta en el vuelo del minuto, la religión asienta sus fundamentos centenarios sobre principios inmutables, en dogmas para los cuales no rigen las nociones de tiempo ni de causalidad. Aquélla es objeto de experiencia, de medida y de perfeccionamiento cotidiano; ésta no se manifiesta según datos apreciables o conocibles, sino como una revelación imperfectible de lo absoluto, de lo sobrenatural.

Las controversias entre místicos y racionalistas, entre hombres de fe y hombres de experiencia, han

sido cuestión de todos los tiempos, desde Aristóteles a Gundisalvo, desde Jordán Bruno a Miguel Servet, desde Bacon a Lavoisier, desde Nietzsche a Le Dantec. ¿Cómo podrá parecer extraño, entonces, que las hubiesen renovado en tiempos de libre cultivo del intelecto y de absoluta libertad de pensar, escritores como Fernando Brunetière y hombres de ciencia como Marcelino Berthelot?

Atraído por las disciplinas de Comte, Spencer y Taine, el autor de "La evolución de los Géneros en la Historia de la Literatura", curioseó primero las ciencias naturales de Darwin y se asomó luego al positivismo, buscando verdades que le orientaron en el oscuro problema de la evolución del espíritu humano. Pero su curiosidad, ni paciente ni serena, hostigada por las imperativas interrogaciones de los problemas trascendentales, cejó en su empeño de profundizar el conocimiento de la vida en el estudio de las ciencias, prefiriendo remontarse con el gran par de alas de la religión que, según el decir de Taine, elevan al hombre sobre sí mismo, hacia el objeto de sus desvelos: los eternos cómo y los oscuros cuándo. Luego la influencia de Pascal contribuyó a anticiparle la resolución suprema de sus dudas; como Pablo de Tarsos sintió la revelación de Dios en mitad de su camino de Damasco.

De inquietud en inquietud, este hombre que vivió siempre preocupado ante el problema de nuestro destino, (al hablar de Vinet ¿no se preguntaba, con los ojos puestos en Pascal, "¿No debemos creer

que de todos los problemas el más importante y el más trágico para nosotros es el de nuestro destino?"), encontró en las obras de sus maestros la estrella que lo iba a guiar hasta su Belén ya cercano.

Porque, en el fondo, nunca había sido Brunetière un hombre de ciencia a quien preocupasen formalmente los problemas filosóficos, sino un moralista, y un moralista cristiano, que vivió torturado por las hondas tragedias cotidianas de la conciencia. Imaginóse que la profunda crisis moral que creía advertir en todas las aspiraciones de su siglo, era la resultante de la árida especulación científica, de la relajación de las costumbres, de la falta de idealidad en la vida, del rebajamiento del arte; crisis que amenazaba seriamente los fundamentos de ese resto de virtud de que vivimos, según las palabras de Renan. Las implacables luchas políticas, la pretendida renovación de todos los problemas del espíritu, el materialismo imperante en la sociedad de fines del siglo pasado, le indujeron a creer en el renacimiento de una humanidad arrepentida que, cansada de aguardar un porvenir que no llegaba nunca, volviese los ojos hacia el pasado.

León XIII estaba entonces al frente de la Iglesia; era el Pontífice humanitario que, a trueque de escandalizar a los teólogos celosos de los cánones incommovibles, abría el seno de la Iglesia a las inquietudes del siglo, franqueaba las puertas de los archivos secretos del Vaticano a los investigadores,

y bajaba hasta el pueblo en un santo anhelo de justicia.

Brunetière llegó hasta él en acto de humildad, buscando el óleo santo de la Iglesia. Desde ese día pudo considerarse para siempre ligado a ella, aunque todavía le quedaba por hacer su largo camino de perfeccionamiento, antes de entrar al templo para ser unjido por la gracia. Mucho más tarde solamente estimó completo su aprendizaje cuando, en su discurso pronunciado en Besançon, declaró terminada su etapa evolutiva en aquellas palabras: "Si deseáis saber lo que yo creo, id a preguntarlo a Roma".

Sin embargo, tras su viaje a Canossa, Brunetière no hizo acto de contrición de sus antiguas ideas; por el contrario, buscando en ellas un sólido asidero, trató de utilizarlas en beneficio de su nuevo credo, aun a trueque de no pasar por el más ortodoxo en el seno de la Iglesia militante (1). Y fué así como se dió el caso de poderse leer en sus libros, frecuentemente citados con respeto y dilección, los nombres de Darwin y de Comte, y en apoyo de sus

(1) Más de algún comentarista católico y más de alguna dignidad eclesiástica miraron a Brunetière con ojos poco indulgentes. Bastaría recordar el caso del Obispo de Lydda, Henri Monier, quien, al conceder el Imprimatur a un folleto sobre Brunetière, le escribía a su autor: "il faut bien se garder de les traiter en Docteurs et de se laisser captiver par leurs principes et leurs démi-verités qui sont erreurs contre la foi catholique". — J. A. CHOLLET: *Les idées religieuses de M. Brunetière*. — Paris.

ideas las doctrinas del positivismo y de la evolución, mientras reñía cien batallas *ad majorem Dei gloriam*: “La France, depuis Descartes, n’a pas eu de penseur plus original ou plus profond qu’ Auguste Comte, et l’Angleterre depuis Newton, n’a connu de savant plus illustre que Darwin, ni dont la doctrine ait egendré plus de conséquences. J’admire donc Darwin et Auguste Comte. Je les admire si fort qu’après avoir employé quelque trente ans de ma vie à *me les convertir en sang et en nourriture*, selon le mot d’un vieil auteur, j’ai formé le projet d’en employer le reste a tirer de l’origine des espèces et du cours de philosophie positive, les moyens d’une apologétique nouvelle qu’on trouvera, je le sais bien, non moins hasardeuse que nouvelle, mais dans l’avenir de laquelle je ne mets cependant pas moins d’espoir que de confiance”.

Ser positivista era para Brunetière una manera de ser católico, continuador en cierto modo de José de Maistre, ya que el autor de “Las veladas de San Petersburgo” contribuyó a la formación del espíritu de Comte. (¿No dice en su “Catecismo” que para completar a Condorcet en el aspecto político recurrió a De Maistre, “dont je m’appropriai dès mon début tous les principes essentiels?”). Así, pues, los principios que Comte tomó en De Maistre podían muy bien llegar a ser los de Brunetière, ya que ellos contenían y desarrollaban los preceptos de la catolicidad, o sean los del autor de “El Papa”.

¿No se acercaba también decididamente al positi-

vismo, al tratar de probar que la ciencia no podía constituir un fundamento para la moral, como podía serlo la religión?: “Lo que yo he pedido al positivismo—se decía—o si se quiere a Augusto Comte, consiste en establecer de hecho que la moral no puede constituirse, justificarse ni mantenerse independiente de una religión; en segundo lugar esta religión, cualquiera que ella sea, no puede ser “natural” ni “individual”, sino social y fundada sobre la afirmación de lo sobrenatural; y en tercer lugar, pero “accesoriamente”, establecer que a estas exigencias formuladas y definidas por la ciencia, había respondido el catolicismo a través de la historia”.

Conservador profundo — y embarcado ya en la política que tendía sus líneas contra el radicalismo republicano — Brunetière comprendió que en vano buscaría el espíritu de autoridad en la ciencia: “tenemos necesidad de sus discursos de combate, y ese espíritu lo encontró al fin en la necesidad de creer que es “no sólo inherente sino esencial a nuestra naturaleza”.

Comenzó a creer, a buscar en el cristianismo las más altas normas morales, que fácilmente podían conciliarse con las aspiraciones democráticas del siglo; y, profundizando en las enseñanzas del cardenal Newman, llegó a explicar la posibilidad del progreso en el dogma: sin variar substancialmente el dogma puede desarrollarse como el organismo que crece conservándose fundamentalmente idénti-

co; como la crisálida que oculta el secreto de la mariposa; todo lo que el dogma contiene en germen puede ser susceptible de desarrollo, como en la semilla; mucho hay en él que debe ser mejor conocido e interpretado; sus obscuridades pueden ser aclaradas, siendo este desarrollo "compatible con la inmutabilidad de la creencia" ("Le papillon était pourtant dans la chrysalide, c'est bien la chrysalide qui est devenue papillon. Est-ce qu'elle a changé de nature? Mais, au contraire, vous le savez, elle a réalisé sa loi. Pareillement les dogmes: ils sont toujours en substance tout ce qu'ils seront, et cette substance ne variera pas... La vie du dogme et le progrès intellectuel dans le christianisme consistent donc ainsi dans une perpétuelle *adaptation* des mêmes vérités a des exigences nouvelles").

En esta primera etapa de su conversión fué tal vez demasiado lejos Brunetière en su afán de explicar la posibilidad de progreso en el dogma, tratando de conciliar a la ciencia y a la Iglesia en una de las teorías consideradas entonces fundamentales: la de la evolución.

¿No suponía un comienzo herético el hecho de ir a buscar en el origen animal del hombre una interpretación científica para explicar la verdad del pecado original? Y es menester no olvidar que, para Brunetière, Darwin resultaba siendo al fin, a pesar de su admiración, ni más ni menos que un plagiario de la Biblia que encontró, tal vez sin pretenderlo, los fundamentos del evolucionismo en la fuente

misma de la religión, resultando a fin de cuentas un curioso compromiso para ciertos católicos el hecho de saber ligada la finalidad de una verdad dogmática a la de una teoría que tantos consideraban en banarrota.

Así se dió el ejemplo de que el darwinismo de antaño, el positivista de ayer, pretendiera haber llegado al seno del cristianismo siguiendo el mismo camino que lo pudo llevar a la más radical de las negaciones religiosas.

* *

Fué un caso singular de sinceridad, digna del más alto respeto, el de este hombre tras de cuyas dudas se vislumbró siempre la sombra de Pascal, hasta cuando, al hablar de Bossuet en su estudio sobre Voltaire, llegó a mostrar al inmortal obispo de Meaux atormentado por las angustias de la duda, "sudando, en el secreto de sus meditaciones, la agoría de la desesperación".

Al día siguiente de su peregrinación a Canossa, Brunetière hizo acto público de su nueva fe y entonó su *mea culpa*, mostrando descarnadamente el cambio de sus sentimientos y la nueva orientación de sus ideas; (1) grito de sinceridad que, para ser más apostólico, tuvo el carácter de una confesión y de un apóstrofe.

(1) "Après une visite au Vatican", publicado en la Revista de Ambos Mundos.

Y no fueron ni Darwin, ni Comte, ni Spencer, ni Taine, las víctimas propiciatorias en el sacrificio, contra las cuales enderezó el nuevo sagitario cristiano la más segura de sus flechas, sino la ciencia. ¡La ciencia, que otrora había entusiasmado al ogaño ferviente converso!

Y el grito del neófito, que llegaba hasta el seno de la Iglesia, encontró un eco ruidoso, siendo acogido por todos los conservadores como un advenimiento y por todos los radicales como un insulto, que había necesidad de lavar en siete aguas lustrales. Fué así como al día siguiente de la publicación, en la Revista de Ambos Mundos, de *Après une visite au Vatican*, en que la entrevista con León XIII le sugirió a Brunetière algunas reflexiones, a vuelta de las cuales proclamó la bancarrota de la ciencia, ("en cuanto toca a alguna de sus promesas" comenzaba por advertir, llegando por último a negarlo todo, hasta pretender probar, sin anticiparlo por cierto, que la ciencia había hecho crisis total), Marcelino Berthelot publicaba una carta en la que exponía su juicio al respecto, sin darse por aludido de las afirmaciones de Brunetière. La epístola encontró un eco entusiasta en la Unión de la Juventud Republicana, que propuso vengar el ultraje inferido a la ciencia, organizando, tres meses más tarde, un banquete en honor de quien había salido a romper lanzas por ella. Henri Brisson, presidente de la Cámara, y Poincaré, Ministro de Instrucción, aceptaron la presidencia, y entre sus adherentes figura-

ban entre otros, León Bourgeois, Sully Prud'homme, Ary Renan, Lockroy, Goblet, Freycinet, Clemenceau, Zola y Roussel presidente del Consejo Municipal. (1)

El que se tributó a Berthelot, fué el homenaje que se rendía a la ciencia en el más alto de sus representantes: Berthelot, que con sus descubrimientos, tras una existencia consagrada por entero a la investigación científica, no sólo había contribuído como ninguno a mejorar las condiciones de la vida, sino que había hecho posible el estudio de ella probando la unidad de la materia, al demostrar que las leyes que rigen a la materia orgánica son las mismas que rigen a la materia bruta; Berthelot que, reaccionando contra cuantos se contentaban con aislar los principios inmediatos contenidos en los seres vivos para someterlos a descomposiciones y transformaciones sucesivas, a fin de formar compuestos binarios, había sido capaz de revolucionar la química con sus descubrimientos realizados mediante la experimentación y con la ayuda de los agentes físicos y químicos, obteniendo reacciones recíprocas entre los cuerpos simples; Berthelot, que enriqueció la doctrina de la síntesis orgánica descubriendo nuevos métodos y tras pacientes cuanto geniales traba-

(1) No sin cierta picardía ha recordado Albert Chérel, en una nota a las *Lettres de Combat* de Brunetière, que la invitación al ágape de desagravio llevaba la siguiente significativa dedicatoria: "Homenaje a la ciencia, fuente de libertad para el pensamiento".

jos sobre la termo-química llegó a formular las nuevas teorías de la mecánica-química; Berthelot, cuyos admirables estudios sobre la glicerina, los azúcares y la fermentación, hicieron posible la teoría de los alcoholes poliatómicos; Berthelot, que enriqueció el estudio de la química inorgánica; Berthelot, en fin, encarnación de los progresos de la ciencia, ¿podía permanecer indiferente ante aquella voz dogmática que, desde la alta tribuna de la *Revue des Deux Mondes*, proclamaba la bancarrota de la ciencia?

Sereno y fuerte, con la conciencia del hombre de laboratorio y del lógico inflexible, habló Berthelot de la ciencia y su palabra movió otros juicios y otras plumas en resguardo de sus fueros, contra quienes se volvió airado Brunetière en un artículo grotesco que, el mismo día del banquete, daba a la estampa "*Le Figaro*": ¿Por qué tantas respuestas y refutaciones, — escribía—, réplica contra réplica; bromas bajas; injurias e insultos? ¡Tanto ruido con un simple artículo de un escritor *si pateux*, publicado en una revista tan poco leída! ¡Y, finalmente, un banquete tan suntuoso, a cien centavos por cabeza, con café, coñac y cigarro! ¡Presidentes y ministros; senadores y diputados; consejeros y municipales; poetas y novelistas; pintores, escultores, médicos, abogados, profesores: Homais y Carlos Bovary; Bouvard y Pécuchet!" En esas palabras revelaba Brunetière el fondo político de su conversión y del debate que provocó; como conservador

militante, no podía seguir defendiendo el espíritu científico que los republicanos y radicales fomentaban contra el aristocratismo de los católicos y realistas. Si la política le acercaba a éstos, érale indispensable abjurar de las doctrinas que aquéllos difundían. El conflicto entre la fe y la ciencia envolvía, entonces como hoy, un problema de filosofía política.

Si Brunetière creyó haber puesto el dedo en lo más sensible, proclamando la bancarrota de la ciencia ("Il faut bien que j'aie touché plus juste qu'on ne le veut bien dire. On ne crierait pas si fort si l'on ne se sentait quelque part"), Berthelot y cuantos le siguieron después, repararon con creces el daño que imaginó haber ocasionado el celoso nuevo Prometeo guardador del fuego de las verdades cristianas, más desgraciado que el otro Prometeo mitológico, pues sin olvidar un instante el tesoro puesto bajo su custodia, fué enclavado contra la roca para solaz de modernas y más seguras aves olímpicas.

* *

¡La bacarrota de la ciencia! Cuán irónicas resultaban estas palabras que Brunetière estampó, a vuelta de eufemismos y concesiones, en los precisos momentos en que ella realizaba sus más señalados progresos. La ciencia ha perdido su prestigio, afirmaba rotundamente este hombre que en sus años postreros trató de quemar cuanto antes había ado-

rado; la ciencia, decía, al prometer soluciones para todos los problemas, tanto del orden natural como del sobrenatural, ha caído en el más ridículo de los descréditos. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?, se preguntaba, angustiado, este terrible pascaliano, respondiendo a sí mismo que ni los telescopios que sondean el espacio sin límites, ni los microscopios que acechan el latido inicial de la vida en lo infinitamente pequeño, han podido descifrar el enigma supremo.

¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué naturalista medianamente enterado de los conocimientos que hasta un escolar tiene de la naturaleza de la vida, no ignora que ésta apenas significa un instante de equilibrio, una forma pasajera de la evolución cósmica, un conglomerado de células, cuya historia ni siquiera resulta apreciable en la evolución universal? ¿De dónde venimos? Tal vez de una síntesis orgánica casual; de una porción de materia en transformación; de una energía inicial que, como el huevo mitológico, encierra la historia del mundo. ¿A dónde vamos? A continuar la transformación de la materia, de la cual somos la más insignificante aunque no menos soberbia de las parcelas, que irá a florecer mañana tal vez en la blanca rosa de un rosal o a reventar en las frescas yemas de un duraznero.

Sin embargo, para un hombre de fe como Brunetière, estas razones no pasaban de ser más que simples y muy repetidas audacias, ya que, según lo

afirmaba, nada se ha logrado probar en las teorías de la evolución o del transformismo. Las obras de Darwin y de Haeckel no le parecen más que “novelas científicas”, pues no se ha comprobado “que las especies animales varíen, ni siquiera que ellas se transformen; sabemos que la concurrencia vital y la selección natural son nada más que puras palabras, y no se ha demostrado que el hombre descienda del animal”. ¿Qué nos han enseñado sobre el problema de nuestra finalidad la anatomía, la fisiología y la embriología? Nada. ¿Cómo es posible, cuando éstas habían prometido explicarnos el conocimiento de nuestra naturaleza y por ende el de nuestros destinos? En vano recurro a los libros hasta ahora consagrados — decía — en cuyas páginas ávidamente busco la respuesta para mis dudas, sin lograr avanzar nada: la ciencia es incapaz de darnos una explicación o una interpretación aceptables del universo y es incapaz de satisfacer nuestras inquietudes .

¿Para qué sirve entonces la ciencia? ¡¡ No hay dudas!! La ciencia está en bacarrota.

¡ La ciencia no ha logrado despejar una sola de las eternas incógnitas! ¡ La ciencia está en descrédito! La ciencia es... inútil, le faltó agregar a Brunetière, y solamente no lo dijo recordando que, en un raptó de generosidad, había afirmado antes que la ciencia es soberana en sus dominios como la religión en el suyo, lo cual no era óbice para que creyese que una obra de Darwin o de Haeckel no pasa

de ser más que una simple novela científica y que en el prefacio a la traducción francesa del libro de Balfour ("Foundations of Belief") afirmase — ¡cómo sabía afirmar este dogmático irreductible!— que "no son ya tan sólo los profesionales, teólogos o moralistas, predicadores o prelados, comprometidos bajo juramento en la defensa de la ortodoxia, quienes denuncian las usurpaciones de la ciencia", sino que hasta los propios pensadores que en un tiempo aceptaron su tiranía: un Julio Payot, por ejemplo, que asegura que "mientras mayores progresos realiza la ciencia más se aleja de la realidad para perderse en la abstracción; un Benjamín Kidd, que sostiene que la ciencia no sabe qué respuesta dar a los problemas de nuestro tiempo".

Y, sin mucho apurar el razonamiento, de ciertas palabras de Huxley dedujo Brunetière análogas declaraciones, asegurando que los ejemplos podrían multiplicarse ya que desde hace quince años, "que suman en el siglo del ferrocarril y del telégrafo — escribía esto Brunetière en 1896 — un tiempo sobradamente extenso en la historia de las ideas", algo se ha cambiado en la estimación que se tenía por la ciencia: "se la admira aún, pero ya no es el ídolo exigente y tiránico ante el cual se nos imponía el sacrificio de todo". Claro está que continuamos valiéndonos de sus servicios, piensa Brunetière, de los que les estamos reconocidos; pero de ahí a cifrar en ella todas nuestras esperanzas, media un mundo. ¡Por doquiera advertimos sus limita-

ciones, sin necesidad de recurrir al microscopio o a los Rayos Roetgen! La ciencia es incapaz de fundar una moral e incapaz "en fin, de substituir a la religión en la evolución social de la humanidad".

¿Para qué puede servir entonces la ciencia? ¿La ciencia está en bancarrota!

¡Y hay quienes niegan — arguye luego — que la ciencia haya prometido explicarnos el universo o darnos una interpretación de él! "Yo preguntaría —escribe—lo que quería decir el ilustre autor de "La mecánica celeste" y de la "Exposición del sistema del mundo" cuando, interrogado sobre el fin que le reservaba a Dios en sus especulaciones, respondió que "no había tenido necesidad de esta hipótesis". Los que creemos entender cuanto él afirmaba, estamos en lo cierto al asegurar que él no hacía otra cosa sino decir que el sistema del mundo se explica íntegro según el mecanismo de las causas actuales". Y, salvando más aún la distancia del tiempo, ¿qué pretendía decir el no menos ilustre autor de la "Química orgánica fundada en la síntesis", cuando aseguraba, en el prefacio de una de sus recopilaciones, que "se acabó el misterio"?

¡Pobres, inocentes Laplace y Berthelot! ¡El terrible Torquemada les ha dejado en descubierto! ¿Acaso todos no sabemos que la ciencia no ha pretendido otra cosa que formular una interpretación del universo? ¡Pero, si el sólo título del "Cosmos" humboltiano bastaría para probarlo! responde Brunetière. Porque es claro, si esta no fuese la sola

finalidad de la ciencia, ¿cuál sería entonces su objeto? ¿Qué fines perseguiría? Una reunión de datos puede ser más útil, pero no más interesante ni más instructiva que una selección de estampillas o de conchas". ¿Y las leyes transcendentales, y los principios eternos que han permitido formular y descubrir estos simples y despreciables datos? ¡Puras ilusiones! La ciencia, para darle siquiera cierta unidad a sus concepciones del universo material; para introducir un principio de orden en el caos de sus conquistas, se ha visto obligada a recurrir a la intervención de otro poder diverso del suyo por su naturaleza y origen, de manera que el físico tiene que inspirarse en Aristóteles y el químico en Spinoza. Y reaparece la cuestión de llegar a saber "si creemos en la existencia de las leyes de la naturaleza porque la experiencia ha descubierto laboriosamente algunas de ellas, o si las hemos descubierto porque estábamos convencidos de que deben existir".

¿Para qué más? Lo único que le restaba por concederle a la ciencia, la probidad, el desinterés, desaparecen ante esta afirmación rotunda. ¡Las leyes de la pesantez de los gases, de las equivalencias, de la tensión de los vapores, de la gravitación, descubiertas para justificar un convencimiento anterior! Sólo así, después de un postulado tan categórico, se comprende que Brunetière hablase de la revancha del idealismo o de la victoria de la metafísica y de la bancarrota de la ciencia.

Pero ¿no bastan estas reservas para justificar el problema de la ciencia? Ahí están los éxitos de la terapéutica, afirma Brunetière, que cada veinte años cambia de sistema y procedimientos, fundándose en absurdos principios de causalidad morbosa, que antes fueron aceptados como evidentes, y que no han logrado disminuir la mortalidad, complicando en cambio los procedimientos curativos, sin conseguir explicar ni aún rudimentariamente los más elementales principios de la embriogenia, el contagio, el atavismo; ahí están las ciencias físicas, que han pasado por el bochorno de aplicar la luz y la electricidad sin haber dado aún una cabal definición de las mismas o de sus agentes productores; y ahí están las demostraciones físico-matemáticas que, para probar que las oscilaciones del péndulo son isócronas, han debido desarrollar un teorema en que era preciso despreciar una cantidad pequeña para que resultase probada y evidente la proposición principal.

¿Cuánto no se ha avanzado en menos de veinte años en el estudio de la electricidad y de la luz? ¿Se podría hablar de que se ha pasado por el bochorno de saberlas aplicar sin haberse dado aún una definición de ellas, cuando se han realizado estudios tan admirables sobre la electricidad y por ende se conoce ya una teoría tan fundamental como es la electro-magnética de la luz?

¿Tiene derecho para fundar un aserto tan rotundo quien no sólo ignora las ideas de hace cien

años de un Thomas Young, en las que se establecía que la luz no es sino un movimiento ondulatorio del éter, sino que desconoce las de Lorentz; las de Hertz, que encontró y midió las ondas eléctricas e hizo posible el conocimiento de la teoría electromagnética de la luz? Y, apurando el razonamiento, ¿acaso no se podrían reducir a simples fenómenos eléctricos los de la luz y de la materia? Quien afirma tan cabal desconocimiento, no sólo de cuanto se sabe de la luz, sino de todo lo que se ha logrado estudiar sobre la electricidad, arguye no tener noticias siquiera de una teoría ya tan avanzada como es la de los electrones, que da la medida de una de las conquistas más significativas de la ciencia; y quien dice electrones dice energías del éter, emanaciones que son cual diminutos vórtices de cargas eléctricas, cuya fuerza interna se derivó tal vez originariamente, según la observación de Lord Kelvin, de las altas temperaturas reinantes cuando se congregaron para formar los átomos.

Pero, colocándose en un caso de extremo pesimismo, cabría preguntarse ¿sería lógico juzgar la ciencia por lo que existe en ella de rudimentario, de incompleto aún, olvidando todas sus posibilidades de futuros progresos? ¿De cuánto tiempo data el estudio de la electricidad? ¿De cuánto los trabajos de Malpighi y Grew sobre la estructura orgánica? ¿Cuántos adelantos no se han realizado en las investigaciones del contagio, que han permitido extirpar las epidemias infecciosas en las ciu-

dades y en las regiones donde la vida humana necesita perpetuarse? Apreciar lo que pueda ser capaz de dar la ciencia por lo que ha realizado en sus comienzos, sería como limitar en las aptitudes del niño las que pueda desarrollar más tarde el hombre.

Mas, a qué afanarse en probar nada, cuando para Brunetière, la ciencia está en bancarrota. Lejos de nosotros ;oh matemáticas! ;oh física! ;oh medicina! ;oh termoquímica! ;Berthelot, Metchnikoff, Curie, Ramón y Cajal, Koch, Le Dantec, Lister, Painlevé, *ont tort!* El misterio nos circunda, nos estrecha y su misma incomprendibilidad, que decía Malebranche, debe ser una prueba de su existencia. Por lo menos así lo cree y lo afirma Brunetière. Y ante al misterio nada vale la experiencia y es una cosa inútil la ciencia! ¿Qué hacer, entonces? Tengamos fe, porque ella no trata de explicarse las cosas sino de crearlas solamente; no es tal vez una forma analítica o razonadora del conocimiento, sino una expresión del conocimiento absoluto.

* * *

Recordando el concepto de ciencia y la interpretación de lo relativo y de lo absoluto dada por Comte, afirma Brunetière que, bien comprendida la doctrina de la relatividad del conocimiento, "no es, a decir verdad, más que la expresión misma de

las condiciones objetivas del conocimiento". Pero, cabría preguntarse a su vez ¿cuáles son los límites de esas condiciones objetivas? ¿Acaso bastan, para darse cuenta de lo que la ciencia puede ser capaz de realizar en un lejano futuro, los doscientos años que van corridos desde los días de Lavoisier, durante los cuales ella se ha encauzado definitivamente por la vía experimental? ¿Cómo hablar de la relatividad del conocimiento si se ignora cuánto la ciencia puede dar en un tiempo relativamente suficiente hasta que llegue a su completo desarrollo?

Mas, olvidando toda posibilidad de progreso, Brunetière corrobora la sentenciosa afirmación del positivismo diciendo que nada conocemos que no sea relativo; nada "cuyo carácter no esté determinado por nosotros, o cuya definición no nos haya sido dada por sus mismas relaciones, en vez de sérnoslo por su esencia".

Es preciso cavilar un instante y recordar al azar un principio científico cualquiera para justipreciar la antojadiza suficiencia que entrañan estas palabras. ¿Qué esencia, primera causa o noción ulterior, buscaríamos en un principio tan claro como es el de la equivalencia mecánica del calor, descubierto por Carnot? ¿Acaso el secreto de esa esencia residiría en alguna de las posibilidades aún ignoradas de la energética?

No tienen razón aquellos que en nombre de vanas inquietudes se afanan en proclamar a todos

los vientos el fracaso de la ciencia; de la ciencia que es suma y expresión de las facultades humanas; de la ciencia que, por vía indirecta, nos acerca cada día más a la cristiana humildad, pues nos enrostra con sus lecciones nuestra inútil pretensión de reyes del universo, cifrada acaso en que sobrellevamos, nuevos Atlantes con el mundo sobre las espaldas, la desgracia de nuestra conciencia y el milagroso poder de convertir en expresiones articuladas los sentires vagos que expresan las tristes inquietudes de cada hora.

Tan poco representamos, en verdad; tan insignificante fenómeno somos, que ni siquiera llegará a recordarse la historia de nuestra existencia el día en que, debido al azar de una simple desviación en la trayectoria de una nebulosa o de una alteración en el equilibrio universal, que hace posible nuestra vida, desaparezcamos como una brizna del concierto cósmico.

¿De qué nos habrán servido la tortura de nuestro pensamiento, las obstinaciones de nuestra voluntad, las creaciones de nuestra inteligencia? ¿Acaso nos habrá sido posible retardar en un segundo siquiera la marcha del tiempo? No menos breve que la nube, que la flor, que el viento o que el amor, que siquiera puede prolongarse en la perpetuación del hijo, habremos pasado como todo lo que pasa y seguirá pasando constante, eternamente, sin alterar nada, sin integrar nada, sin perpetuar nada que no sea más que la efímera continui-

dad del momento, de la energía inicial en transformación constante.

Pero, mientras esto sucede, busquemos la insignificante certidumbre de conocer sin engaño, sin vanas ficciones antropomórficas. Nada creamos y nada nos es dado agregar a la realidad, ya que el hombre en medio de la naturaleza sólo existe como una humilde e insignificante expresión de la vida, no con el carácter de un conquistador sino que con la fatal subordinación ancestral que lo determina a una energía que en él es forma pasajera, expresión mutable y efímera de otro momento, de otra creación, que ni siquiera prolongará su recuerdo.

Procuremos sólo penetrar en la realidad que nos rodea inquiriendo en ella las causas que justifican nuestra existencia y no yendo a buscar una representación nuestra, manera sofística de encontrarse a sí mismo, sino tratando de conocer impersonalmente los resultados de la experiencia, de la medida científica, únicas formas que harán posible el conocimiento de la realidad ambiente.

¿Quién podrá hablar de las limitaciones de la ciencia cuando el tiempo corrido desde los días de Bacán o de Lavoisier apenas si suma un segundo en la fuga del tiempo? Quien, como ayer Brunetiè-re, hable de la bancarrota de la ciencia, se expondrá a recibir el desmentido brutal que recibió Augusto Comte cuando ,tras afirmar, perentoriamente que los hombres jamás conocerán la química de

las estrellas, Fraunhöfer y Kirchoff realizaban el análisis de la luz estelar, valiéndose del espectroscopio, y hacían posible ese conocimiento que, para el autor del "Catecismo Positivista", era poco antes una utopía.

* * *

¿Qué oculta esencia iríamos a buscar en la ley de la asimilación funcional, formulada por Le Dantec, que explica el funcionamiento vital en su expresión más simple? ¿Tal vez el secreto de dicha esencia se oculta en la aún desconocida primera síntesis vital o en el más remoto principio del equilibrio?

"No conocemos el calor o la luz sino como función del movimiento", afirma Brunetière para corroborar su duda anterior, olvidando que si se ha podido formular una teoría como la electro-magnética de la luz y no son para nadie un misterio el estudio de la termodinámica, las investigaciones de Fourier, de Dulong, de Petit, de Schlesinger, de Richard, de Despretz y todas las teorías físico-matemáticas del movimiento, no podemos asegurar rotundamente que sólo sabemos que el calor y la luz son funciones del movimiento, como anticipando en tal reserva un casi total *Ignorabimus*.

Pero como esto no es suficiente, apurando más aun su fácil dialéctica, que no encuentra obstácu-

los, exclama por fin Brunetière: "Nada sabemos, pues del absoluto".

¡Nada sabemos, pues, del absoluto! ¿Acaso existe el absoluto, noción puramente metafísica y ajena a la ciencia? ¿O será que el conocimiento, auxiliado por el método científico, ha probado ya su total impotencia para explicarse los eternos *cómo* y los eternos *cuándo*?

No, no puede ser objeto y fundamental preocupación de la ciencia la noción metafísica de lo absoluto, que no pasa de ser sino una simple variante de la noción de Primera Causa o de lo noumenal kantiano; una repetición de los problemas teológicos de la escolástica.

¿Acaso la explicación total del mundo seguirá siendo aun inaccesible para la ciencia el día en que sus métodos hayan alcanzado su completo perfeccionamiento? Para Brunetière semejante probabilidad tendría el carácter de una blasfemia, porque es preciso no olvidar que este pascaliano intransigente sólo concibió la ciencia como un sistema de relaciones que no pasan de ser, en cierto sentido, más que signos, y lo que expresan esos signos lo ignoramos, como no sabemos lo que expresan los caracteres de una lengua desconocida. Y guardémosnos bien si pretendemos aducir testimonios suficientes para demostrar lo contrario, de recurrir al dato científico, a la comprobación matemática, a los resultados de la experiencia, porque Brunetière se encargará de probarnos sobre tabla

que ello equivale a proclamar anticipadamente el reconocimiento tácito del misterio, pues está convencido que cada vez que se termina una discusión filosófica apoyándose en el dato "es porque no se tiene nada más que decir". El cree que a la ciencia de los datos sólo deberá pedirse el conocimiento de los datos y nada más, como si no fuese esa miserable ciencia de los datos, sometida a las inducciones de la lógica, la que ha bastado para formular sus leyes fundamentales. Mas, para un pascaliano cuyas verdades comienzan en las secretas voliciones de su vida emotiva, ¿qué importancia puede tener que se haya logrado verificar que en la reflexión el rayo luminoso incidente y el rayo reflejado están en un plano análogo que la normal en la superficie, formando con ella dos ángulos iguales? ¿Ni qué interés trascendental la teoría de la elasticidad en la hidrostática; el estudio de la espectroscopia; la radioactividad del uranio; el conocimiento de los cuerpos vivos desde el punto de vista químico y energético; o las experiencias de Ampère y Faraday, frutos de sus estudios en la acción de las corrientes sobre los fenómenos de inducción, con lo cual prepararon involuntariamente el camino para las máquinas electro-magnéticas?

Datos y más datos, y luego principios y leyes nacidas de esos datos. Sin embargo, y a pesar de todo, el dato no viene a ser más que un simple obstáculo para las especulaciones del razonamiento, nos dirá Brunetière: el dato acusa la total impo-

tencia para ir más lejos. Metafísicamente más lejos, valdría la pena agregar.

¿Para qué más? El razonamiento y tal vez la imaginación creadora, o la intuición fantasista, pueden alcanzar más allá y ser más eficaces sus pruebas que las de la experiencia científica. ¿Para qué desvivirse, entonces, en perfeccionar el método científico, que nos permitirá explicarnos la realidad que nos circunda? Prestemos mejor el oído atento a esos dialécticos sutiles de que hablaba Emilio Picard, que en una época en la cual surgen tantas crisis han pretendido probar que existe una crisis de la ciencia; seamos con ellos pragmatistas y, olvidándonos de todo, contentémosnos con el sólo perfeccionamiento moral de la humanidad; y como no existe moral sin religión y religión sin Dios, procuremos fortificar en nosotros la fe que salve las distancias, horade las montañas y nos lleve en un vuelo de infinito a remontarnos hasta la única verdad absoluta. ¡Ya sabemos que la ciencia es falaz; que ella jamás nos explicará el problema de lo absoluto, y al prometer soluciones para todos los problemas, tanto del orden natural como del sobrenatural, ha caído en el descrédito! ¡Ya sabemos que la ciencia está en bancarrota!

* * *

Muchos años de incertidumbres y de simples conjeturas habrán de pasar aun para la ciencia, pues

los tiempos que corren son de constante perfeccionamiento de sus valores. Y este problema de rectificación de sus valores no será más que un aspecto de sus progresos, aunque a un Brunetière pueda aparecérselo como prueba de insuficiencia al abordar los problemas de la naturaleza y de la vida.

Por el momento es explicable que la ciencia tienda a particularizarse, limitándose a la especialización de sus disciplinas, alejándose más y más de los mal planteados problemas transcendentales, no son el ánimo de rehuir su solución sino tratando de plantearlos con menos inexactitud y de acercarse a soluciones cada vez menos inexactas, mediante un proceso de constante aproximación convergente que, partiendo de los resultados de la experiencia, irá hasta los límites siempre perfectibles del conocimiento.

Y mientras la ciencia aborda paso a paso el estudio de la naturaleza y de la vida, sus problemas últimos serán objeto de hipótesis metafísicas que constituirán un nexo de probabilidad entre lo experiencial y lo momentáneamente in experiencial, ya que los progresos del conocimiento, ayudados por el método científico, no se podrán realizar a saltos sino recorriendo íntegra la escala de todas las experiencias y en sucesivas aproximaciones, que se irán acercando a un número de verdades, suma de otras innúmeras verdades parciales. Mientras esta evolución se verifica, la ciencia no podrá tener sino un valor circunstancial, que estará en razón

directa con las mayores conquistas obtenidas; será el símbolo de Proteo, eternamente mudable y constantemente perfectible.

Y sin duda transcurrirán muchos años de constante revisión para la ciencia, durante los cuales no hará sino perfeccionar sus disciplinas y sus métodos antes de contestar satisfactoriamente a las imprecisas interrogaciones de quienes, como Brunetière o Balfour, quisieran tener una inmediata respuesta para el problema de los orígenes y los fines, cuando la física, la química, las matemáticas y la biología comienzan a entrar en un terreno propicio de seguras experiencias.

Mas, como la resolución de estos problemas estará en relación con la marcha del tiempo, durante muchos años se dejarán oír todavía las voces de sirenas que clamen preguntando por el término del viaje, cuando aún se está en sus comienzos.

Nunca faltarán conservadores que, como el autor de los "Discursos de combate", adopten una actitud escéptica y griten que el misterio nos rodea y que no bastan las leyes ni los resultados de las ciencias para sondear las regiones de lo desconocido; no faltarán quienes como Brunetière, junto con volver los ojos hacia Dios, proclamen el fracaso de la ciencia, la inseguridad de sus métodos, su bancarrota ante el eterno problema del ser y del no ser; no faltará un ilustre converso que haga recordar al Dante tras su regreso del infierno, al contar la extraña aventura de su antigua creencia, mientras

entona su *mea culpa* proclamando que la ciencia ha hecho crisis, porque aún es incapaz de darnos una representación total del universo; porque no puede responder a los problemas de nuestro tiempo; porque es insuficiente para substituir a la religión en la evolución social de la humanidad; porque aun no se ha estudiado completamente la causalidad morbosa; porque no se conocen los agentes productores de la luz y de la electricidad; porque la teoría de la evolución no ha conseguido probar de donde venimos; porque ni la antropología, ni la etnografía, ni la lingüística podrán decir lo que somos; porque las ciencias naturales tampoco habrán de esclarecer a donde vamos; porque ni la anatomía, ni la psicología, ni la embriología han conseguido explicar el secreto de nuestros destinos; porque la ciencia ha perdido su prestigio, mientras la religión ha recobrado el suyo; porque han sido impotentes las ciencias físicas y naturales para suprimir el misterio; porque el desarrollo de la industria, auxiliado por la ciencia, ha contribuído en nuestro tiempo a agravar la desigualdad entre los hombres; porque no se ha probado que las especies animales varíen ni que se transformen, ni que la concurrencia vital o la selección natural pasen de ser más que pura palabrería.

Todo esto,—sin ser justo, ni exacto,—podrá alegarse para asegurar que la ciencia ha hecho bancarrota, mientras la religión (poco gustaba Brune-

tière hablar de catolicismo) ha reconquistado el terreno perdido.

¡No podía ser de otro modo! Tenía que llegar hasta el seno de la Iglesia quien como Brunetière, mientras estudiaba a Darwin y a Comte, tenía los ojos fijos en Pascal. Con razón exclamaba alguien, que conocía sus incertidumbres: “¡Se le encontrará algún día ahorcado frente a un crucifijo!” Sus angustias supremas, su desesperación ante el abismo de los problemas del destino, le mostraron su ruta, según recuerda Melchor de Vogüé: “Consuélate: no me habrías encontrado si no me hubieras buscado”.

UN FILOSOFO DE LA BIOLOGIA: LE DANTEC

Si puedes medir aquello de que hablas y expresarlo por un número, sabes algo del asunto que motiva tus estudios; pero si no puedes medirlo, si no puedes expresarlo por números, tus conocimientos son de muy pobre especie y bien poco satisfactorios; acaso estás en la iniciación del conocimiento, pero muy atrás en el camino de la ciencia. —

LORD KELVIN.

Cuatro varones ilustres en la ciencia y en la filosofía han rendido su tributo, en menos de un lustro, ante Aquella que, según el decir del poeta, corta el salto de los más fieros leones: Alfredo Fouillée, Enrique Poincaré, Th. Ribot y Félix Le Dan-tec; personalidades que representan para Francia y para el mundo entero cuanto de más elevado y

trascendental registra la historia del pensamiento contemporáneo.

Sociólogo el primero; matemático y físico el segundo; psicólogo el tercero y biólogo el último, suman y compendian disciplinas científicas que se ayudan, explican y completan en el vasto campo de la filosofía moderna. Cuatro hombres fueron estos cuyas obras representan las más interesantes especulaciones realizadas por la ciencia hasta la hora actual: sus trabajos sociológicos y morales y su concepción de la teoría de las ideas fuerzas, perpetuarán el nombre del autor de ese libro admirable que se titula "Psicología del pueblo francés"; el aporte de investigaciones originalísimas, que han quedado consignadas en tres o cuatro volúmenes de todos conocidos; una vida de noble apostolado y constante consagración a la ciencia; la resolución de problemas tan importantes y trascendentales como el de la uniformación de funciones o de curvas analíticas, colocan a Poincaré en el lugar más señalado de las matemáticas y de la física contemporáneas; los trabajos más completos de especulación psicológica y biológica, y la consagración íntegra de sus vidas a las disciplinas filosóficas, cuyos frutos han quedado en numerosas obras harto conocidas para que sea menester mencionarlas una vez más, torna imperecederos los nombres de Ribot y de Le Dantec.

Pero, de entre estas pérdidas irreparables, ninguna es tan dolorosa como la de Le Dantec, no por

ser de entre ellos el de más significación, sino por ser el más joven. Fouillée, Poincaré, Ribot, murieron a edad avanzada, habiendo cumplido su misión de enseñanza y de sabiduría; Le Dantec, en cambio, cayó muy joven en el seno de la muerte, a los cuarenta y ocho años, cuando podía haber realizado otro tanto como lo que deja tras él. Porque es menester no olvidar que, en las severas búsquedas de la ciencia, el trabajo de la investigación propia comienza generalmente muy tarde, cuando, hecha ya la mitad del recorrido de una vida, el estudio árido y pacienzudo autoriza para utilizar lo almacenado y ensayar las propias experiencias.

Sin embargo, la precocidad científica en Le Dantec fué una excepción a la regla: antes de los veinte y cinco años se encontraba armado ya del bagaje indispensable de conocimientos y de observaciones personales que exige el comienzo de toda obra fructífera, cuya total realización iba a facilitarle también el contingente de una voluntad de hierro, de una clara inteligencia y de un talento natural extraordinario.

Iniciado en el campo de experiencias del laboratorio, no le inquietaron jamás las voces ancestrales de los sentimientos religiosos ni las especulaciones metafísicas. Fué, en hora temprana, primero un investigador y después un filósofo, en cuya existencia, según lo recordara el mismo en más de una ocasión, presidieron siempre aquellas palabras de Descartes: "No reconocer como verdadero

sino lo evidente; dividir cada dificultad en cuantas porciones sea preciso para mejor atacarlas; comenzar el análisis por el examen de los objetos más simples y más fáciles de ser comprendidos para remontarse gradualmente al conocimiento de los más complejos". Y así, estudiando la vasta fenomenalidad del universo y abordando sus más oscuras dificultades, logró llegar a formular la más completa teoría de la vida que no partió del hombre para explicar con fáciles conceptos antropomórficos la realidad de la naturaleza, sino que fué a escudriñar las formas elementales, donde el fenómeno vital se presenta en su simplicidad primordial.

Claramente comprendió Le Dantec que la insuficiencia actual de los medios de investigación es muy grande para pretender conocer todo aquello que otrora parecía inaccesible a la ciencia; que habrán de correr muchos años aun antes de que sea posible llegar a explicarse el secreto origen de la primera síntesis vital, que hasta ahora sólo cae bajo el dominio de aventuradas hipótesis. Con cuánta razón no decía, hace algunos años, el sabio Enrique Poincaré, que sólo debemos atribuir a ignorancia nuestra y a lo imperfecto de los medios de investigación de que disponemos, el conocimiento incompleto que se tiene de la fenomenalidad viviente. ¿No observaba también, en un discurso célebre, el grande y glorioso Ramón y Cajal que "Nos parece mucho más cuerdo afirmar que el *por qué* de las cosas no es más que un *cómo*, que, por carencia

actual de métodos de investigación, no cabe reducir a leyes y fórmulas de la mecánica general"? Sin embargo, ni esa imperfección de los métodos investigativos, ni las limitaciones de la inteligencia, bastaron para arredrar a Le Dantec en sus pacienzudas búsquedas, que le iban a permitir explicarse la incógnita de muchos de esos eternos *cómos*. Su voluntad de conocer, presidiendo en el cotidiano ejercicio de la observación y del estudio, le rindió antes al poder de la muerte que no al de la fatiga y el desaliento; porque el verdadero apostolado científico ejercido por este hombre admirable significó el más alto ejemplo de constancia intelectual, de noble y sacrificado amor a la verdad. Su fe en el método científico tuvo el carácter de una pasión, cuyo fundamento sería menester buscarlo en la lectura constante de Lamarck, Darwin y Claudio Bernard; en las conquistas admirables que ha hecho posibles la física después de Lavoisier; en las observaciones que permite realizar el microscopio.

Dotado de una vigorosa inteligencia y de una cultura científica completa, Le Dantec pudo utilizar desde muy joven todos estos progresos en sus investigaciones propias. Alumno de la Escuela Normal Superior, se dió por entero al estudio de las matemáticas y de la física y luego al de las ciencias naturales, en cuya especialización iba a fundar más tarde toda la originalidad de sus labores especulativas. Y aunque no fué su juventud un mi-

lagro de precocidad sino que, por la inversa, la de un simple alumno ordinario que sólo trató de complacer a sus padres, sin embargo se dió en ella el caso curioso de una extraña y temprana intuición de la realidad, que comenzó por manifestarse en la absoluta ausencia de todo sentimiento religioso. ¿Es posible concebir los doce años de un niño sin la viva inquietud de Dios? Si ello puede parecernos extraño no por eso estamos autorizados para dudar de las palabras de Le Dantec cuando escribe, en un rasgo de profunda sinceridad: "Por lejos que vaya en mis recuerdos, no encuentro en la memoria ninguna huella de la idea de Dios; y, sin embargo, he sido educado como los demás niños bretones de mi edad: aprendí el catecismo como ellos y hasta alcancé el premio en tal materia; tenía una memoria extraordinaria y hubiera podido aprender una página de hebreo en pocos minutos; aprendí, pues, el catecismo como el hebreo, sin preguntarse si esto significaba alguna cosa, únicamente porque me decían que había necesidad de aprenderlo. Fui un alumno muy dócil y sumiso; no se crea que hay jactancia si aseguro que era entonces un excelente muchacho y uno de los menos revoltosos de mis camaradas; tenía un sentimiento profundo de mis deberes y ninguno de mis derechos; hasta he sufrido algunas veces escrúpulos de conciencia exagerados, pero no he creído un solo instante en la existencia de un ser infinitamente poderoso y clarividente que cas-

tigaría y recompensaría a cada cual según sus méritos”.

Así comenzó a formarse la juventud de Le Dantec, ajena a todo liviano sentimentalismo y extraña a las ideas religiosas, que modelan el espíritu de la infancia en el cotidiano contacto del hogar. Tarde, muy entrado ya en la pubertad, sintió el aguijón de las primeras inquietudes filosóficas; tarde, indudablemente, si se considera este despertar como un signo de precocidad juvenil, pero temprano si se aprecia el valor de esos estudios, abordados en toda su amplitud antes de los veinte años. ¿No debe ser motivo de asombro saber de un biólogo que realiza experiencias propias antes de los veinte años, en un laboratorio de especialización pura como el Instituto Pasteur?

Le Dantec recuerda que su interés por las ciencias biológicas tuvo el carácter de una sorpresa recibida del profesor Giard, de quien aprendió también el don del espíritu crítico y el horror por toda autoridad. Diecinueve años tenía por ese entonces cuando, habiendo terminado sus cursos en la Escuela Normal Superior, pasó a proseguir sus estudios al Instituto Pasteur, cerca del sabio Metchnikoff, donde, en la constante observación microscópica, iba a sentir que su curiosidad se despertaba al estudio de la filosofía: “El ilustre Metchnikoff—recordó años más tarde en “El Ateísmo”— vino a instalarse en el laboratorio Pasteur en el momento mismo en que yo era nombrado prepa-

rador. Este sabio estaba entonces dominado por la idea de la fagocitosis, idea que había sacado de la zoología y de la embriología, pero que le llevó a abandonar estas dos ciencias por la patología. Me confié el estudio del fenómeno correspondiente en los protozoarios, la digestión intracelular de la presa capturada por estos pequeños seres, algunos de los cuales, constituidos por un grumo gelatinoso, representan la vida en su aspecto más rudimentario. Defraudé las esperanzas del sabio ruso, abandonando inmediatamente el lado práctico de los estudios por la interpretación teórica de los resultados observados. Me preocupaba poco de averiguar si una especie de ameba digería la celulosa y otra no; aunque experimenté la más viva satisfacción al explicarme, por mí mismo, sin hacer intervenir ninguna propiedad *vital*, el fenómeno primero de la nutrición. Hoy, definitivamente entregado a las explicaciones mecanicistas de la vida, me siento llevado por la observación de un hecho cualquiera a mi tema favorito, pero me doy cuenta fácilmente de que la ameba, con sus vacuolas digestivas que se *ven* formarse, y en las cuales se sigue con el microscopio todas las etapas del fenómeno vital, era el asunto más propio para orientarme hacia la filosofía. Además, siendo relativamente simples los fenómenos de la ameba, pude bien pronto imaginarme que había recorrido el ciclo de toda la vida celular; vigorizado con esta certidumbre acometí, con el mismo método, el estudio de los seres más

elevados en organización; en ninguna parte encontré fenómeno alguno capaz de quebrantar mis opiniones, llegando solamente, poco a poco, a tener más prudencia; de metafísico materialista volví *agnóstico*, propiamente hablando, y llegué también a decirme que no sabía nada, pero que, no obstante, sabía, *por lo menos*, tanto como aquellos que se imaginan saberlo todo, encontrarlo todo en un dogma cualquiera o en Tomás de Aquino". Y fué así, engañando la confianza de Metchnikoff que le encomendaba estudiar la digestión de los protozoarios, (1) y a fuerza de observar en el microscopio si ciertas especies digieren más fácilmente la celulosa que la fécula de la papa, cómo Le Dantec se dejó arrastrar por "el demonio de la filosofía", comenzando sus especulaciones, de las que iban a nacer sus primeros trabajos: "La materia viva" primero y su "Nueva Teoría de la Vida". después, obra esta última que fué considerada por sus maestros de una temeridad imperdonable.

Por esa misma época Pasteur, que le quería como a un hijo, le encomendó la fundación de un laboratorio para estudiar la fiebre amarilla en el Brasil, viaje de estudio éste que le permitió, durante dieciocho meses, ampliar sus investigaciones biológicas y sus vastos conocimientos de las ciencias naturales con la observación directa en uno de los

(1) Fruto de este estudio fueron sus *Recherches sur la digestion intracellulaire chez les Protozoaires*.

campos más ricos y variados de la naturaleza. En el más interesante de sus libros de vulgarización, *El conflicto*, ha recordado la historia de este su viaje científico, atribuyéndoselo a un personaje imaginario que mantiene una viva controversia con un sacerdote, y que piensa que todo buen naturalista debe sentir los deseos de contemplar los diversos aspectos del mundo: "Viajó entonces,—dice Le Dantec de su héroe autobiográfico—vió los hombres, los animales y las plantas de los países más variados y remotos; luego enfermó, renunciando a los viajes. Había comprendido, por lo demás, que es posible encontrar, sin salir de su país, asuntos dignos de estudios bien interesantes si se tiene el don de observar en torno. A partir de ese instante trató de comprender todo lo que veía, sin inquietarse por lo nuevo". Su enfermedad le llevó a su amado rincón de Bretaña, donde comenzó a compartir las tareas científicas con sus distracciones deambulatorias: le vieron las campiñas de los alrededores recoger yerbezuelas silvestres y las rocas de la playa discurrir largas horas dedicado a la pesca.

Entre tanto, es menester agregar a la acción de sus constantes inquietudes filosóficas, la obra diaria del estudio infatigable; la influencia de los grandes maestros como Alfredo Giard y A. Dastre, a quienes recuerda en sentidas dedicatorias de sus libros o en frecuentes referencias; el alto mérito de una rara independencia, jamás desmenti-

da, que, desde los dieciocho años, anunciaba en él al pensador radical; la disciplina rigurosa del método constante, para tener una idea aproximada de cuanto pudo realizar en su juventud quien había de llegar bien pronto a ser uno de los más señalados pensadores de su tiempo.

Una primera desconfianza en las fórmulas consagradas por la ciencia le mueve a emprender una revisión de valores en las obras de los maestros. No es aún más que un simple preparador en el Instituto Pasteur cuando comienza el estudio prolijo de los libros de Claudio Bernard, que le reservan su primera desilusión científica. Educado en el culto de su genio, antes de conocer sus obras, creyó encontrar en ellas “la explicación de toda la fisiología”. Pero, he aquí que, cuando penetra en el *sancta sanctorum* de su ciencia, con el vivo anhelo de encontrar respuesta a las interrogaciones que inquietaban su juventud, y lee la obra que significa la suma de todas las verdades consignadas por el sabio fisiólogo, “Recherches sur les phénomènes de la vie communs aux animaux et aux végétaux”, experimenta la más amarga desilusión, pues la verdad tan buscada se le escapa, no está allí: “Comprenderéis—recuerda Le Dantec—la tristeza que sentí al verificar esto. Sin embargo, no me desanimé, engolfándome con más ahinco en la lectura de los libros de Claudio Bernard. Lo leí más de diez veces y, a medida que lo releía, me iba convenciendo que las obscuridades y las contradicciones eran rea-

les. Y, al comprobar esto, perdí mi fe primitiva en aquel argumento de la autoridad". Pero, como buen lógico, Le Dantec se dió cuenta también que el error de un libro en nada afecta a la ciencia misma y que si Claudio Bernard se equivocó, la verdad debe estar en otra parte. Entonces, llevado más adelante no sólo por su curiosidad creciente sino que por su amor propio, va hacia Darwin y lee su obra capital, "El origen de las especies", donde su sed de verdad encuentra un amplio campo de experimentación. Largo tiempo se contiene su inquietud de estudioso en el conocimiento del libro célebre, en cuyas páginas cree descubrir la verdad y por ende un consuelo parecido al que le brinda la fe al neófito: "Me dí cuenta poco a poco—escribe—que la seductora explicación de Darwin no era completa, pero, hoy todavía, no puedo menos, al releer el libro admirable, que sentir entusiasmo. Me siento darwinista cada vez que leo a Darwin".

Las palabras y la admiración de Le Dantec se comprenden muy bien, sobre todo si se toma en cuenta que, a pesar de sus errores, la obra darwiniana contribuyó decisivamente en su orientación científica. ¡Me siento darwiniano cada vez que leo a Darwin!, dice, y estas palabras dejan sentir todo el ascendiente que "El origen de las especies" tuvo en la evolución de sus ideas.

Bien pronto abandonó el darwinismo, pues se dió cuenta que la selección natural no le bastaba

para explicárselo todo. De este instante data su franca vuelta de frente hacia el transformismo: se puede admitir la transformación de las especies, se dirá, pero no es suficiente la explicación darwiniana.

La experiencia le aconseja, en lo sucesivo, no tomar en la obra de cada investigador más que los resultados positivos de sus descubrimientos, hasta llegar a formarse una verdadera síntesis de los hechos científicos, según la norma establecida por el principio cartesiano: "No busques cuanto se ha pensado o escrito antes de tí, sino que sólo trata de interesarte por lo que reconozcas que tiene carácter de evidencia". Y, como por ese entonces eran los fenómenos vitales los que ocupaban preferentemente su atención, comenzó Le Dantec a entregarse de lleno a su estudio, abordándolos sin ideas preconcebidas, con el deseo único de llegar a la verdad mediante el conocimiento sistemático y metódico de la fenomenalidad físicoquímica de la vida, sin intentar ir más allá de lo que la experiencia inmediata permite, esto es rehuir toda inútil metafísica: "Conozco algunas leyes físicas—escribía poco antes de morir—y compruebo que se aplican en todo y constantemente; esto me basta. Dejo a los metafísicos la búsqueda de las causas primeras".

De este modo y gracias al milagro de una inteligencia privilegiada, antes de los veinte y cinco años de edad el hombre de ciencia estaba completamente formado en él. La prosecución del estudio

tenaz y de la observación constante, le llevaron al fin a ver coronada su obra, tan vasta cuanto trascendental, cuya realización hizo posible la disciplina del método. Acaso comprendió, al leer a Comte, en medio de sus activos estudios de las matemáticas, que de ellas deriva el método y que es menester hacerlo extensivo al dominio de las otras ciencias, ya que toda educación científica que no comience por su ejercicio pecará por su base. Iniciado en él por maestros eminentes, comprendió a tiempo que constituía el único camino seguro que le podía conducir al conocimiento del fenómeno vital: "Y he continuado—escribió en su último libro, *Savoir*, que tiene el valor de un testamento filosófico—con la certidumbre absoluta de que se puede llegar *hasta el fin* con el mismo método de las ciencias físicas. Me formé esta certidumbre porque no tenía ninguna duda sobre la nulidad de las interpretaciones espiritualistas; y poco a poco he llegado a estar más seguro, cada día más firme, en mis convicciones científicas, a medida que recorría el camino que me había trazado. La posibilidad de emplear el mismo método en nuestras búsquedas contribuirá a unificar los resultados de nuestros trabajos individuales; y el día que podamos disponer de un conjunto de reglas eficaces, común a toda labor científica, ese día será posible hablar de la *Ciencia* con C mayúscula y la ciencia podrá caracterizarse por el *método científico*". Pero, mientras esto no suceda, es menester contentarse con

ensayar todas las experiencias que han hecho posibles las conquistas admirables de la física, ciencia de las ciencias, que contiene, en suma, todas las disciplinas que estudian la vida en su más alta acepción, desde la química hasta la biología misma.

En uno de sus libros más profundos ha escrito Le Dantec que el hombre ha fundado la ciencia valiéndose de su experiencia y de la de sus antepasados, a fin de saciar aparentemente sus inquietudes y de beneficiarse a sí mismo, limitando el valor de aquella al de una representación puramente humana, e imposibilitándola para fundar toda noción absoluta. Es muy cómodo, afirma, no resignarse a ser en la múltiple fenomenalidad viviente una simple transformación transitoria en la que no existe en realidad un comienzo sino una simple continuación, y estudiarla luego considerándose como el centro de ella, con lo cual no se realiza otro proceso de conocimiento que el de estudiarse a sí propio. Es que no es cosa fácil para el hombre tener el valor de limitarse a ser lo que en realidad es: un insignificante fenómeno momentáneo, cuya existencia pasa inadvertida en la historia del mundo: "Es inútil,—advierte Le Dantec—estudiar el mundo según el método de los físicos, cuando es tan sencillo explicárselo todo con el lenguaje, poblando el universo de causas, fuerzas, almas, etc., entidades impalpables, pero calcadas sobre el modelo humano, que cada cual encuentra tan simple con sólo contemplarse a sí mismo como si fuese el único". ¡El

hombre, centro del universo, razón de lo creado, puente de comunicación con una voluntad superior! ¡Es más fácil sentirse un ser poderoso, un creador en quien se dan comienzos absolutos, según el decir de Renouvier, que contentarse con ser un simple transformador de energía, que se transforma a su vez! ¿Será posible concebir que un espiritualista se resigne a no ser más que una porción de espacio limitado por un contorno, cuya libertad no pasa de ser sino una simple ilusión, ya que siempre está determinado a circunstancias y fenómenos que no podrá jamás evitar o dominar? ¡Ah! es que no es tan difícil, en verdad, desprenderse de esa lógica del sentimiento, de que hablaba Ribot, y que hasta la hora presente ha sido el alma misma de la filosofía!

Mientras la filosofía oscilaba entre una tendencia abiertamente metafísica y una dirección radicalmente experimental, Le Dantec buscaba su posición dentro de esta última, llevado a ella por su decidida fe en la ciencia. Biólogo convencido, después de ser metafísico y físico, ajeno a toda duda sistemática y a toda inquietud sentimental, no le preocupó el problema de todo fin ulterior, ni se devanó los sesos a fin de probar la inexistencia del alma, pudiendo responder a más de un impugnador de sus doctrinas como Laplace, cuando le reprochaban no haber consignado el nombre de Dios en sus obras: "No he tenido necesidad de esta hipótesis".

Continuando Le Dantec, en su obra la lucha iniciada en el pasado siglo contra las viejas creencias humanas por Pasteur, Claudio Bernard y Darwin, cuando fundaron la biología, que Lamarck había esbozado medio siglo antes, contribuyó, como ninguno tal vez, al triunfo de las disciplinas positivas de la ciencia. Mientras Renouvier establecía la posibilidad de los comienzos absolutos; Williams James hablaba de la voluntad de creer, profesando el principio de que la filosofía tiene su raíz en la vida concreta del individuo, como Goethe cuando creyó que al hombre sólo le interesa el hombre; mientras Bergson erigía la intuición en disciplina de conocimiento y Boutroux subscribía con entusiasmo las limitaciones del padre del pragmatismo, Le Dantec reconocía que, desde sus comienzos, él había ido más lejos que sus antecesores: "Yo comencé a pensar hace treinta años—escribía en 1912—en una época en la cual, arrastrado por el pensamiento irresistible de esos hombres extraordinarios (se refiere a Pasteur, Claudio Bernard y Darwin), el mundo entero le parecía lanzado por una vía exclusivamente científica; se había hecho, siguiendo la expresión cara a Pasteur, *tabla rasa* de todas las ideas preconcebidas y de todas las inclinaciones sentimentales, lo cual constituye la definición misma del método en la ciencia. Hoy, después de treinta años, siento aún la influencia benéfica del entusiasmo que animaba entonces a la humanidad, pero cada día comienzo a darme cuenta que yo me

lancé más lejos que mis congéneres, ya que la mayor parte, obedeciendo a leyes pendulares que rigen la evolución de las masas humanas, han comenzado la marcha retrógrada, cuya necesidad yo no he sentido en mí; quien sabe si la sienta un día, si llego a viejo”.

No la sintió nunca aunque, para desgracia de la ciencia, no alcanzó a peinar canas; no era ni hubiera llegado a ser jamás Le Dantec uno de aquellos pensadores de flacas convicciones que renuncian a toda una vida de certidumbres ante el solo peligro de la muerte. Su corta existencia fué la de un apóstol de la ciencia, que dió a ella sus mejores esfuerzos y el calor vivo de toda su sinceridad.

*
* *

No es natural suponer, en nuestro febril momento actual, que interese a muchos un investigador tan atrevido como Le Dantec; el gran público siempre está de parte de aquellos que continúan acrecentando con piadosas dudas el acervo de inquietud que tiende a robustecer las viejas creencias de la humanidad, en las cuales han echado sus nudos ciegos los cómodos lazos sociales. Para los sentimientos humanos, que arraigan muy hondo en la tradición diez veces secular, no puede menos que ser peligroso todo avance que intente descorder, aún cuando más no sea en parte, el velo que cubre el obscuro problema de la vida; porque, ante el pe-

ligro de lo desconocido, nos sentimos más que nunca misonéistas, ya que no falta en el fondo de nosotros una vieja creencia que tiemble mil veces, removiendo la dura costra ancestral de los sentimientos, antes de derrumbarse al golpe de picota de la realidad científica.

Tener el sereno valor de vivir la vida sin ilusionarse con las esperanzas de un fin ulterior; buscar en su finalidad una resultante puramente objetiva; estudiar los fenómenos que nos rodean, libres de ideas preconcebidas; investigar las funciones orgánicas en sus relaciones concomitantes, tal supuso el empleo de la alta existencia de observación y de estudio de Le Dantec. En la historia de las grandes cuestiones que preocupan a la filosofía en la hora presente, las teorías sobre la materia, los problemas del conocimiento, del espíritu, de la conducta, del deber, ocupa un lugar muy señalado la concepción mecanicista que ha encontrado en Le Dantec a su más profundo y completo representante. Oponiéndose a toda metafísica, pensó él con Kant que la ciencia no debe buscar su finalidad más que en las puras realidades efectivas que están a su alcance y caen bajo el dominio de la comprobación. Y como creyó siempre en la unidad sustancial del fenómeno viviente, procedió a estudiarlo en toda la extensión de sus funciones, coloide, amiba, hombre, a fin de probar que no es más que el resultado de un equilibrio constante entre la función asimiladora y el ambiente, siendo, por lo tanto, sus-

ceptible de ser descompuesto en fenómenos apreciables. Todo lo cual le permitió llegar a conclusiones verdaderamente simples y a establecer que un estudio científico de la vida debe comenzar por la observación de las manifestaciones más elementales, que han hecho posible los descubrimientos de Pasteur y el auxilio del microscopio. El biólogo que proceda, sin ideas preconcebidas, a observar esta vida simple, llegará indefectiblemente, a descubrir sus leyes, que se verifican a cada instante en los seres vivos. Cuanto existe de común en la fenomenalidad de estos seres cae bajo el dominio de la biología general, ciencia de la vida, que abarca el estudio de los hechos observados particularmente en las diversas ramas de las ciencias naturales llegando hasta la psicología misma. No debemos confundir, nos dirá Le Dantec, la biología con la biología general, ya que esta última supone la coordinación y el establecimiento de la relación entre los hechos investigados, que permiten descubrir la ley que los sintetiza en una generalización: "Las leyes abarcan dominios más o menos extensos: una podrá ser aplicada a todos los mamíferos, otra a todos los vertebrados, otra a todos los animales; la última, en fin, a los animales y a los vegetales sin distinción. Los grupos de las clasificaciones no se justifican más que por la existencia de leyes que se aplican a los seres comprendidos en cada grupo, del que han sido excluidos los que pertenecen a grupos diversos. La biología general busca las le-

yes que corresponden a *todos* los seres vivos de todos los grupos". Es decir, la biología general así entendida, permite considerar a esta ciencia como la más completa y amplia disciplina de conocimiento, ya que no sólo abarca las ciencias naturales en toda su extensión, sino que también toca en los dominios de la psicología. "Hoy—dice Le Dantec—*biólogo* es sinónimo de *naturalista*; se es *biólogo* por haber descrito la morfología de una especie nueva de babosa, así como por haber estudiado la acción de una diastasa desconocida o las costumbres de una hormiga. Existe en Francia una sociedad muy próspera que se llama Sociedad de Biología, y en cuyo seno se estudian indiferentemente todas las ramas de las ciencias naturales. Es menester dejar a un lado la palabra biología y decir *biología general* cuando se trata de caracterizar una obra de síntesis, como, por ejemplo, el libro en el cual Claudio Bernard estudió los *fenómenos de la vida comunes a los animales y a las plantas*".

En el estudio de una especie única lo que debe interesar especialmente al biólogo, que trata de fundar una generalización, será distinguir lo que en esa especie hay de característico, de particular. El conocimiento de la mayor cantidad de estas características, del infinito número de hechos observados en las partes más diversas de la vida, hará posible el enunciado de generalizaciones que se basen sobre hechos rigurosamente científicos. Toda generalización debe ser deducida del estudio del

mayor número de hechos recogidos en la observación de los seres vivos, a fin de que pueda tener el alcance de una verdadera ley de biología general. Pero, a veces, suele también darse en un simple caso particular aislado y no es raro que se muestre en sus rasgos característicos que la pongan en evidencia. Entonces se manifestará la facultad del biólogo en su capacidad para deducir la ley de ese caso único.

Claro está que el dominio de la biología general supone una completa cultura científica e impone también la necesidad rigurosa de la especialización biológica. Y en este sentido Le Dantec pudo y debió ser considerado como un maestro: trabajó algunos años en el laboratorio, dado por entero a la observación de la vida elemental en los seres inferiores; fué matemático e introdujo el método de estas ciencias en la biología; se dió de lleno a la física y a la química antes de intentar, tras profundos y completos estudios biológicos, la posibilidad de generalizaciones geniales como aquella su ley de asimilación funcional, que si en parte le pertenece a Lamarck ya que puede considerarse como una consecuencia de los principios fundamentales del transformismo, el mérito de su descubrimiento y de haberla llegado a formular le pertenece exclusivamente a Le Dantec.

*
* * *

Hemos advertido ya que para Le Dantec el fenómeno vital se reduce a una explicación físico-química; intentemos estudiar por partes esta explicación, que constituye la más revolucionaria y completa teoría de la vida que hasta ahora haya sido formulada.

La vida elemental se distingue de la vida compuesta en que la primera está formada por seres monocelulares, mientras que la segunda lo está por seres policelulares. El organismo unicelular inferior, amibo, protozooario, rizópodo reticulado, constituyó el verdadero campo de experiencias para Le Dantec. Distingamos, nos dirá, a este ser monocelular con el nombre de plástida, "porque la palabra célula se aplica mal a los elementos anatómicos de los animales".

¿En qué consisten los fenómenos más simples que se verifican en estas plástidas? Le Dantec observa que en reacciones químicas que van acompañadas, frecuentemente, por fenómenos físicos: movimiento, por ejemplo. Todos los elementos que componen la plástida son objeto de constantes cuanto complejas reacciones químicas, cuyo resultado se traduce en aumento de esos mismos elementos primordiales. Por lo tanto es fácil deducir que las propiedades vitales de las plástidas no son más que las propiedades químicas de las sustancias

que las componen y que el primer fenómeno apreciable en estos microorganismos es el movimiento, resultante de las reacciones que se producen entre las sustancias de la plástida y el medio ambiente; movimiento que origina un desarrollo de fuerzas que son expresión fundamental del fenómeno vida.

Tras largas y pacienzudas observaciones de estos movimientos, que se verifican constantemente en la plástida, Le Dantec llegó a establecer las dos conclusiones siguientes, cuya importancia es capital: la composición química del protoplasma explica por sí sola todas sus propiedades y basta para caracterizar la especie de la plástida; los protoplasmas viven puesto que sus reacciones, en condiciones definidas, son precisamente las que determinan los fenómenos vitales, y la plástida pierde la vida elemental de que goza si se la priva de sus sustancias esenciales, pero si se le añade un elemento diferente al protoplasma en estado de actividad, éste se renueva; o, para decirlo con las palabras de Le Dantec: "El conjunto de reacciones que constituye la vida elemental de la plástida, se traduce no sólo por fenómenos exteriores, por la producción de cierto trabajo, sino también por la conservación de una cantidad suficiente de sustancia constitutiva, tan grande como la que ha intervenido en esas reacciones; es decir, por una reconstitución de las sustancias mismas, que son activas en las reacciones consideradas, de manera que la plástida conserva sus propiedades". Con un ejemplo muy acer-

tado nos explicará más claramente aún este último aspecto de la función vital: supongamos el acto de llenar un vaso cuyo líquido, a pesar de estarse consumiendo constantemente, gracias a un fenómeno de asimilación se renueva sin cesar conservándose intacto. Luego, nos es fácil deducir que el fenómeno asimilativo es un acto conservador de todas las propiedades del ser vivo.

Esta observación de Le Dantec tiene una importancia trascendental: el fenómeno de la asimilación significa, entonces, la reconstitución constante de las sustancias de la plástida, que conservan siempre sus propiedades específicas; es decir, durante el funcionamiento no hay desgaste, sino aumento y conservación de las propiedades. En reacciones químicas con cuerpos diversos, el protoplasma aumenta de cantidad sin dejar de seguir siendo un compuesto definido.

Pensemos un instante en el alcance de este principio, que viene a echar por tierra la teoría de Claudio Bernard, que aun hoy es aceptada por muchos, según la cual se establece que el funcionamiento vital no es más que un fenómeno de destrucción en los seres vivos o que la vida es la muerte. Para Le Dantec, por la inversa, este fenómeno es de construcción constante y se explica totalmente por la asimilación funcional.

En el funcionamiento de las plástidas, observa Le Dantec, concurren dos fenómenos característicos: la digestión y la asimilación. Cuando la plás-

tida funciona se alimenta el protoplasma asimilando sus reservas o sean las grasas. En este momento de su actividad la plástida se aparece a la observación en dos estados de acción química: el de creación orgánica, que se traduce en un fenómeno de funcionamiento, de síntesis, y el de destrucción o de falta de funcionamiento. El primero corresponde a la organización vital, a la actividad funcional de los elementos constitutivos de la plástida; el segundo a la muerte orgánica.

De aquí la constitución de la ley de asimilación funcional, que explica el fenómeno vital como un proceso constante de síntesis, de creación orgánica, resultado claro del funcionamiento: si la actividad funcional cesa, le sucede el reposo químico, la destrucción lenta.

La aplicación de esta ley en un plano superior de la vida, en los vertebrados por ejemplo, tiene una aplicación constante y luminosa: si un órgano funciona demasiado, se desarrolla, porque la asimilación funcional supera a la asimilación en reposo: el desarrollo del músculo de las alas en las aves; el crecimiento de los miembros en los animales corredores; el volumen de los riñones en los animales carnívoros, cuyo régimen produce una cantidad enorme de toxinas que deben eliminar, corroboran la afirmación; si el órgano no funciona en absoluto, se atrofia: el músculo piramidal del abdomen en los animales que no tienen hueso marsupial; el fémur

en la ballena; los órganos rudimentarios en general, hablan elocuentemente al respecto.

Valiéndose de una forma matemática simplísima, explica Le Dantec el sentido y la síntesis de esta ley genial: si nos representamos por A la estructura total de un ser vivo, en un instante preciso de su existencia, y por B el conjunto de factores que componen el medio ambiente con los cuales está en contacto, podemos establecer que lo que caracteriza el fenómeno vital no es ni el funcionamiento de A, ni el de B, sino el de ambos a la vez, y sobre todo sus relaciones en ese instante determinado; o que el fenómeno vital es el resultado de $A \times B$, fórmula que “representa todos los elementos que intervienen en la actividad del individuo en el momento considerado, y define por consecuencia su funcionamiento actual entero”.

¿Cuál será la primera conclusión que nos permita deducir esta fórmula? Sin duda que una, y capital, por sobre todas las de detalle, que nos permite considerar en lo sucesivo el acto vital como un simple fenómeno, absolutamente determinado a múltiples circunstancias fundamentales de orden físico-químico.

Ahora que ya conocemos el valor aproximado de este fenómeno, con relación a la escala de las energías físicoquímicas, debemos preguntarnos con Le Dantec de qué manera se desarrolla su lucha para imponerse sobre las circunstancias que se oponen a su funcionamiento, y cuál es el origen de sus ener-

gías mecánicas. ¿Cómo se produce, en su expresión más simple, una reacción química? ¿En qué consisten las reacciones en las plástidas? ¿Acaso será menester buscar en sus movimientos asimilativos los fenómenos más elementales de la vida?

Llegamos entonces a la segunda parte de la nueva teoría de la vida, formulada por Le Dantec, yendo de los fenómenos conquistadores de espacio a la comprobación de los fenómenos primordiales, como son los de resonancia en los coloides. Es decir, penetraremos un poco más en el estudio del equilibrio que caracteriza al fenómeno vital y en la hipótesis de los orígenes de una primera síntesis de la materia viviente, que Le Dantec consigna en una narración impersonal, fruto de la experiencia científica.

Sabemos del ser vivo, nos dirá, que no es propiamente un cuerpo, sino un fenómeno que nos es doble observar. Como en el caso de la llama de la bujía este fenómeno significa una acción de constante equilibrio y una conquista continua del espacio que ocupa: "Si la vida cesa, si la llama se apaga — observa Le Dantec — los espacios conquistados por el fenómeno de vida y el fenómeno llama pasan a ser *inmediatamente* ocupados por otros fenómenos diversos que substituyen a los primeros" o con otras palabras sea dicho: el fenómeno vital es una conquista incesante del volumen que ocupa el ser vivo. La teoría supersticiosa de los antiguos que les hacía creer que la naturaleza le tiene horror al vacío,

no significaba otra cosa que la afirmación de la existencia de los fenómenos conquistadores de espacio en la naturaleza.

Desde el momento en que un cuerpo sólido desaloja un espacio, éste es ocupado inmediatamente por otros que toman posesión inmediata de él; y mientras el nuevo cuerpo está ocupando dicho espacio, otros fenómenos luchan por entrar en él, lucha que se traduce en una presión constante sobre su volumen. Los cuerpos químicos y los fenómenos físicos están sometidos también a estas conquistas, que se manifiestan en los primeros por reacciones incesantes y en los segundos por irradiaciones de sus movimientos vibratorios, que realizan conquistas incompletas de los espacios disponibles: así, por ejemplo, cuando un diapasón vibra, su movimiento rítmico conquista el aire; y un movimiento luminoso, al propagarse por el éter, impone su ritmo a los objetos más diversos.

Estas propiedades de irradiación y de difusión, nos dirá Le Dantec, existen también en ciertos fermentos solubles como las diastasas, cuerpos simples que pertenecen a la categoría de los coloides (1).

Un estudio atento de ellas nos llevará a comprobar que están animadas de un ritmo, con propiedades vibratorias particulares en las que tienen sus condiciones esenciales de vida.

(1) Nombre que se les ha dado por su parecido a una solución de cola.

¿Qué importancia o qué relación con la vida elemental, nos preguntaremos con Le Dantec, pueden tener los coloides y sus condiciones vibratorias? Su importancia es tan señalada y trascendental como que en ella reside una de las funciones primordiales y características del fenómeno vital: en efecto, las sustancias vivas o sea el protoplasma mismo de las plástidas, se encuentran en estado coloidal. “En realidad — escribe Le Dantec — hay tantos protoplasmas como especies vivas, pero todos esos protoplasmas tienen de común ciertas particularidades del estado de coloides”. Y es preciso no olvidar que uno de los problemas más importantes de la biología consiste en el estudio de estas vibraciones, de este ritmo propio de los coloides, pues en él reside el origen de todas las reacciones químicas; y quien dice reacciones químicas habla del fenómeno fundamental de la vida en su acción más simple.

Reducido a su expresión última el cuerpo vivo; limitado el fenómeno vida a su envoltura, observamos, nos dirá Le Dantec, que está compuesto por una agrupación celular, cada una de las cuales consta de una sustancia protoplasmática continua, formada de partículas en estado coloidal, que son susceptibles de ser descompuestas por el análisis.

Mucho se habrá avanzado en el conocimiento de la vida elemental con el estudio del protoplasma, que ya sabemos formado por cuerpos vivos que se encuentran en estado coloidal. Estos cuerpos, de orden absolutamente inferior poseen en sus activi-

dades especiales vibración y ritmo; funciones vitales primordiales, que se traducen en fenómenos de asimilación celular. Comparemos las posibilidades energéticas de los coloides, cuyo ritmo da origen a manifestaciones vitales, con la teoría de las ondulaciones que explica los fenómenos luminosos como movimientos vibratorios del éter, y tendremos el resultado de una aproximación en la cual ambos fenómenos reconocerían un parecido mecánico.

Pero, descendamos más aun en la escala de las geniales verificaciones biológicas de Le Dantec hasta llegar a su teoría de las resonancias en los coloides, en la que encontraremos un punto de partida de todas las manifestaciones vitales. Las resonancias en las diastasas pueden traducirse por resultados químicos; las relaciones de equilibrio que se establecen entre un coloide y el ambiente, no son más que fenómenos de resonancia. ¿En qué consiste la resonancia de un coloide? En la particularidad de transmitir al ambiente algo de característico, que le define en relación con los otros coloides. Cada coloide tiene su resonador específico, algunos de los cuales conocemos: por ejemplo, distinguimos el cuajo porque su resonador hace cuajar la leche. Un protoplasma vivo puede ser considerado como una superposición de cierto número de coloides definidos, cada uno de los cuales cuenta con su resonancia especial, siendo todas estas resonancias verdaderas actividades específicas que tienden a producir el aumento de la cantidad primitiva de sustancia

viva, con todas sus propiedades iniciales. Es decir, la resonancia constituye entonces lo fundamental en el fenómeno de la asimilación.

En recientes hipótesis sobre la acción del radio en la reviviscencia de microbios muertos, los coloides han servido de campo de cálculo para interesantes descubrimientos que pueden explicar los orígenes de la vida misma en los fenómenos ultra inferiores.

Con estas hipótesis mucho nos habremos aproximado a los orígenes de las funciones vitales. Ahora tócanos preguntarnos con Le Dantec, ¿cómo se verificó la aparición de esa vida elemental? Y él nos responderá que estudiemos una mónera, o sea una plástida inferior en su aspecto primordial, es decir, un plasmoma homogéneo, sin núcleos, antes de preguntarnos cómo se verificó la primera síntesis de sustancias monerianas a expensas de elementos inanimados.

¡Cuánto no se ha escrito sobre el particular! Muchas son las hipótesis que en el orden físico y en el orden químico se han formulado al respecto y que, como la teoría de las micelas de Noegeli, de las plastídulas de Haeckel, de los cosmozoarios de Thomson, no han avanzado gran cosa en el estudio de los orígenes de la vida.

He aquí una primera limitación que aun no ha sido posible traspasar en el campo de la biología: sólo sientan al respecto simples conjeturas, ya que “si hay móneras todavía — nos dirá Le Dantec —

no conocemos su fisiología y sus necesidades. Sabemos preparar medios convenientes para la síntesis asiladora de varias especies de plástidas (levaduras, bacterias, *aspergillus*, etc.), sabemos preparar el líquido Raulin de una manera, sin lo cual parece probable sería facilísima la síntesis de esa mónera". Nos es dable conocer las funciones de la vida elemental, pero no nos ha sido posible comprobar su aparición antes de la forma moneriana; sólo sabemos que "una vez formadas las móneras, todas las demás plástidas han podido derivar de ellas por evolución química".

Supongamos en el más remoto pasado de millares de siglos a la tierra en estado de incandescencia, cuando ninguna sustancia viva podía resistir una temperatura de doscientos o más grados. Al enfriamiento pudo corresponder la primera síntesis de algunas moléculas vivas, en circunstancias más favorables que las presentes y en determinado momento. Con ellas habría aparecido la vida; pero, según dice Le Dantec, bajo "una forma extremadamente simple, más simple que los más simples seres inferiores conocidos hoy".

He aquí entonces, el punto central del problema vital: la existencia otrora de sustancias vivas en su estado primitivo, o sea de una simplicidad tal que se ha perdido con la misma transformación viviente realizada a través de millares y millares de siglos. Si esto ha sido posible, no será cosa de un día ni de un año para la química realizar la prime-

ra síntesis de la materia viva. “La química ha hecho tanto en cien años — escribe Le Dantec — que no sabemos dónde irá a detenerse; en todo caso si se obtiene la substancia viva, será, probablemente, la substancia viviente en su forma primitiva, más simple que toda la que conocemos hoy”. ¿Es posible concebir que se le pida al hombre que obtenga, en corto plazo, lo que la naturaleza ha realizado en millones de años de perfeccionamiento?

Desde antes de la era científica, la simple observación llevó a muchos hombres, como Plinio el viejo, Ovidio, Diodoro de Sicilia, Plutarco, a explicarse la aparición de la vida por un fenómeno de generación espontánea; quien, como el poeta Lucrecio, atinaba a mirar el agua de un charco donde aparecía, de improviso, un ser vivo, que se desarrollaba en poco tiempo hasta constituir un animal completo, no podía menos que decirse: “Y, entre tanto, salen de la tierra animales que han nacido de la lluvia y de los ardientes vapores del sol”.

*Multaque nunc etiam existunt animalia terris
imbribus et calido solis concreta vapore.*

Sólo fué dable emprender formales investigaciones sobre las funciones elementales de la vida tras los definitivos experimentos de Pasteur, para llegar a resultados positivos. A partir de ese momento se hizo posible hablar del organismo viviente no cual de una cosa aislada, sino como de un fenómeno

observable. “Es necesario — dice Le Dantec — renunciar a la antigua concepción que apreciaba la vida como un principio localizado en el ser vivo, que este ser conservaba durante sus peregrinaciones. La vida es una reacción entre dos elementos, de los cuales uno se caracteriza por su facultad de poder asimilar a expensas del otro, de suerte que este elemento asimilador, que es el elemento vivo, constituye dentro del medio un centro constructor, un *individuo*”.

Sólo nos es dado saber hasta ahora que la asimilación constituye el fenómeno característico de la vida, pero ignoramos aun la estructura molecular a que está subordinada esta función. La constitución compleja de substancias vivas comienza a ser conocida, pero aun no ha sido dable “escribir su fórmula atómica como se escribe la de los alcoholes, de los cuerpos grasos y de la bencina”. Los progresos de la química, cada día más extraordinarios, no han logrado realizar todavía la síntesis que explique el fenómeno aun tan obscuro de la asimilación. Sin embargo, no faltan hipótesis recientes que permiten vislumbrar cercanas posibilidades, que el día menos pensado serán del dominio de la experiencia. Nadie ignora, por ejemplo, que los rayos del radio, descubiertos hace algún tiempo, han permitido realizar experiencias extraordinarias, entre otras la de poder descargar ciertos cuerpos electrizados: pongamos por caso los coloides, de que ya hemos hablado anteriormente, y cuyo

conocimiento está siendo cada día un campo de experimentación más rico para la biología. Pues bien, estos coloides no son cuerpos homogéneos, ya que se presentan a la observación en medio de un líquido, en forma de partículas muy pequeñas, que se encuentran en suspensión y que forman como un tejido tenue, lechoso, que no es perfectamente transparente. Si en cierta cantidad de agua alcalina se introduce una gran gota de aceite y luego se agita el contenido, el aceite se repartirá en el líquido en pequeñas gotitas aisladas. Si extremamos la disminución de estas gotitas, de manera que sean más pequeñas que los más pequeños objetos visibles ante los más perfectos microscopios, esta disolución llegará a parecerse a un coloide.

El sabio J. Perrín ha dado de estos coloides una explicación curiosa, que Le Dantec resume como sigue: cuando dos cuerpos diversos están en contacto, electriza el uno al otro; así también las finas gotitas microscópicas, que están en suspensión en el líquido, se electrizan, lo cual explica la repulsión entre gotitas vecinas, que tienen electricidad del mismo nombre; estas repulsiones luchan contra la cohesión que tiende a acercarlas. El equilibrio se obtiene cuando la distancia entre las gotitas son exactamente la que se necesita para que la cohesión contrarreste las repulsiones eléctricas. Esto es claro y sencillo, nos dirá Le Dantec; trataremos de deducir una conclusión práctica: si poseemos un medio cualquiera para descargar bruscamente de

su electricidad a todos los glóbulos de un coloide, la cohesión los arrastrará precipitándose unos sobre otros hasta coagularse.

He aquí entonces, que los rayos del radio deberán ser capaces de coagular a los coloides. ¿Qué se habría obtenido con ello? ¿Acaso se pensó haber descubierto el secreto de la primera síntesis vital? Sin embargo, si se está en vías, siguiendo este camino, de conocer definitivamente el fenómeno químico fundamental de la asimilación, aun no ha sido posible ir mucho más lejos, ya que la dificultad de una simplificación ultra-elemental, dice Le Dantec, ha consistido en que los rayos que descargan a los coloides están cargados a su vez de electricidad y pueden restituirle a los cuerpos electrizados la que han perdido. Además, al hacer obrar los rayos, las gotitas coloidales sólo han conseguido aproximarse, sin llegar a la coagulación y cuando se les ha querido restituir la carga eléctrica conveniente, que les permitiese volver a su estado primitivo, no se ha conseguido.

Esta valiosa hipótesis explica el fracaso de llegar a obtener la síntesis vital tan buscada, ya que no sólo se ha obtenido la síntesis de coagulación, sino que ni siquiera se ha podido volver la partícula coloidal a su estado de integridad. Y sabemos ya, como lo hemos dicho anteriormente, que el protoplasma de una plástida se encuentra en estado coloidal, siendo el estudio de los coloides el de la misma vida elemental. ¿Dónde buscar, entonces, el se-

creto remoto del primer elemento de síntesis orgánica? Solamente es posible avanzar simples hipótesis al respecto, ya que las múltiples experiencias realizadas hasta ahora, no dejan lugar más que a simples conjeturas. Contentémonos pues, con el estudio de las funciones vitales tal y como se nos dan, mientras los progresos de la física y de la química nos acercan más y más al secreto origen de sus elementos fundamentales; esperemos que se complete el estudio de los fenómenos de hidrogenación, oxidación y reducción, que avancen las experiencias de la bioquímica, sobre todo en cuanto se relacionan con el análisis de los cuerpos en estado ultra-coloidal, cuyos elementos radio-activos les reservan muchas sorpresas a la ciencia de mañana; y que se ahonde más aún en la teoría de la constitución anatómica. Antes de que esto se realice, será aventurada toda hipótesis y prematura toda afirmación sobre la primera síntesis vital.

*
* *

La nueva teoría de la vida formulada por Le Dantec nos permite, pues, reducirla a una serie de conclusiones que podrían enunciarse de la manera siguiente: 1.º En los cuerpos vivos se produce a cada instante una intensa transformación química, que da lugar a cambios incesantes en todas las partes de la plástida, con la renovación de su sustancia a expensas de los elementos químicos diversos

tomados del medio que la rodea. 2.º A pesar de estas reacciones químicas y del cambio incesante de sus átomos, los nuevos átomos guardan la forma precedente, el parecido inmediato. 3.º La multiplicación de estos seres vivos se verifica por segmentación; así, por ejemplo, un amibo inicial se divide en dos, cada uno de los cuales equivale cualitativa y cuantitativamente al amibo que existía en el momento inicial. 4.º El organismo elemental toma del medio ambiente las substancias alimenticias, que transforma en substancias análogas a las suyas; o, con otras palabras: realiza la asimilación de los elementos tomados, fenómeno característico de la función vital, que explica su crecimiento y el aumento de su cantidad substancial. 5.º La vida del organismo sólo ha de considerarse como una resultante de la lucha entre su cuerpo y el medio; el cuerpo trata de asimilar al medio y el medio tiende a destruir al cuerpo. 6.º El triunfo del sér vivo se aminora a consecuencia de su necesaria adaptación a las variaciones del medio. 7.º La asimilación funcional, que es la expresión del triunfo perfecto del ser vivo sobre el medio, se manifiesta por una conquista de espacio que, en cierto modo, está subordinada a la forma.

Sabemos pues, nos dirá Le Dantec, que la vida es un fenómeno cuyas variaciones constantes determinan la adaptabilidad al medio y para explicar esas variaciones, acertadamente recurre a una feliz representación objetiva, imaginándose que fuese

dable preparar grandes cintas cinematográficas por medio de las cuales se pudiera presentar en un momento una evolución individual a través de muchos meses, en la experiencia de una planta de trigo, desde el instante de la germinación del grano hasta la madurez de la espiga. Ante este espectáculo comprenderíamos, dice Le Dantec, que el cuerpo de un sér vivo no es sino un cuerpo en el sentido genérico del vocablo, pues en realidad no pasa de ser, científicamente considerado, más que un fenómeno como la ola del mar: "Vemos una onda llegar hasta nosotros; tiene una forma siempre cambiante, que proviene de un movimiento anterior, del cual no es más que la continuación". Entonces esa ola no pasa de ser para nosotros más que un fenómeno dependiente de una parte del movimiento oscilatorio primitivo, del que ha tomado su origen, y por otra parte de las circunstancias que se presentan en su camino.

De tal modo también, como en el desarrollo de la cinta cinematográfica o como el movimiento en la vida no es más que un fenómeno en el tiempo, que supone la continuidad de otros. Y el historiador de la vida, el biólogo, sólo deberá suponer que su estudio no significa otra cosa que una especie de corte vertical en la cadena de la fenomenalidad ininterrumpida, siéndole imposible establecer separación entre las funciones perceptibles de los animales y la evolución individual de cada uno de los organismos, porque las primeras se realizan con

rapidez y son directamente observables, mientras la segunda cae bajo la duración de los siglos; la primera es la historia del individuo; la segunda la de la especie: "Así como el funcionamiento de los animales — escribe Le Dantec — es muy rápido con relación a su evolución individual, así también su evolución individual es muy rápida con relación a la evolución de la especie".

Las transformaciones hereditarias que se transmiten de individuo a individuo, son infinitamente lentas si se las compara con las transformaciones que se verifican en el individuo durante el curso de su vida. Y para valorizar esta diferencia evolutiva en la escala de los fenómenos vitales, Le Dantec recurre a una comparación feliz: imagina un reloj gigantesco que, además del cuadrante que indicara los minutos y los segundos, tuviese otro para marcar los días, los meses, los años, los siglos; en ese reloj podríamos apreciar la carrera del tiempo según la escala de las velocidades. Comparemos la vida del hombre, en la vasta esfera de ese reloj enorme, con la aguja del secundario: nos serían fácilmente perceptibles sus revoluciones, y cuán rápidas nos parecerían si las comparásemos con el movimiento lento del cuadrante que indicase los siglos y que representaría la marcha evolutiva de la especie. No de otro modo resulta la apreciación de la vida humana considerada en el tiempo y como una sucesión de individuo a individuo, como un encañamiento perpetuo, que ha comenzado en el

pasado más remoto de la escala biológica y proseguirá su perfeccionamiento hacia el futuro. La historia del individuo en un momento dado, ni siquiera alcanza a tener valor en razón de su brevedad; la de la especie cae bajo la experiencia de las generaciones en su continuidad secular.

Al biólogo le interesará especialmente el funcionamiento total del individuo, su actividad completa en un tiempo limitado: "La vida individual — dice Le Dantec — será la totalización en el tiempo, lo integral, como dicen los matemáticos, de todas estas pequeñas partes de vida momentánea. Las vidas individuales serán, a su vez, consideradas como pequeñas partes, muy breves, cuya totalización milenaria constituirá la historia de la especie". El individuo no es más que una parte indivisible de un fenómeno único, cuyos elementos constitutivos son las funciones sucesivas de los individuos, observadas a cada instante dentro del marco de un plazo muy corto.

Lo fundamental en la historia de la evolución consistirá en la serie de variaciones que resultan de adaptaciones sucesivas a condiciones que varían sin cesar, pudiendo ser éstas de diferente naturaleza y traducirse en transformaciones de los órganos preexistentes o en la aparición de órganos nuevos. En el primer caso se producirá una simplificación cuando la transformación de órganos preexistentes determine la desaparición de ciertas partes; y en el segundo se origina una compliación: "Todas las

variaciones realmente adquiridas — dice Le Dantec — se transmiten hereditariamente, resultando una complicación creciente cada vez que las formas nuevas entran a imponerse sobre las que desaparecen. Si en la historia de una especie dada jamás ha habido una desaparición de órganos, la estructura actual de esta especie mostrará rastros de *todos* los cambios experimentados desde los orígenes resumiendo, en una palabra, toda su historia evolutiva”. Seguramente esta especie no existe, pero las hay muy complicadas y que presentan un campo rico de experimentación para el transformismo.

Cree Le Dantec que no es el hombre donde el transformismo pueda encontrar el caso de mayor interés para su estudio, ya que la historia evolutiva de éste no es mucho más complicada que la de la lombriz, del hongo o del erizo. No existen razones fundamentales que puedan acreditar que el hombre sea diferente de sus antepasados más remotos e inferiores, puesto que cuando se habla del hombre en general “se piensa en el hombre adulto, formado por una aglomeración celular y no por una de esas células en particular”, ya que no solamente el hombre está constituido por células sino que proviene de una célula inicial llamada huevo, que tiene la propiedad, por biparticiones sucesivas, de dar origen a todas las células del hombre. En la evolución celular sería menester considerar, dado el caso que pudiesen llegar a ser conocidos, los elementos orgánicos constitutivos de la célula inicial del más

remoto antepasado. Seguramente dichos elementos no se redujeron, en su expresión última, más que a una simple función físicoquímica, en la que no debió haber diferencia alguna entre la fabricación de sustancias vivas específicas y entre la multiplicación de la cantidad nueva de sustancia, cuando se produjo la segmentación.

Sabemos ya que el fenómeno fundamental en la vida es la asimilación funcional, que se traduce en fabricación de sustancia específica e implica una función rigurosamente hereditaria puesto que no varía la naturaleza de dicha sustancia en la multiplicación celular. Mientras no interviene en el fenómeno vital una causa destructora nueva, esa sustancia se aumenta con todas las propiedades que ha adquirido en el curso de sus variaciones precedentes, llegando a constituir en el individuo un conjunto que conserva sus propiedades iniciales y una sucesión de igualdad indestructible. Así, pues, la historia de un organismo determinado no es más que la de la actividad asimiladora del huevo, que toma una forma dependiente de su patrimonio hereditario y de las condiciones ambientales. Es decir, la herencia viene a ser la historia de su sustancia química, equivalente a la de todos los ascendientes de ese individuo que ha formado dicha sustancia.

Así, pues, el fenómeno vital en los animales y en los vegetales que conocemos no es un fenómeno que comienza en ellos sino uno que continúa. En esta curva infinita, descrita por tal continuidad

constante, se van manifestando, de distancia en distancia, accidentes que tienen una duración más o menos larga y que designamos con el nombre de individuos, de suerte que como los individuos nacen y mueren englobamos en la historia de una especie una serie de accidentes separados, entre los cuales existe un lazo de sucesión que llamamos herencia que sólo está expuesto a las variaciones que pueden introducir los caracteres adquiridos por el individuo en el tránsito de su vida.

Lamarck basó todo su sistema transformista sobre la afirmación de que el hábito constituye una segunda naturaleza. Si de la vida individual pasamos a la vida específica, nos dirá Le Dantec recordando al autor de la "Filosofía Zoológica", nos veremos obligados a comparar la adquisición de nuevos hábitos con la de caracteres nuevos resultantes de nuevas condiciones vitales: "Cuando la naturaleza le ha hecho adquirir o perder a los organismos, debido o mediante una cesación de funciones en otro, ella lo reservará a través de la generación a los nuevos organismos que se suceden, con tal de que los cambios adquiridos sean comunes a los dos sexos".

¿Qué podemos deducir de esto? Sencillamente que para que un carácter adquirido se perpetúe es menester que haya sido adquirido por ambos sexos; si sólo ha sido adquirido por uno de ellos la fecundación lo hará desaparecer.

El patrimonio hereditario impone la forma al or-

ganismo, que se construye por similitud, estableciéndose una relación de causa a efecto entre aquel y ésta, ya que ambos se determinan. Tanto los fenómenos que se verifican en la escala coloidal como aquellos que se suceden en un mecanismo perfeccionado, no son más que diversos aspectos de un fenómeno único, que está determinado a un ascendente hereditario, que se trasmite en todas las asimilaciones sucesivas. Que lo dijo en su aforismo Harvey, hace más de tres siglos: *Omne vivum ex ovo*.

Claro está que no es muy poco consoladora para todo antropomorfista tal afirmación, que le asigna al hombre un interés secundario, tan insignificante en el vasto mecanismo universal. ¿Dónde queda la tradicional y cómoda libertad humana? ¿Dónde la superioridad del hombre en medio de la naturaleza? “La libertad absoluta es una ilusión — nos dirá Le Dantec — el resultado final de la evolución del mundo, o, por lo menos, el estado del mundo después de la desaparición del hombre, será un estado de equilibrio en el cual, poco a poco, desaparecerá la huella efímera de las actividades humanas”.

*
* *

El hombre no es, pues, más que un simple accidente funcional, determinado a su ascendente hereditario, que ha registrado todas las adaptaciones necesarias en su organismo. En él no se dan co-

mienzos absolutos sino una regular continuidad ancestral, que le determina como un fenómeno entre millares de fenómenos similares. Sin embargo, el hombre pretende ser libre y escapar a la subordinación que le impone el mundo físico; pretende colocar su vida fuera de la tiranía de las leyes regulares de la naturaleza, asignándose un carácter de elección que reconoce sólo el poder de una voluntad superior a la suya. La tradicional creencia en un principio inmaterial, regulador de las acciones humanas y la fe en el alma de los antiguos, bastaron para confirmar esta pretendida superioridad de la que el hombre no podía menos que vanagloriarse sobre el resto de los seres vivos. A ese principio de conocimiento inmanente, a esa facultad superior le concedía el hombre una finalidad que, si por una parte contrariaba todo principio de equilibrio natural, por otra bastaba a satisfacer sus inquietudes. Si a un hombre del siglo dieciséis, después de leer la *Summa Theologica* de Tomás de Aquino, le hubiera sido dable conocer una definición tan simple y exacta como la siguiente de Le Dantec: "Un ser vivo es un espacio limitado en el cual se verifican ciertos fenómenos en ciertas circunstancias", no habría vacilado en creer que quien tal afirmaba no podía menos sino haber perdido la razón, porque ¿acaso no era más sencillo concebir la historia de la vida y explicarse el problema de la libertad humana como los de una creación total superior y de una virtud dependiente de una facultad absoluta?

Pero la ciencia ha progresado tanto desde Lavoisier hasta nuestros días que es posible estudiar el fenómeno vital sin necesidad de recurrir más que a lo accesible y mediato. Los fenómenos vitales como los fenómenos psíquicos pueden ser susceptibles de medida y si por el momento la ciencia es impotente aun para conocernos en toda su extensión, día llegará en que sean del absoluto dominio de sus disciplinas. Sin embargo, no faltan enemigos de la ciencia que, no conformándose con la negación de toda voluntad superior y de la existencia del alma, crean también que, al negar esta última, la ciencia ha negado la conciencia misma, con lo cual se creyó dar un golpe de muerte a la filosofía científica pensando limitarle toda representación clara de algo que era tenido como totalmente ajeno a las funciones fisiológicas. Sin embargo, con claridad asombrosa Le Dantec ha afrontado el problema diciéndose decidido partidario de la teoría de la conciencia epifenomenal.

Todo lo que pasa en nosotros, nos dirá, las reacciones químicas que se transforman en fenómenos fisiológicos, van acompañadas frecuentemente de epifenómenos psíquicos. Si esto sucede, cabe preguntarse: ¿es la conciencia una propiedad general de la materia? Le Dantec limita el alcance de esta pregunta asegurando que sólo es posible aventurar hipótesis al respecto, aun cuando la fisiología se empeña en demostrarnos que todo fenómeno psicológico no pasa de ser más que un epifenómeno que

acompaña a un fenómeno físico, que no lo influye en manera alguna y que todo lo que pasa a nuestro alrededor “pasaría exactamente lo mismo si los si los cuerpos químicos y biológicos tuvieran *todas* las propiedades que en ellos conocemos, menos la de la conciencia”.

Luego la conciencia para Le Dantec no es más que un simple epifenómeno, que no modifica de manera activa el fenómeno fisiológico que acompaña: “Cuando habiendo remontado toda la escala de los seres llegamos a nosotros — escribe Le Dantec — observamos que muchos fenómenos fisiológicos, absolutamente comparables a otros de la misma naturaleza observados en animales, van acompañados en nosotros de epifenómenos de conciencia, pero si hemos seguido la marcha científica ascendente, el determinismo fisiológico resulta establecido para nosotros de manera definitiva y nos limitamos a afirmar que los fenómenos van acompañados de epifenómenos, sin pensar en preguntarnos si los segundos por su naturaleza pueden influir de algún modo en los primeros”.

Mientras la estructura del sistema nervioso varía, varía también el epifenómeno de conciencia. Si la conciencia no tuviera este carácter epifenomenal es claro que subsistiría hasta más allá de los trastornos fisiológicos; entretanto, podemos advertir que mientras varía en esos diversos estados sucesivos sólo la memoria sigue siendo la causa de unión y de continuidad. En cambio, es fácil advertir que,

a determinado fenómeno fisiológico le acompaña el mismo epifenómeno de conciencia, como si este último derivase de aquél. ¿Por qué durante el sueño no existe continuidad en la personalidad psíquica? ¿Por qué cada día, al despertar, seguirán a análogos fenómenos fisiológicos los mismos epifenómenos de conciencia? ¿Por qué razón una modificación fisiológica cualquiera, durable o definitiva, puede traer, como sucede en un estado de locura, la sensación del epifenómeno de conciencia?

La personalidad consciente es, pues, correlativa de la estructura del sistema nervioso: una modificación de éste la hace variar al momento, así sea en el sueño o definitivamente, o ya sea durante el estado de locura; y cuando "cesa la coordinación nerviosa parece la personalidad psíquica, muerte psicológica que acompaña a la muerte fisiológica". Si esta conciencia asiste impotente al funcionamiento del mecanismo transformador, el mecanismo será lo importante, lo fundamental, ya que aquella está subordinada a éste y no introduce en él nada nuevo.

¿Dónde comenzará entonces la individualidad consciente? ¿Acaso en el protozoo? He aquí una pregunta, afirma Le Dantec, que se pierde en las probabilidades de la hipótesis y que no es accesible para nosotros, pues no es del dominio de la medida científica de que disponemos. Únicamente nos es dable afirmar que en nosotros al menos los fenómenos fisiológicos van acompañados frecuentemente de epifenómenos psíquicos y no sa-

bemos en realidad si éstos existen fuera de nosotros, "si corresponden a una propiedad especial de las sustancias plásticas o a una de la materia en general". La individualidad psíquica es el resultado del epifenómeno que acompaña a la memoria y cesa con la vida fisiológica. Sólo nos es dable comprobar que en el hombre vivo no existe una entidad independiente de su mecanismo corporal sino que toda su determinación de obrar está ligada a modificaciones de la sustancia: "los rozamientos y las determinaciones de obrar que se manifiestan en la mentalidad de un hombre no son más que reflejo interior de movimientos físicoquímicos del cerebro, que están sometidos al determinismo universal".

A su vez el fenómeno de conciencia no es más que un fenómeno de conjunto, la síntesis de un gran número de fenómenos elementales que es posible estudiar aisladamente: nuestra sustancia cerebral está dotada de conciencia en sus elementos constitutivos. Y como los elementos que constituyen el cerebro del hombre son el carbono, el azoe, el oxígeno, o sean los elementos ordinarios de la química, podremos admitir que los elementos de las sustancias brutas tienen su conciencia elemental. Si se considera, pues, dotados a los átomos de una conciencia atómica fija, que no se manifiesta más que en el momento de los cambios intramoleculares, es lógico establecer un paralelo entre la construcción física del cuerpo humano y el establecimiento concomitante de la conciencia.

Sabemos que la substancia total de las plástidas se renueva constantemente y que los fenómenos de su actividad son consecuencias de reacciones químicas que dan lugar a epifenómenos moleculares, que en una plástida continua tienen el valor de una primera síntesis. Por lo demás sabemos que la molécula en la substancia de una plástida está compuesta de átomos, como la plástida lo está de moléculas, lo cual nos permite llegar, en esta vía descendente, a la hipótesis de la conciencia atómica formulada por Haeckel que, si bien es cierto que no pasa de ser más que una hipótesis, por lo menos es la que está más cerca de la realidad científica, puesto que no toma en cuenta más que las adiciones de los elementos sin pretender modificar la esencia misma de las cosas.

Al establecer Le Dantec un paralelismo psicofísico creyó posible admitir conciencias atómicas fijas en cada especie atómica, que se funden en la molécula y éstas a su vez en un conglomerado continuo de substancias plástidas en la unidad del sistema nervioso de un ser superior.

Si existen elementos de conciencia en las funciones que constituyen la más elemental unidad de la escala atómica y molecular, y si el átomo no es más que una realidad apreciable de esas fusiones, podemos concebir la representación de una síntesis de estados de conciencia: "Ignorando de qué naturaleza son exactamente las fusiones características que unen las diversas partes del cuerpo protoplas-

mático — dice Le Dantec — ¿es posible concebir que estas uniones, siendo de las dimensiones de aquellas que tienen un elemento de conciencia, determinen, en cierto modo, una síntesis de partes parciales de conciencia del protoplasma? De tal manera que, en lugar de una coexistencia de conciencias aisladas, dependientes de cada fusión, se produce una síntesis correspondiente a cada estado o variación protoplasmática. No existe despertar de estados de conciencia en cada momento, sino cuando se producen variaciones que corresponden a adaptaciones sucesivas del organismo. Así, pues, a la unidad objetiva que se da a cada instante como resultado de las relaciones particulares de fusión entre las diversas partes de un cuerpo protoplasmático continuo, corresponde cierta unidad subjetiva que no es posible comparar a nada y que conocemos solamente porque se manifiesta en cada uno de nosotros bajo la forma de lo que denominamos nuestra conciencia individual”.

Indudablemente que esta teoría biológica de la conciencia, formulada por Le Dantec, no basta para satisfacer ciertas reservas que ha sido causa de serias controversias entre los psicólogos contemporáneos. ¿Será posible aceptar las hipótesis de la síntesis de conciencia como se acepta la de la síntesis química, que sabemos compuesta por elementos mecánicos, que tienen su valor y son susceptibles de ser medidos? Si concebimos la conciencia como una síntesis semejante nos encontramos ante

la primera limitación de que sus elementos sólo se dan en la síntesis, pero no aislados. Tomando el caso de una simple sensación ¿sería dable descomponerla en los elementos que han concurrido en ella: las impresiones inconscientes y los hechos únicos que han motivado la síntesis mental?

Cada hecho de conciencia es de por sí complejo y escapa a toda medida posible; lo que le caracteriza es su valor de síntesis, de totalidad; o, como dice Dwelshauvers, "su unificación en la vida"; su unidad y su continuidad.

*
* *

Hace poco escribía el conócido publicista argentino Alberto Palcos (1), en un breve cuanto valioso estudio sobre *Le Dantec*, al reprocharle por haber sido injusto con Darwin: "Ha tratado de exaltar a Lamarck deprimiendo a Darwin, como si los dos no fueran igualmente grandes. Según él (*Le Dantec*) el transformismo le debe mucho a Lamarck y poco a Darwin, a quien reprocha el haber concedido mucha importancia al azar en la teoría de la selección natural".

Le Dantec, estudiando el fenómeno vital desde un punto de vista rigurosamente científico, no podía considerar la obra del grande naturalista inglés según dilecciones más o menos sentimentales; si co-

(1) Revista *Nosotros*. Núm. 98. Junio de 1917.

loca a Lamarck sobre el autor del "Origen de las especies" aduce para ello razones fundamentales, ajenas a todo interés inmediato. Frecuentemente encontramos en sus libros palabras tan justicieras como las siguientes, que dan la medida de la sinceridad y de la elevación que presidieron siempre en sus juicios: "Es por esto, — dice Le Dantec — como yo lo afirmaba al comenzar, que Lamarck debe ser más bien considerado como un físico; Darwin, por el contrario, sigue siendo un naturalista, sin duda que el mayor de los naturalistas, pero nada más que un naturalista, en el sentido que estudió siempre los seres vivos como objetos aislados y que les aplicó un método y un lenguaje aislador". ¿Podrán ser tachadas de injustas o parciales estas palabras?

El estudio profundo de la biología justifica claramente en Le Dantec su preferencia manifiesta por Lamarck, y sus reservas ante la obra de Darwin y sus discípulos. Siendo aún muy joven, recordaba Le Dantec haber recibido como una revelación la obra del fundador del transformismo: un día Ribot le pidió para su revista (1) el análisis de un libro del jefe de los neolamarckianos de Norte América, E. D. Cope (2): "Súbitamente me descubrí lamarckiano, y lo llegué a ser más y más a me-

(1) La *Revue Philosophique* que, con motivo de la muerte de Th. Ribot, ha pasado a dirigir Lévy - Bruhl.

(2) Suponemos que dicho libro fuese: *The Primary Factors of organic evolution*, publicado en Chicago en 1896.

dida que me familiarizaba con la obra de Lamarck. Para mí, el problema fundamental en la cuestión del origen de las especies fué, desde entonces, el mecanismo de la transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos". Claramente vislumbró su camino en los principios formulados por el autor de "La Filosofía Zoológica": la adaptación al ambiente y la explicación del desarrollo de los órganos por su funcionamiento habitual le bastaron a Le Dantec para orientarse definitivamente en sus estudios biológicos y para creer que se debe ser siempre fatalmente lamarckiano cuando "no se olvida el método en sus ciencias físicas al abordar el estudio de los fenómenos vitales".

La teoría evolucionista de Darwin no podía menos de aparecérselle incompleta a Le Dantec, pues no se puede concebir el estudio científico de la evolución de las especies mientras se ignore la naturaleza de los fenómenos vitales. ¿Cómo reconocer la evolución de los seres vivos si se comienza por desconocer la historia de su funcionamiento? Darwin jamás se pregunta en qué consiste el problema vital y cuáles son las condiciones que hacen favorable o adversa la continuación de la vida. "Es curioso — advierte Le Dantec — que el ilustre sabio inglés haya creído poder estudiar la evolución de los seres vivos sin haberse preguntado jamás cuáles son las leyes mismas de la vida". En cambio Lamarck, dando pruebas de un genio prodigioso, encontraba las leyes fundamentales de la evolución

de los seres vivos “dejando a un lado inmediatamente los fenómenos secundarios que han perdido a Darwin y a sus discípulos”, y en las que le iba a ser posible a Le Dantec fundar la base de toda su obra biológica, cuyo primer enunciado fué su ley de la asimilación funcional, verdadera piedra de toque de toda su labor futura. “He llegado a esta convicción definitiva — dice — que la ley del hábito y la ley de la herencia resumen *todos* los fenómenos vitales. Un estudio profundo de lo que es menester llamar *funcionamiento*, me ha demostrado que la ley general de la vida es la asimilación funcional, principio simple y universal, que contiene en germen los dos principios de Lamarck”. El fundador del transformismo afirmó que el hábito es lo esencial de la vida, comprendiendo claramente con ello que la existencia es el resultado de dos factores: el cuerpo vivo y el medio.

La segunda ley de Lamarck sobre la transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos, tuvo para Le Dantec una importancia no menor por cuanto iba a completar su conocimiento del fenómeno vital: “Que un carácter adquirido por el funcionamiento de adaptación — escribe — *puede* llegar a ser hereditario, esto sería demostrado hasta la evidencia por los hechos *bien observados*, tanto en el dominio paleontológico como en el de los fenómenos actuales; pero esto resulta todavía de una manera más evidente de las deducciones que se pueden establecer a partir de todas las verdades biológicas

conocidas". Veamos también, nos dirá Le Dantec, cómo en aquella genial intuición de que la transmisión hereditarias se verifica siempre que los cambios adquiridos sean comunes a los dos sexos, Lamarck parece haber previsto el error fundamental de Darwin y de sus discípulos cuando, al estudiar el valor que tienen los caracteres adquiridos por el padre y la madre a la vez y que transmiten íntegramente a los hijos como si fuese un solo progenitor, estableció que carecen de importancia, pues si dan origen a diferencias entre hermanos no influyen para nada en la formación de la especie; en cambio los darwinianos cometieron el error de considerarlos como esenciales, y luego, los neodarwinianos acrecentaron ese error creyendo descubrir las razones de aquellas diferencias en el acto sexual, que es el gran conservador de la fijeza, lo cual les llevó a deducir que lo que explica la evolución es todo aquello que no supone funcionamiento vital. ¿Se calcula la magnitud y el alcance de este error, que aun cuenta con defensores en la actualidad?

Pero pasemos a considerar el yerro capital que Le Dantec rebate en Darwin. Es de todos conocida aquella teoría del célebre naturalista inglés que le atribuye a la *gémulas*, partículas invisibles existentes en el protoplasma, todas las propiedades de la vida elemental, llegando hasta creerlas capaces de multiplicarse como los microbios. Según ella no sólo Darwin, sino su discípulo Weismann y los neodarwinianos, han llegado a admitir que un animal

o una planta se compone de unidades específicas distintas, cuya superposición constituye el animal, estando representada cada una en el germen por cierta partícula o gémula; ésta determina, en el curso de la evolución, la forma del protoplasma, caracterizando sus propiedades particulares. Darwin llegó hasta creer ver en ella una posible explicación de la teoría de la herencia de los caracteres adquiridos.

Esta teoría constituye la negación misma de la evolución tal como la concibió Darwin, ya que él creía que cuanto caracteriza a los seres vivos había aparecido en el curso de remotas épocas geológicas. Extremando el error del maestro, Weismann concibió su teoría de los plasmas ancestrales, según la cual hacía derivar a cada organismo de millares de seres iniciales o sea todo lo contrario de lo establecido por Lamarck, que estaba en lo cierto al afirmar que millones de especies actuales provienen de un solo antepasado.

Para los darwinianos las variaciones de las especies tienen su origen en una distribución fortuita, en el momento de la fecundación, de los caracteres preexistentes en los antepasados, mientras que para los lamarckianos, por la inversa, todo se reduce a explicarse que el ser vivo, bajo la influencia del medio, se adapta contrayendo hábitos que pueden arraigar tan hondo hasta ser transmitidos por la herencia.

Para un lamarckiano un organismo se explica

por su herencia, por lo que han hecho sus antepasados; mientras que para un darwiniano se explica por el azar, que ha presidido en la distribución de los caracteres, eternamente existentes, entre los organismos sucesivos. Lamarck no negó la influencia del azar en la formación de las especies; por la inversa, le dió siempre grande importancia creyendo en la aparición fortuita de las nuevas particularidades en los individuos y comprendió que las variaciones del medio son caprichosas si se les considera en relación con los seres que evolucionen en él.

Le Dantec considera, pues, la obra de Darwin como la antítesis de la de Lamarck; reconoce que los discípulos del autor del "Origen de las especies" han ido mucho más lejos que el maestro, extremando conclusiones erróneas, basadas en los principios de éste; conclusiones que, seguramente, el propio Darwin hubiera rechazado: "Se pensara que Darwin — escribe Le Dantec — después de creer en la posibilidad de poder explicar la evolución sin haber establecido de antemano una teoría de la vida, se vió obligado, muy a su pesar, a tomar en cuenta la necesidad de esa teoría de la vida. Trató de explicar la herencia que, si se considera de cerca, no constituye otra cosa que la vida misma; pero, imbuido firmemente en las teorías dualistas reinantes, separó el problema de la herencia del de la vida; separó como Claudio Bernard, el problema de la materia; y aun lo que es más grave e increíble en un hombre que, por lo demás, tiene tantos me-

recimientos para ser acreedor a nuestra admiración, separó la materia de las propiedades de la materia”.

En su teoría de las gémulas, Darwin consideró aisladamente los fenómenos vitales y los de la materia, llegando hasta creer que las propiedades de la materia viva no son inherentes a ésta. Mientras Lamarck concibió la evolución por la acción de factores extraños a la vida misma, sin reparar en la necesidad de establecer, de antemano, una teoría de la vida. Lamarck enseñó la adaptación buscando en el azar la causa profunda de la coordinación de todo mecanismo viviente. El primero vió en el fenómeno sexual una particularidad que hacía desaparecer las variaciones no adquiridas uniformemente por todos los individuos de la especie, machos y hembras, mientras Darwin y sus discípulos advirtieron en él una interrupción en el fenómeno vital, que era motivo de variaciones progresivas. Lamarck, por fin, creyó en la unidad del fenómeno vital, sin pensar que fuera necesario separar tales o cuales manifestaciones; Darwin, en cambio, participó del mismo dualismo de Claudio Bernard, que le llevó a separar la materia de la forma.

No justifica, pues, la preferencia de Le Dantec por el transformismo una simple dilección de parcialidad, sino una razón profunda y fundamental, basada en el estudio completo de la vida, y sus condiciones de biólogo para quien el estudio del fenómeno vital no es más que la historia del funciona-

miento y de la adaptación de los organismos a las circunstancias del medio.



Fué Le Dantec un filósofo de la biología, en quien no se desmintió esa virtud de su raza, la claridad, que le llevó en más de una ocasión a reñir, en agrias controversias, con quienes como William James o Bergson le parecían oscuros y difusos. Alguien le ha comparado con Augusto Comte por su severa elegancia, su agilidad dialéctica, su vasto sistema científico: pero, Le Dantec se diferencia esencialmente del fundador del positivismo por su sagrado horror a toda metafísica, que juzgó siempre como la negación del método. Porque en la obra de Le Dantec el método, en el que se introdujo el razonamiento matemático, se constituyó siempre un valor de verdadera unidad científica, que le caracteriza de una manera inconfundible.

Y, como buen filósofo de la biología, Le Dantec fué uno de los más seguros defensores del monismo aunque éste no implicó para él la reducción a la unidad de todos los fenómenos químicos ya que, afirmaba en el más popular de sus libros, aunque se diera el caso de cien cuerpos irreductibles él continuaría siendo monista. En su expresión más simple su posición monista dentro de la filosofía contemporánea se redujo a una representación físico-química de la vida, que le llevó a formular la si-

guiente ley: nada pasa de conocible sin que se modifique alguna cosa que sea susceptible de medida. El fenómeno vital es una función mecánica, en el que nada deja de ser accesible a la comprobación aunque, dada la imperfección de los recursos de que dispone todavía la ciencia, escapen algunos aspectos de ese fenómeno a toda posible medida, lo cual no supone que no llegue a un día en que puedan ser registrados. Si yo digo que siento o quiero; si tengo un dolor o un afecto, cuya medida escapa hoy a mi comprobación, nos dirá Le Dantec, es lógico que así suceda por el momento, dadas las limitaciones de las disciplinas de investigación existentes; pero, tal dificultad no supone que dichos fenómenos no puedan ser medidos, ya que si me son sensibles, no han de producirse sin que se modifique algo susceptible de medida, y ese algo podrá ser objeto de conocimiento.

Y en esta limitación del monismo, que le impide registrar y conocer ciertos fenómenos de la vida mental, que por ahora escapan a su experiencia científica, se basan las más fuertes objeciones de quienes le impugnan y le niegan. Sin embargo, un monista como Le Dantec nos dirá, con la honda fe de quien confía en los progresos cotidianos de la ciencia, que el día de mañana no escapan a la comprobación todos esos fenómenos que por el momento parecen inaccesibles, y que llegarán a ser de nuestros dominios las más sutiles relaciones fisiopsicológicas de la conciencia y las relaciones físico-

químicas más oscuras que se producen en el cerebro en el momento de pensar.

Si en este orden de cosas el monismo puede dejar aislada una incógnita por despejar, que habrá de resolverse con el tiempo y con auxilio del método científico, podemos estar ciertos, en cambio, que su resultado estará en todo caso más cerca de la verdad monista que de la dualista, ya que es más difícil que estos últimos prueben que no se produce ninguna modificación material en un cerebro que piensa, siendo cosa comprobada la transformación constante de un cuerpo vivo. Si en el estudio de los fenómenos de la vida mental biológica se encuentra aún en sus comienzos, en cuanto toca al conocimiento de la vida inferior, de las funciones primordiales del fenómeno vital, Le Dantec logró realizar progresos geniales en los dominios de la biología. Bastaría el hecho de su ley de la asimilación funcional, piedra angular sobre la cual descansa su nueva teoría de la vida, para que ocupase su nombre el sitio más alto en la historia de las ciencias biológicas y en el de la filosofía científica, después de los de Lamarck y de Darwin.

Y, como para que no faltase un fundamento en el edificio de su completa obra filosófica, Le Dantec coronó su labor científica con amplias consideraciones morales sobre la vida humana que, es lógico suponerlo en un biólogo, no iba a considerar más que como un simple aspecto de la lucha universal: ser supone luchar, ha dicho; vivir significa

vencer. Todo instinto de conservación está fundado en la lucha, y esta no es más que una forma del egoísmo, que tiene el alcance de una ley biológica. El hombre es un ejemplo de animal social y su vida es una lucha perpetua, inseparable de la idea de vida; el egoísmo y la ferocidad priman en su existencia y “todo nuestro *barniz de hombre civilizado* no impide que, raspándolo ligeramente, aparezca el hombre ancestral, el hombre de las cavernas”. Si alguna vez se han dado los casos de un Francisco de Asís y de un Vicente de Paúl, no deben considerarse más que como simples excepciones: “Hemos llegado — dice Le Dantec — hasta representarnos un ideal trascendental, que estuvo revestido con todas las virtudes sociales y desprovisto de todas las necesidades individuales. Jesús nos mostró ese tipo ideal de bondad, de caridad, de fraternidad y de amor y, después de veinte siglos, le veneramos aún. Y, al sentirse tan distante de la realidad, nos hemos llegado a preguntar si este ideal es dable, y si el hombre ideado por el corazón de Jesucristo es posible que se multiplique sobre la tierra”. La biología nos enseña, arguye Le Dantec, que ese hombre no es posible, ya que la vida es una lucha y en esta lucha la cuestión estriba en ser vencedor. En la forma más simple del fenómeno vital cada ser es el enemigo de todos sus congéneres, pues cada uno devora una parte de las provisiones alimenticias que les pertenecen a todos. De tal modo es la escala más baja de la vida la concurrencia alimenticia supone

la primera etapa en la lucha egoísta de la existencia: dos especies diversas, que viven unidas en un medio limitado, pueden ser antagonistas o aliadas, según sean las circunstancias. Son enemigas si tienen análogas necesidades y los mismos excrementos; son totalmente aliadas cuando los excrementos de una constituyen los alimentos de la otra.

Siendo el hombre un animal social, las que en él aceptamos como virtudes no son más que los caracteres que le hacen apto para vivir en sociedad: así se conciben sus ideas de honradez, de justicia, del bien, del mal, de responsabilidad y de deber. Nuestros antepasados solitarios eran distintos de nosotros y no podemos comprender fácilmente las razones que poco a poco les llevaron a vivir en sociedad "porque, a pesar nuestro, les atribuiríamos ideas y sentimientos del siglo veinte". Seguramente las sociedades primitivas no fueron los modelos que algunos han querido ver, ya que no se constituye en un día una mentalidad de animal social. "Mi conciencia moral — dice Le Dantec — es el resumen hereditario de las necesidades sociales porque han atravesado mis antepasados durante infinidad de generaciones; en cada época ha habido leyes que respondían a las condiciones realizadas en las sociedades de que mis ascendientes formaban parte; de estas leyes algunas han durado poco y apenas han dejado huellas en mi herencia; otras se han conservado durante largo tiempo, imprimiendo en la herencia de mi raza huellas indelebles. Estas

huellas son las que encuentro en mí y a las que llamo mi conciencia moral”.

La ley biológica del egoísmo o sea el instinto de conservación, ha arrastrado fatalmente a los hombres a adquirir, bajo la influencia de la vida social, todas las nociones metafísicas y morales de las que se enorgullecen hoy hasta impulsarles a creerse de una esencia superior a la de todos los animales. Este egoísmo constituye, nos dirá Le Dantec, la única base posible de la sociedad humana que, en verdad, ha sido fundada según el imperativo categórico de leyes biológicas, no económicas. Las pasiones humanas son factores de acción más poderosos que las consideraciones económicas: “la historia económica de los pueblos no es más que la historia de los factores secundarios de su evolución”. Y si la vida no es más que la historia de una lucha constante, la guerra debe ser “la función más ordinaria de los seres vivientes”. Los períodos de paz son períodos anormales durante los cuales los vecinos se miran a los ojos aguardando cada uno que el otro se debilite para poderlo atacar: “Cuando dos pueblos vecinos no luchan — escribe Le Dantec — ellos prueban no que se aman sino que ninguno se siente lo necesariamente fuerte para estar seguro de alcanzar el triunfo en la lucha”. Los pacifistas deploran todo ardor bélico que arroja a los pueblos a pelear entre sí y sueñan con una paz que no pasa de ser hermosa utopía, ya que la función ordinaria de la vida es la lucha. “El enemigo común de la

familia ha hecho nacer la fraternidad entre hermanos; el enemigo común de la nación ha hecho nacer la fraternidad entre conciudadanos”.

Para quien como Le Dantec ha estudiado la vida en todas sus funciones, como una simple lucha de cada instante, en la que ocupa el hombre un lugar ventajoso, no pueden menos de ser muy naturales y explicables las anteriores razones sobre el valor social del instinto de conservación, ya que la vida no pasa de ser más que una lucha en medio de la cual el hombre es uno de entre los millares de concurrentes que necesitan vencer.

Y no se llegue a creer que en Le Dantec la del egoísmo sea una razón filosófica sentimental, como lo fué en Schopenhauer o en Nietzsche: la moral humana no es para él más que una simple consecuencia de las necesidades que crea la lucha y el instinto de conservación primando sobre las razones profundas de la conducta, del deber, de la virtud. Como razón personal que justificase en Le Dantec un sentimiento puramente antisocial, no cabría concebir el egoísmo, pues él se ha encargado de decirnos que se cree “uno de los pocos hombres que no hayan tenido nada que envidiar a nadie, ya que todo lo que he emprendido ha resultado mejor de lo que pensaba. Me considero — dice — como uno de los favorecidos de la fortuna; tuve por maestro a uno de los hombres más eminentes; he vivido rodeado de personas agradables y he sido honrado con valiosos afectos. Me siento un hombre satisfecho y

no deseo nada más que lo que tengo²⁷. Estas sinceras palabras, que hacen recordar las de Renan en sus últimos años, figuran en la introducción del más amargo y más audaz de sus libros, *El Egoísmo*, que supone la coronación moral de sus largas búsquedas biológicas, de su infatigable esfuerzo desarrollado durante las investigaciones de toda una vida laboriosa.

Su explicación biológica de la moral humana resulta poco halagadora y muy diversa de aquella que han forjado todos los metafísicos; sin embargo, Le Dantec tuvo el valor de estudiar al hombre como un simple fenómeno, ni más ni menos importante que los otros millares de fenómenos que a diario se verifican en el universo, sabiendo demasiado que con ello sus contemporáneos no le iban a coronar de rosas.

*
* *

Culminó la acción científica de Le Dantec en los precisos momentos en que las más serias incertidumbres parecían dar alas a una reacción espiritualista que, comenzando en Renouvier y en William James, iba a encontrar su más alta expresión en las obras de Boutroux y de Bergson. El autor de *Las influencias ancestrales* no se dejó atraer por este canto de sirenas y antes bien fué siempre el más encarnizado enemigo de toda aspiración metafísica: James y Bergson fueron el blan-

co, más de una vez, de sus contradicciones cerradas de apasionado bretón. Porque la fe en la ciencia de Le Dantec era hija de las más hondas convicciones, de la más infatigable de las experiencias. Nacida antes que de inquietudes metafísicas de pacienzudos estudios, poco, casi nada, dejó a los sentimientos ya que fué el filósofo menos antropomorfista que sea dable imaginar. Observó siempre el fenómeno vital como un simple espectáculo objetivo, en medio del cual el hombre no tiene más valor que el de un accidente entre otros muchos que suman diversos aspectos de una unidad constante.

En más de una ocasión aludió Le Dantec a la ventaja que tiene el artista sobre el hombre de ciencia que vive sometido a la necesidad de la comprobación inmediata; y, a pesar de que él estampaba no sin cierta melancolía esa palabra *artista*, como sintiéndose muy distante de las efusiones de la fantasía, es justo reconocer que en toda su obra, a pesar de la tiranía del dato y del método científico, campea una clara y honda comprensión de la belleza. Su claridad, la gracia fácil de un estilo que no pierde su transparencia ni en las explicaciones más abstrusas; sus ejemplos sencillísimos, su aguda e intencionada ironía, nos le tornan muy agradable y fácil de ser leído. Es que en él se dió, por tradición de raza, como ya advertíamos, ese espontáneo florecer del pensamiento armonioso, que tornaba la suya en voz de oro; virtud ésta clásicamen-

te francesa que siempre será posible imitar en Pascal, Diderot, Cousin, Renan, Guyau, Bergson.

Sin embargo, cuando el arte llegaba a servir de disfraz para toda aspiración mística o metafísica, Le Dantec era el primero en no envidiar sus galas y en impugnar a quien se encubría tras sus arreos: en este sentido su controversia con Bergson da toda la medida de su aversión para el sistema del ideólogo de "La evolución creadora", que ha sido como un canto de alondra para muchos, y que ha dado alas a toda reacción metafísica, a todo misticismo decadente.

Fácilmente podemos comprender la profunda diferencia que existe entre pensadores como Le Dantec y Bergson, que encarnan dos aspectos antagónicos de la filosofía. Mientras el primero fué siempre y ante todo un apóstol de las ciencias, el segundo, llevado por una inteligencia poderosa, por una clara fantasía, por un vivo don del análisis, convirtió el problema del conocimiento en una incierta representación intuitiva, y el problema viviente en una subjetiva teoría, que escapa a toda apreciación exacta. Supone este paralelo la comparación entre un monista y un metafísico; entre quien estudia los fenómenos objetivos del mecanismo vital por un método esencialmente objetivo, y quien desea contar la historia de esos fenómenos en lenguaje finalista, transformando la obra de la observación en obra de la imaginación.

Le Dantec y Bergson representan, pues, en la

filosofía de la hora presente dos tendencias opuestas: la primera grata a los progresos de las ciencias exactas, la segunda cara a las inquietudes de los artista.

Bergson, apóstol de la libertad y de la intuición, encarna la tendencia de una brillante cuanto poco fundada reacción espiritualista que han compartido con él, en cierto modo, William James, Benedetto Croce, Boutroux; reacción que se aleja lentamente de la disciplina científica, hasta pretender hacer dudar de muchos de sus progresos trascendentales. Las solas reservas del autor de la "Estética" ante el empirismo científico, nos ahorra más de una prueba arrancada al texto de las lucubraciones de estos filósofos.

Felizmente mientras ciertos pensadores ponen en duda hasta las conquistas de las ciencias, para no mencionar a quienes como Brunetière hablaban de su bancarrota en los precisos momentos en que se descubrían los rayos X, los metales radioactivos y se hacían los progresos más portentosos de la mecánica aplicados a la navegación aérea y de la electricidad, no faltan quienes, como Le Dantec, le consagren una vida entera con elevación y desinterés, siendo por esto tanto más sensible su muerte ya que con él pierde a su mejor defensor, a su más convencido apóstol.

*
* *

Le Dantec ha caído en hora prematura, a los cuarenta y ocho años de edad, pocos meses después de su hermano Julio, que el 15 de Abril de 1917 había sido encontrado acribillado de balas cerca del Aisne. Desde los comienzos de la guerra Le Dantec, a pesar de su mala salud, prestaba sus servicios en un hospital militar, y recuerda Charles Le Goffic que, durante su agonía, se oyó que le preguntaba a su suegra:

—Dime ¿he sido un buen francés?

—Sí, Félix, — respondía ella — un buen francés y... un buen bretón.

Así, el 8 de Junio del cuarto año terrible, expiró el filósofo con una sonrisa entre los labios.

LA LIBRE VIDA DE WALT WHITMAN

Para mí es el americano típico, típicamente moderno; centro y fuente de una nueva aspiración espiritual más sensata y viril que cualquiera otra hasta hoy.—GUIDO BRUNO.

Casi inadvertida pasó la fecha del primer centenario del nacimiento de Walt Whitman, (1), aquel fuerte cantor que con Emerson y Poe representa el más interesante triple valor estético en la gran República norteamericana. Cuando el eco de todas las felices arcadias literarias solo hacían posibles los paseos a través de los clásicos jardines de la antigüedad, el poeta de West Hills le ordenaba a su musa: "Ven, musa, emigra de Grecia y de Jonia. Tacha con una cruz esas mentes tantas veces sobrepagadas. Esos asuntos de Troya, y

(1) El 31 de Mayo de 1919.

la cólera de Aquiles, y los viajes de Ulises, sobre las rocas de tu albo Parnaso, escribe: *Mudada o se alquilera*. . . Pues hay una zona mejor y más fresca: un imperio más grande te aguarda y te aclama”.

Producto de una democracia nueva y de un pueblo viril y rejuvenecido, Walt Whitman odió como ninguno la *usata poesía* de que hablaba el lírico italiano; fué enemigo de toda afectación inútil, de todo énfasis elocuente, de cuantos viven en santo olor de purismo verbal, sólo preocupados de la gramática y del diccionario; él quiso ser y lo fué sobradamente un hombre libre y un poeta libre: “Me gustan las palabras flexibles — escribió — durables, impetuosas. Me gusta verlas aplicadas a mí mismo y me gusta verlas en los periódicos, en los tribunales, en debates, en congresos. . . Los malos presidentes, los malos jueces, los malos periodistas, los dueños de esclavos, los monopolistas, los filisteos, los afeitados, los castrados, los pisaverdes, los beatos. . . son los que gritan siempre contra el uso de las fuertes, cortantes, rudas y bellas palabras. Para los instintos viriles del pueblo, siempre ellos serán los bienvenidos”.

Tal es el poeta nuevo, el cantor libre, el hombre renovado de una civilización naciente: su verso fué palabra de anunciación, verbo de libertad y norma de vida. El cantó en uno de sus mejores poemas: “Camarada, esto no es un libro; quien esto toca, toca a un hombre”. He aquí al poeta,

al recio acuñado de odas democráticas, fuertes y originales, definido en un propio concepto transparente, que hace recordar las palabras de Pascal. Sus versos son expresión de lo que fué su existencia, porque este gran yanqui, de barba florida y ojos transparentemente azules, antes que un poeta era un patriarca, un apóstol, un santo laico del calendario republicano; un hombre, en fin. Su obra no es la de un sentimental, ni la de un psicólogo, ni la de un lírico estéticamente puro; Walt Whitman encarna la personalidad de un evangelista moderno; es el cantor de la conciencia democrática; el poeta del todo y de la individualidad; el vate en quien para decirlo en un concepto nietzscheano, la sangre se convierte en espíritu.

En su obra caben todas las escuelas y todas las aspiraciones de su raza. Su vida fué una eterna exaltación de la energía y de perfección moral. Como una ágil gaviota, su espíritu revolaba sobre el mar anunciando a su patria horas de calma y de serenidad. Cotidianamente supo vivir inquieto, torturado por aspiraciones gigantes como las montañas abruptas del lejano Far West. Bíblico y apostólico, soñó siempre en el día en que la humanidad habrá de encontrar la primitiva perfección de que habla el Evangelio. Su corazón transparente dejó ver siempre el fondo. Su juventud fué la del árbol que vive con sus ramas vueltas al cielo, llenas de nidos y de aves acariciando con sus raíces el seno ubérrimo de la tierra; y mientras los vientos

cantan entre sus ramas, como en las cuerdas de un arpa gigantesca, en el seno del *alma mater* las raíces renuevan las fuerzas de su vida.

Nacido Walt Whitman en el seno de una familia modesta (su padre fué un obrero y su madre una brava mujer holandesa, cuáquera de religión), hereda esa fortaleza espiritual que sólo se forja en las asperezas de la vida y conduce hacia altísimos apostolados. Pocos años concurre a la escuela y ya encauzada la orientación intelectual de su primera juventud, busca en los oficios más variados la subsistencia: primero sienta plaza de tendero; luego de tipógrafo, un tipógrafo curioso, inquieto, que devora los originales, ávido de conocimientos nuevos; después es maestro de escuela y más tarde, por fin, escritor y obrero como su padre. Así, a lo largo del curso de su vida se cumple ese ideal de austeridad que pedía Emerson para los hombres fuertes, originales enemigos de la rutina y capaces de cargar a dentelladas contra la vida. Walt Whitman fué de estos: vivió mucho y muy intensamente antes de componer los versículos de su biblia cívica. Cerca del pueblo siempre y en medio de la naturaleza, silencioso y humilde, su adolescencia y su pubertad tienen algo de la larva que en la noche de su caverna evoluciona lentamente hasta desplegar un día sus alas de mariposa. Su edad de madurez, tranquila y serena, recuerda la apacible dulzura de un remanso. Jamás un guijarro turba el cristal de esa linfa dormida. Con ra-

zón sobrada ha dicho de esta época de la vida del poeta el catalán Montoliú, que "su crecimiento era interno"; de introspección y de conciencia.

La religión cuáquera había fortalecido en él su espíritu reflexivo y había modelado definitivamente al enorme poeta que dormía en su cerebro y en su corazón. Su austeridad espiritual era hermana y heredera de la de aquellos pastores holandeses que construían sus habitaciones a las orillas del Missouri, plantaban sus huertos y ordeñaban sus majadas en las libres praderas del suelo americano. Como ellos Walt Whitman tuvo el culto de la naturaleza, cerca de la cual vivió siempre como un hijo que busca el seno materno a cada instante. Fué ella su consejera, y su confidente. Cuando leía a Homero o a Shakespeare, la Biblia o la Divina Comedia, buscaba los rincones ocultos de los bosques, las orillas de los lagos, el silencio fecundo de Long Island: "La Iliada" — escribe — la leí por primera vez a fondo en un hueco abrigado por rocas y arena, con el mar a cada lado". He aquí una hermosa confesión de poeta, digna de uno de aquellos rapsodas que en la antigua Grecia buscaban la soledad sonora de las montañas para comulgar con pan en el secreto de la divina armonía. Y no es que este culto sea hijo de un misticismo enfermizo o de frecuentes crisis sentimentales; por la inversa, en Walt Whitman la soledad y la naturaleza no hacen más que fortificar la conciencia del artista; en el aislamiento propicio se encuen-

tra a sí mismo, se comprende y se exalta; vislumbra en él el Cosmos y su Cosmos, el yo y la colectividad. Entonces escribe esos que él llama sus *bárbaros aullidos*, el *Canto de mí mismo*, lleno de elevación santa, de auto-contemplación espiritual; meditaciones talladas sobre piedras por un rudo forjador de ideas. Oigamos esa voz de hierro, que arranca del seno ubérrimo de la tierra: "Mi alma está limpia y pura como está limpio y puro todo lo que no es mi alma. Creo en tí, alma mía, y el otro hombre que hay en mí no debe humillarse ante tí. Y tú no debes humillarte ante el otro. Ciérrate profundamente en torno mío, desnuda noche, ciérrate profundamente, noche magnética y benéfica. ¡Noche de los vientos del sur, noche de los grandes astros! Noche silenciosa que me llamas, desnuda noche estival. — Tú, ¡oh mar! Me abandono igualmente a tí, pues adivino lo que me quieres decir... Es preciso que corramos juntos; me desnudo; llevadme en vuestro seno hasta que pierda de vista la tierra. — A veces creo que podría vivir entre los animales, de tal modo se me aparecen plácidos y serenos. Horas enteras me absorbo contemplándolos".

Siempre viviendo en medio de la naturaleza libre y fecunda, el poeta la contempla y la siente con honda comprensión. Así sus poemas a la tierra, al mar y a los animales, traducen una emoción temblorosa. Jamás un himno a la vida fué más vigoroso y puro que aquella su *Elegía granítica*

al Espacio y al Tiempo, deidades en cuyo vientre se mide la vida. Frente al sol el lírico camina con su visión. Los árboles le contemplan. La arena incendia el horizonte. Hélo aquí en medio de la vegetación exuberante: las hojas largas del maíz y las flores azules del lino le acarician. Más allá está la montaña, enmarañada y bravía, donde traza sus torpes revuelos el murciélago en las noches de Julio, donde el escarabajo sagrado aparece tardíamente entre las tinieblas, donde el arroyo sale de entre las raíces de un árbol viejo y corre hacia el valle. El poeta camina y camina y camina. Costeando Long-Island se acerca a Mahattan. El Niágara aparece ante él. Su catarata le cubre como un velo transparente. El campo le atrae. Al caer la noche regresa al hogar y, ya en el lecho su fantasía se exalta. Pero la realidad al fin le vuelve a la tierra. Entonces piensa en la Muerte, sin inquietud; "si no consigues acabar conmigo del primer golpe, no cejes en vuestro empeño; si no me encuentras en una parte buscadme en otra, que en alguna de ellas os aguardo". Tal es su serenidad.

Walt Whitman vivió entre el pueblo, comprendió la vida civil de la ciudad y compartió duras horas de trabajo. Los sueños de fortuna jamás le preocuparon: vivía con la tranquilidad de un obrero y con la mansedumbre de un apóstol, nacido para predicar la buena nueva de la unión y la Concordia. "Se familiarizó — recuerda Bucke — con todos los géneros de ocupación, más no leyen-

do las relaciones comerciales y las estadísticas, sino que observando a los trabajadores en sus obras (a menudo eran éstos sus amigos íntimos) y pasando las horas cerca de ellos. Visitó las fundiciones, los almacenes, los laminadores, los mataderos, las lanerías y las hilaturas, los astilleros y arsenales marítimos, los muelles, los talleres de carruajes y ebanistería, asistió a los pik-nicks, (donde sólo se come moluscos cocidos bajo las piedras) a las carreras, a las subastas, a las bodas, a las jiras en bote, a los baños, a los bautizos y a toda suerte de fiestas". La curiosidad y sus deseos de sentir la vida en todas sus manifestaciones y en todas sus esferas le llevaron a menudo hacia el arroyo, a las pobres cabañas de los labriegos y a los barrios míserimos de los obreros. Todo lo que el observador recogía en el mundo objetivo el poeta interior lo hacía suyo. Entretanto, acuñaba sus versos en el silencio fecundo de su tranquilidad, realizando un verdadero apostolado de arte. En medio de la ruda civilización yanki, Walt Whitman se destaca como un nuevo Cristo, perdonador de injurias y exaltador de nuevos credos de amor y de belleza. El poeta busca en la humanidad de sus sueños una superación humana; tiene la intuición del hombre simbólico de Emerson y del superhombre de Nietzsche: "Tú, Hombre-Ideal — dice — tú, libre, seguro, alegre, hermoso y amante, de espíritu vasto y cuerpo fuerte, se mi Dios". Esa superación de humanidad y de ideal moral se realiza en él,

dimana de su espíritu inconfundible, fuerte, raro, único. Sus cantos y su vida la justifican y la mantienen enhiesta como un obelisco de piedra en medio de una pampa desierta. Las ideas del poeta son como baluartes o avanzadas, en medio del campo poco propicio de Yankilandia: "Derramé — canta — en vastas olas el egotismo y lo celebraré como base de todas las cosas, soy el poeta de la personalidad; probaré que el macho y la hembra son iguales, y que no hay más imperfección en el presente que no la haya también en el porvenir". Tal es su civismo y tal su concepto de la moral. Su vida es fecunda en él y llega a los demás como un ejemplo sabio y altísimo. Bondadoso y desinteresado se sacrifica gustoso y su bondad bendice el dolor ajeno como una blanca mano. Durante los crudos meses de la guerra civil de 1862, Walt Whitman cuida heridos, vela a los moribundos, alienta a los débiles, hasta que una fiebre traidora llega a amenazar seriamente su vida. Sin embargo, no es esto óbice para que, apenas restablecido, vuelva a sus tareas apostólicas con la unción y el convencimiento de antes. Su vida transcurre libre y tranquila en plena contemplación de la naturaleza. Un día su amigo Conway va a visitarle y, a pesar del calor exorbitante, le encuentra tendido de espaldas en medio del campo, el rostro vuelto hacia el sol. Sus costumbres son sencillas, casi pastorales: se pensara de uno de aquellos eremitas cristianos que renunciaban en la Tebaida a todos los agrados de la vida.

En sus horas de meditación y de trabajo se ocupa en vaciar el torrente de sus inquietudes rebeldes en versos tremantes de emoción y de sinceridad. Su individualismo se exalta y, cuando publica la primera recopilación de "Leaves of gras", sus compatriotas se espantan ante la obra de aquel hombre aislado y fuerte como una columna de granito. Las audacias de sus poemas sólo las habrían comprendido los críticos de entonces en Emerson. Pocos son los que le entienden y, en cambio, muchos lo que le atacan. Más, como el pastor sordo de la fábula, él no escucha los ruidos y sólo ve las estrellas. El se podría repetir a menudo para sí mismo las palabras de Ana Smith: "Obrad con fe y tendréis la fe". Su fe fué su escudo y fué su espada. El, que exaltaba la disciplina de la voluntad y pulía su conciencia como un diamante, quiso ser siempre un hombre entero, fuerte en su individualismo y dúctil en el seno de la colectividad, sin que ésta, por cierto, atentara contra los fueros de aquel: "Yo cojo al hombre que se hunde — dice — en uno de sus cantos — y lo levanto con voluntad irresistible... ¡Oh, desesperado, aquí está mi cuello!... ¡Ya, Dios, no te hundirás! Cuélgate de mí con todo tu peso. Yo te dilato con tremendo aliento y te hago flotar; yo lleno con una fuerza armada toda la estancia de la casa. ¡Amantes míos, reíos, de las tumbas!"

Los años que Walt Whitman vivió de hospital en hospital o de campamento en campamento, du-

rante la Guerra de Secesión, fueron tal vez sus días más inquietos y torturados. La imaginación del poeta se aviva: una alegría bélica le exalta; un odio apocalíptico arma su lirismo cual la punta de una lanza, y, nuevo profeta de una nueva gesta, su ira santa se desborda como un río tormentoso por entre las penas de una torrencera. Entonces compone aquellos *Redobles de Tambor* (Drum Taps), que tienen el acento épico de un poema: "Año de 1861 — canta — año armado, año de lucha, nada de rimas gentiles, ni amorosos sentimentalismos lleguen a tí, año terrible... Tú te me apareces como un hombre fuerte, de pie y enhiesto, vestido con el hábito azul, avanzando con el fusil sobre la espalda". Sólo el horror de una guerra fratricida explica la dureza épica de estos versos troquelados como lanzas. Así comprendió el poeta aquella lucha de ese año terrible que reveló en él a un nuevo Víctor Hugo. Sintió muy de cerca el espanto de la carnicería y entonces pudo adivinar en aquellos hombres a verdaderos lobos disfrazados de canes. A veces la interjección de sus cantos va más allá de todos los lirismos y de las exaltaciones todas. Los tambores redoblan como truenos desencadenados, y su tronar repercute en los versos del poeta, férreos y luminosos. Exclama: "¡Batid, batid, tambores! Sonad, trompetas, sonad! Más fuerte que el ajeteo del tráfico en la ciudad y que el chirrido de las ruedas sobre el pavimento... ¡Batid, tambores, batid! ¡Sonad, trompetas, sonad! No

os detengáis, no aceptéis protestas ni excusas; no reparéis en los temores, en las plegarias, ni en las lágrimas; no os cuidéis del anciano que implora al joven; apagad la voz del niño, las quejas de la madre; forzad los recintos donde aguardan los muertos la carroza que ha de llevarlos, mientras tronéis recio tambores, mientras resonéis alto, trompetas!...

El diapasón lírico ha alcanzado su vibración más alta y más sublime. No es ya sólo una queja sino que un alarido de rabia, irónico, hecho espanto, anatema y belleza viril. La guerra es larga y el poeta la canta, la observa y la maldice con la voz tonante de un nuevo Ezequiel. Todo el espanto que han recogido sus claras pupilas, cual dos espejos inmóviles, sus labios logran devolverlo fundido en rudos versos: "Baja tus miradas, hermosa luna, y alumbrá esta escena; vierte dulcemente los haces luminosos de tu nimbo hasta esta parte, sobre los rostros fantasmales, violáceos y congestionados; sobre los muertos que yacen de espaldas, cuyas armas han sido arrojadas lejos de sus cuerpos. Vierte tu nimbo apacible, luna casta". Este cuadro es hermoso y triste. Solo quien le ha visto y se ha penetrado de su horror dantesco, era capaz de evocarle en tan sobrias y concisas pinceladas. Walt Whitman que, durante toda la guerra, sirvió en las ambulancias curando a los heridos y auxiliando a los moribundos, vivió muy cerca la amargura de los dolores callados que se van con un postrer gesto de

desesperación o con un último recuerdo. Hombre piadoso, de alma blanca, ante él pasa el sufrimiento abriendo honda huella en su corazón. Oigamos cómo evoca la angustia de una pobre madre a quien una bala traicionera le ha arrebatado el idolatrado hijo de sus entrañas; oigamos este fragmento final del poema, escrito con lágrimas dolorosamente amargas: "Pronto héla aquí extenuada, vestida de negro; durante el día no prueba los alimentos, durante la noche se sobresalta y a menudo se despierta; se despierta en medio de la noche y llora; desea con un deseo doloroso, poder escaparse furtivamente, silenciosamente de la vida, para seguir, para buscar, para acompañar a su querido hijo muerto!" El poeta tenía una madre anciana y buena que cuidaba en él todas sus esperanzas. Cuando estalló la guerra sufrió ella hasta lo increíble presintiendo acaso un desgraciado fin para aquel por quien sufrió largas horas de desvelo.

Terminada la guerra, en 1865, y cuando prepara la primera edición de sus "Redobles de Tambor", muere el Presidente Lincoln. Entonces Whitman escribe su célebre. "Conmemoración", que cierra como un broche de oro el poema completo. Tal vez jamás en la poesía americana y raras veces en la europea, el estro de un poeta ha producido un más bello, fuerte, y épico estremecimiento lírico, de energía, de angustia y de emoción. Los versos son como moldes de oro en los que el poema hubiese vaciado palpitaciones de su corazón:

“¡Oh, capitán! ¡Mi capitán! Alzate para escuchar la voz de las campanas ¡levantáos! Es por vos quien el clarín resuena; para vos esos ramos y esas coronas cubiertas de cintas; es por vos por quien la multitud cubre las riberas; es hacia tí a quien sus voces claman; por vos es por quién se agita y hacia vos sus rostros se vuelven. ¡Aquí, Capitán! ¡Padre querido! Que mi brazo se apoye sobre vuestro hombro. Me parece un sueño pensar que sobre el puente yaces muerto y helado!...”

Walt Whitman, amante de la democracia, unionista y patriota, vació todo el raudal de sus sentimientos cívicos ante la caída de este roble aislado y magnífico.

Pocos meses más tarde, cuando Walt Whitman se preparaba a publicar el primer volumen completo de sus poesías “Hojas de Hierba”, le ocurre un incidente digno de considerarse en la historia de su vida. Era empleado del Ministerio del Interior cuando se hizo cargo de esa cartera James Harlan, ex pastor y teólogo fracasado, hombre oscuro, fanático e intransigente y cuyo nombre sólo se recuerda hoy día gracias a esta anécdota que le liga a la vida de Walt Whitman, como una plumulilla de cardo a un enjambre de rosas. Un enemigo del poeta denunció sus versos al Ministro, versos que no tenían otro pecado que el muy divino de su ruda y revolucionaria belleza. Leyólos Harlan y su incompreensión cerrada espantóse ante aquella altura a cuya cima no alcanzaban sus alas. Ordenó

sigilosamente la destitución de Walt Whitman. Pocos días después sus amigos le consiguieron un destino que mejoraba su situación. Quede en este recuerdo el nombre del buen O'Connor, su defensor y su paladín; mano blanca y corazón abierto que, en cien ocasiones, fué para el poeta báculo y voz generosa de aliento.

En 1873 Walt Whitman sufre el primer ataque de parálisis que, tan pronto, ha de abatir su salud. Comienza entonces en él una decadencia física dolorosa que pronto va a precipitar la muerte de su cara madre adorada. Abatido, deshecho tristemente, el poeta es ya así un inválido. Las crisis se suceden. Su sistema nervioso se altera cada día más. Transcurre un tiempo y, luego, aquel que antes corriera como un gamo a lo largo de las riberas; aquel que otrora desafiaba el sol con la cabeza desnuda y el pecho descubierto; aquel que erraba a través de los vivacs socorriendo a los heridos, es ahora un pobre montón de carne enferma, de carne palpitante, de carne triste. Tiemblan sus manos blancas ante las carillas; el claro brillo de sus profundos ojos azules se empaña, y de aquel mirar antes firme y sereno, sólo queda ogaño un rayo que se desvía y unas pupilas húmedas de santa resignación. Una silla con ruedas le arrastra en busca de un rayo de sol y de un poco de verdura en los días transparentes. ¡Pobre poeta! ¿Qué deidad iracunda se ha encargado de vengar en él algún pecado de los de su especie? Sin embargo, el abatimiento

que le ha traído toda aquella ruina no le vence del todo. A un amigo le escribe en 1882: "Hoy, justamente, cumplo sesenta y cuatro años. La parálisis que me atacó por vez primera, casi diez años ha, y persistió con diversas vicisitudes, parece detenida y probablemente continuaré así. Me canso fácilmente, me hallo bastante impedido en mis movimientos, no puedo pasear largo tiempo; pero mi espíritu se mantiene siempre bastante alto". Su cuerpo suele a veces recobrar algo de su antigua energía. Abandona su casa y su silla para dar cortos paseos. Pero la enfermedad, tal una hidra obstinada y cruel, le acecha siempre. En este instante de su vida él podrá repetirse para sí mismo su "Plegaria de Colón": "Mis manos y mis miembros pierden su seguridad; mi cerebro angustiado se extravía". Sólo le restan ya débiles energías. Muy de tarde en tarde escribe algún pequeño poema. Como un peregrino sigue su camino descargando a ratos el peso de su propio corazón. Sus amigos, que asisten desconsolados a esta muerte lenta del poeta, le obsequian un pequeño carrito tirado por un caballo. Las calles de Camden le ven muy de mañana, diariamente, errar como un pobre niño enfermo, tembloroso y angustiado. A veces, los chicos se acercan al poeta y le cubren de flores. Él sonríe y su blanca mano, alba como una ala de paloma, les bendice. Un día, después de mucho caminar, su cabalgadura fatigada se detiene. Y como el camino invita al descanso y la sombra bienhechora de un

árbol promete horas de apacible frescura, el poeta y el jamelgo se duermen a la vera de la vía. Más tarde, muy tarde ya, un grupo de campesinos sorprende a Walt Whitman y, en corro alegre y piadoso, le conducen hasta Camden. Así le quieren, así le cuidan, así le veneran.

El frío de un día de mayo precipita en su pobre organismo nuevos ataques. Tras horribles sufrimientos logra recobrar un poco sus fuerzas perdidas. Cuatro meses antes de su muerte y con una serenidad ejemplar, escribe, en una nota-prefacio a la colección de sus pequeños poemas "Adiós a mi fantasía": "Heme aquí durante estos años 1890 y 1891 (de una quincena a otra me siento debilitarme más) semejante a una pobre concha descascarada o a un caracol marino abandonado (mis piernas no existen, estoy imposibilitado para moverme), arrojados muy lejos sobre las arenas de la ribera, inertes. Ante las vastas inmensidades, el mar, el dolor y la muerte suele el espíritu tener destellos supremos: es como el águila que, moribunda, aún intenta batir sus alas para morir en el espacio infinito". Tal sucedió a este grande, noble y buen viejo. Su canto postrero, los poemas de "Adiós a mi fantasía", fueron talvez los más sentidos que salieron de su pluma. En el dintel mismo de la muerte el gran lírico ensayó una vez última sus alas. Sus ojos ávidos sondeaban más allá de la tumba la eterna prolongación de la vida: "Tras un Adiós se disimula en gran parte — escribe — el saludo a otro

comienzo; para mí, el Desarrollo, la Continuidad, la Transformación son significados capitales de la Naturaleza y de la Humanidad, y el *sinc qua non* de todos los hechos, sin excepción". Más tarde aún, muy cerca ya de la muerte, cuando sus facultades de lírico parecían haberse afinado hasta la transparencia, cantó por última vez: "Es la ocasión postrera de mirar hacia atrás; en mí el tic-tac del reloj se hace más lento y débil; la desaparición se aproxima, la noche llega y pronto el sordo latir del corazón se detendrá".

A mediados de diciembre de 1891 una bronco-pneumonía acaba por agotar las pocas fuerzas que conservaba su organismo debilitado. Tres meses transcurren aún, en cuya duración se prolonga el suplicio dantesco de la tremenda agonía del poeta: horribles sacudimientos baten su cuerpo anciano como una racha furiosa azota el arbustillo aislado; estremecimientos nerviosos destrozan sus nervios gastados y horribles dolores ponen en sus ojos transparentemente azules y en sus labios pálidos una retorcida mueca de angustia. Sin embargo, el estoicismo de Walt Whitman se mantiene enhiesto y viril y jamás una queja sorpresiva descomponen la serenidad de su dolor, hasta que el 26 de marzo de 1893, junto con la postrera luz de un crepúsculo tranquilo, se aduerme para siempre como un ave enferma.

Así murió este viejo fiero y grande, de infantiles ojos azules, alma dura y espíritu soñador.

EL PORVENIR DE LA FILOSOFIA, SEGUN JOSE INGENIEROS

¿Si será que siempre debe seguir siendo el problema de lo inconocible una incógnita que no logre despejar jamás el humano esfuerzo? ¿Nunca ha de caer el velo de Isis, que oculta lo desconocido, ante las conquistas de la ciencia, que procura indagar los orígenes mismos de la vida? A pesar de cuantos afirman que tras lo físico solo nos es dado sondear en lo metafísico, cabría preguntarse: ¿acaso porque los métodos científicos actuales no bastan para despejar aún la obscura incógnita de la primera síntesis vital sería justo hablar de las limitaciones de la física cuando ésta apenas data de un siglo? Si comienza por ser justipreciado el valor de la ciencia en relación con un tiempo relativamente corto, será posible hablar de sus limitaciones en cuanto ellas se refieran a la duración de esta o aquella vida humana; pero si se considera la ciencia en constante evolución, en un progreso indefinido, ganando sus verificaciones en una perspectiva

ilimitada, sin reparar en las inquietudes febriles de cuantos subordinan su finalidad a resultados definitivos e inmediatos, mucho habrá de esperarse de ella antes que dudar de sus conquistas actuales y de sus posibles realizaciones. Nadie puede asegurarnos que lo inconocible de hoy no sea lo conocible de mañana y que sus medidas futuras no lleguen a registrar hasta las nociones de causalidad más remota. La filosofía ha intentado penetrarlo todo y la ciencia explicárselo todo, sin que sus pruebas sean aún la expresión de una síntesis definitiva y ni siquiera aproximada de la verdad última. El método científico no está lo suficientemente perfeccionado para que se pretenda despejar rápidamente la obscura incógnita de los orígenes vitales y explorar el secreto de cuanto aun escapa a la experiencia. El universo, en sus constantes relaciones mudables, se presenta como un campo de experiencia proteico, en el que no existe la estabilidad que haría posible el conocimiento absoluto.

Momentáneamente puede hablarse de las limitaciones de la ciencia, ya que sus disciplinas están determinadas a un lento progreso, si se toman en relación con la vida humana. Del mismo modo el problema de la filosofía seguirá reduciéndose al necesario postulado que formularon los discípulos de Aristóteles cuando establecieron que la metafísica comienza donde termina el alcance de la física; o sea aquella forma del conocimiento que permite elevarse de lo accesible de la experiencia hasta la

noción de lo absoluto, reproducida por la filosofía medioeval y por las escuelas posteriores hasta el advenimiento de la filosofía científica.

Llámesese Dios a las primeras causas, a lo infinito, a lo absoluto o a cuanto se ha creído inaccesible para el entendimiento humano, el valor de esos problemas, que fueron falsamente planteados, será siempre el mismo y las hipótesis metafísicas no habrán avanzado gran cosa con cambiar los nombres de éstos por los de otros que se denominan equilibrio, primera síntesis o voluntad cósmica, toda vez que seguirán siendo momentáneamente tan inexplicables como aquéllos y solo motivos de aproximaciones sucesivas mientras las medidas científicas no hayan alcanzado una segura perfección total.

- Hasta la hora presente la filosofía ha tratado el problema del conocimiento según dos probabilidades: o retrocedió ante él renunciando a investigar sus orígenes, pues lo consideró un problema inexplicable, o lo abordó mediante el auxilio de los métodos científicos. La metafísica medioeval se limitó a un somero conocimiento representativo del universo, divagando en torno de él con el temor que le imponían las limitaciones de cuanto está vedado al alcance de la inteligencia y reduciendo todas sus inquietudes a una finalidad total; la ciencia moderna, por la inversa, entró en la entraña viva de la realidad misma, tratando de explicar cuanto la metafísica declaró inaccesible para la experien-

cia y para todo conocimiento ulterior. Son estas dos razones fácilmente comprensibles: la primera podría explicarse según motivos puramente psicológicos, pues el problema del conocimiento no pasa de ser más que una cuestión esencialmente subjetiva; mientras la segunda implica el sentido de algo impersonal, que en nada participa de las conveniencias afectivo-morales.

A partir con Lamarck, Lavoisier y Darwin, la filosofía comenzó a fundar sus especulaciones en las disciplinas de la ciencia, haciendo posible la total renovación de sus métodos y, a medida que se multiplicaron sus conquistas, se alejó más y más de toda noción metafísica. Tras siglos de inútiles divagaciones y de estériles sistemas de innegable interés intelectual, la filosofía entró en su verdadero terreno especulativo fundada en nociones exactas.

Fueron el siglo diez y ocho y la parte del diez y nueve los grandes removedores de los problemas filosóficos. Los enciclopedistas anunciaron esta aurora: Diderot dejó presentir en aquella genial página póstuma *El sueño de d'Alembert*, lo que más tarde iba a ser el alma de la filosofía científica: el evolucionismo.

Sin embargo, a pesar de los progresos de la ciencia, realizados en menos de una centuria, en la que se renovaron no sólo todos los problemas del entendimiento, sino que también todas las ramas de la ciencia, haciéndose posible el estudio de la

naturaleza y de la vida, no faltaron las trémulas voces de retaguardia, los eternos escépticos que viven de la nostalgia del entonces y del temor del porvenir; que tienen la esperanza siempre puesta en el socorrido todo tiempo pasado fué mejor, como si no fuese un signo de cansancio en la marcha, según el oportuno decir de Ingenieros, detenerse a mirar el camino recorrido; no faltaron esos eternos descontentos que proclamaran por doquiera el fracaso de la ciencia, porque ella no había satisfecho sus promesas de despojar las incógnitas de las causas últimas, como si fuese posible concebir que sólo basta una centuria para que la física o la química reduzcan el problema de la mecánica universal a un centón de nociones objetivas. La ciencia podrá contribuir a mejorar las condiciones vitales—se dijeron los que proclamaban su bancarrota—pero no será suficiente para penetrar en la finalidad de las grandes causas y en los eternos secretos del cómo y el cuándo. Y como dudar es lo mismo que negar, quienes dudaron creyeron llegar más lejos aun ensayando la posibilidad de un salto hacia atrás, de una reacción violenta en la filosofía. No fué siquiera una reacción espiritualista la que se dejó sentir, sino una serie de defecciones entre escritores e ideólogos y el advenimiento de dos o tres filósofos cuyas doctrinas han sido más interesantes que trascendentales. En muchos de ellos la duda circunstancial se convirtió luego en la duda sistemática y ya fuese en nombre de un acomodaticio pragma-

tismo o de una elegante modalidad intuitiva, el conocimiento encontró sus límites y la ciencia su barrera.

Que conversos como Brunetière o Joergensen, darwinianos y evolucionistas en su primer tiempo; que pensadores como Boutroux o Bergson; que psicólogos como William James o Eucken y estetas como Benedetto Croce buscaran en sus representaciones emotivas y en sus hegelianas inquietudes una satisfacción para sus dudas y tranquilidad para sus cavilaciones finalistas, eso no podía sorprender a nadie. El renunciamiento de un hombre de ciencia, de un especulador salido del laboratorio, de un biólogo, de un químico, de un físico, hubiera podido ser un comienzo de incertidumbre, aun cuando tampoco habría tenido mayor importancia para los destinos y la marcha de la ciencia. Que no hay religión sin apostasías, ni progresos sin escépticos, ni victorias sin defecciones.

La ciencia ha entrado ya en su ejercicio puramente experimental, de impersonalidad absoluta, opuesta en todos sentidos a lo que fué hasta hace poco la filosofía; esto es, disciplina antes que del conocimiento de arraigo puramente subjetivo, que se ha debatido durante siglos ora subordinada a la metafísica teológica o ya como expresión de la ética. Idos son enhorabuena aquellos días de ciego dogmatismo que hicieron no sólo posible sino que necesario la simulación en los filósofos. El libre examen y la libre discusión de todas las doctrinas

ya no levantarán implacables hogueras para nuevos Torquemadas. El bienestar de las democracias presentes se cifra en un anhelo de verdad y de justicia y si en su nombre a veces Calibán llegó hasta los crímenes de lesa humanidad, extravíos inevitables fueron esos frecuentes en todo proceso de perfeccionamiento. Sin embargo, ¿quién nos asegura que el tiempo, al cual Platón le pedía coronas de rosas, no obre el prodigio de hacer nacer mañana un par de alas sobre las espaldas deformes del monstruo de los instintos viles?

Es posible, ogaño, estudiar la realidad del mundo sensible no ya a través de la lente teológica o con fines puramente éticos, sino que fundados en la disciplina científica como atributo del conocimiento y como medida de la experiencia. Dentro del orden físico—tomado lo físico en su más amplia latitud: suma y expresión total del mundo objetivo—el valor del hombre no es más importante que el valor átomo o el valor equilibrio. Situada la filosofía en un punto desinteresadamente científico, puede prescindir de todo halagüeño subjetivismo e intentar el estudio de la naturaleza y de la vida según una norma constantemente evolutiva, separando lo experiencial de lo momentáneamente inexperiencial; lo físico de cuanto, por el hecho de no estar registrado aun por la comprobación científica, es para muchos espíritus sentimentales algo racionalmente metafísico.

Tras la crisis del positivismo, que se planteó co-

mo una franca doctrina pragmatista — deliberado renunciamiento a toda explicación de cuanto no cae bajo el alcance de la experiencia — y considerando las posibles realizaciones futuras del método científico, cabe preguntarse: ¿cuál será la posición de la filosofía del porvenir? ¿Es concebible una reacción espiritualista? ¿Podemos aguardar la soñada vuelta a Kant, que pedía Kuno Fischer? ¿Deberemos creer en el regreso al eticismo puro? ¿Habrá de seguir siendo la filosofía una simple disciplina especulativa fundada en la ciencia? ¿O será inevitable una renovación de la metafísica, no ya de la rancia ontología subordinada a la autoridad teológica o a un imperativo categórico moral, sino que de la metafísica concebida en el clásico sentido aristotélico; es decir, como una necesidad imperiosa de considerar que existen problemas que exceden momentáneamente la experiencia y pueden ser abordados mediante explicaciones hipotéticas?

Intentando una revisión de valores, en los precisos momentos en que se habla de una crisis de la filosofía, tras los positivos progresos de la psicología, de la ética, de la lógica, de las ciencias sociales y naturales, de la física, la química y las matemáticas, he aquí que un fecundo pensador americano, José Ingenieros, que ha dedicado una vida al estudio de las ciencias y a las especulaciones filosóficas, procurando conciliar, con alta y razonada cordura, las antinomias que dividen en la hora presente a los filósofos, ha presentado a la Aca-

demia de Filosofía y Letras de Buenos Aires sus proposiciones relativas al porvenir de la filosofía (1) en las cuales afirma su creencia en una posible renovación de la metafísica, al considerar la suerte de las doctrinas que serán miradas como legítimas dentro de uno, dos o más siglos.

Pocas veces como en el caso de este volumen de Ingenieros — solamente cabría recordar en esta ocasión a Le Dantec, ese impecable demolidor de prejuicios — fué encarado el problema de la filosofía con más independencia y menos sujeción a tradicionalismos de ninguna especie. Nunca tal vez un crítico de la historia de la filosofía arremetió contra el fantasma de todos los sistemas consagrados, escudándose tras la lógica de las ciencias, con más clara y cabal conciencia de la verdad, a fin de intentar una revisión finalista de valores, exenta de todo arraigo preconcebido.

En cierto modo hace recordar Ingenieros en su obra, que algunos de sus libros anteriores ya permitían vislumbrar, sobre todo en lo que toca a proclamar la bancarota de muchos sistemas históricos, a Giovanni Papini en aquella colérica disección de Kant, Hegel y Nietzsche (“Il crepuscolo dei filosofi”). Pero es justo reconocer que mientras el

(1) “Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía” presentadas a la Academia de Filosofía y Letras de Buenos Aires, al ser designado J. Ingenieros miembro titular. Editado por los talleres gráficos argentinos de L. J. Rosso y Cía. Un vol. de 168 págs., Buenos Aires 1918.

ideólogo italiano destruye con un placer salvaje de polemista, con todo el fuego de su invectiva y de una dialéctica fogosa que reduce a ruinas todos los valores, Ingenieros funda un sistema sobre el muro derruido; demuele para construir; es implacable, pero es lógico. Él desea que su lógica y su justicia sean fruto exclusivo de su interés por la verdad: procede no como el ideólogo de *El piloto ciego* sino que según la norma que le impone la disciplina científica. Ni lógico *per se*, ni sentimentalista fácil, va hacia la verdad para descubrirla, en un deseo constante de aproximación, antes que impulsado por el anhelo de encontrarse a sí mismo, tras un miraje de ella.

Una larga cuanto constante experiencia científica y una viva inquietud renovadora, que le han llevado desde las ciencias físico-naturales a las médico-biológicas; desde el trabajo árido del laboratorio a las altas especulaciones de la psicología; desde el trato frecuente con los problemas sociales al amplio estudio de la historia de la filosofía; acreditan la seriedad y el interés de la obra de este pensador que es honra de la aun incipiente cultura filosófica iberoamericana y cuyos libros han traspasado las fronteras y cruzado los mares preocupando la atención de maestros como Ribot y Ostwald (1).

(1) Muchos de los libros de Ingenieros han sido traducidos: *La simulación en la lucha por la vida* fué vertido al italiano y al francés; la *Criminología* al italiano y de este idioma fué puesta en español en el Perú; *La simulación de*

Bastaría una obra de Ingenieros — que ¡oh ironía! sólo es posible leer en la edición de Alcán porque, agotada hace algunos años su tirada en español, sólo es dable encontrarla únicamente en la traducción francesa — para considerarle no ya como a un simple estudioso de talento sino que como a un pensador interesante: hemos mencionado “Le langage musical et les troubles hysteriques”, libro que por sí solo puede justificar una reputación. ¿Cuántos no son los que, y hasta los propios argentinos, ignorando esta obra, modelo de erudición musical y de disciplina científica, y no pocos de sus mejores libros, se permiten hablar ligeramente del autor de los “Principios de Psicología”? Pero, como este volumen podría constituir para muchos un corto bagaje intelectual, en tratándose de un estudioso metódico, ahí está la docena de sus libros, sobre ciencias sociales, psicología, moral, letras, como

*la locura al ruso, al francés y al italiano; los Principios de psicología han sido traducidos al francés y al alemán; La patología del lenguaje musical fué vertida al francés. Esto por lo que toca a sus obras capitales, pues muchos otros de sus trabajos de menor aliento han sido comentados y traducidos también al inglés, al francés y al italiano. Además de las ediciones de sus libros hechas en Buenos Aires la mayor parte de sus obras están editadas en la Península por Jorro, Sempere, “Renacimiento”, Editorial América, Editorial Cervantes, Colección Rubén Darío. (Estas dos últimas, sea dicho de paso, sin autorización previa, lo cual ha movido a Ingenieros a formular una enérgica protesta en su *Revista de Filosofía*).*

el más alto exponente de una labor formal que no tiene parangón en América.

Quien ha dedicado una vida entera al estudio, a las especulaciones filosóficas, a la experimentación científica, realizando tanto en el seno de la biblioteca como en el laboratorio el cotidiano ejercicio que imponen las más variadas disciplinas de las ciencias exactas y cuenta con la autoridad de una constante experiencia científica; que conoce todos los métodos y ha verificado las posibilidades de la mayoría de las hipótesis llegando al fondo mismo de los problemas más arduos, tiene sobrado derecho no sólo para justificar una crítica de valores fundada en la ciencia, sino que para acreditar el valor de un método filosófico propio. Así, pues, sus proposiciones relativas al porvenir de la filosofía tienen la importancia de un nuevo sistema lógico, mediante el cual esboza la posibilidad de una renovación conciliadora de la metafísica pura, en los precisos momentos en que una pretendida reacción espiritualista prepara el camino a sutiles y elegantes efusiones, caras a los espíritus sedientos de inquietud idealidad, que advierten las conquistas de la ciencia con los temores con que los primitivos cristianos miraban la sana y viril realidad pagana.

¿Qué problemas metafísicos han planteado, resuelto o renovado aquellos ágiles sofistas que, en nombre de cierto interesante espiritualismo han pretendido limitar el alcance del conocimiento o han llegado a erigir en disciplina trascendental a una fa-

cultad esencialmente emotiva? Herederos de sistemas caducos, no pudieron libertarse del todo de la tradición escolástica, contribuyendo más y más a oscurecer los caminos que les hubieran acercado a la verdad. Mientras Kant intentó renovar la vieja metafísica, arrancándola a la esclavitud teológica para subordinarla a la tiranía ética a fin de robustecer su eficacia social, los que vinieron tras él no hicieron más que repasar los antiguos valores, entregándose a la glosa erudita de las añejas hipótesis o a interpretar y narrar los resultados de las ajenas especulaciones.

¿Puede considerarse que los progresos de la ciencia han libertado definitivamente a la metafísica de la teología y de la ética? Pero ¿será dable suponer una conciliación posible entre la metafísica y la ciencia?

Alejada ya la filosofía de las supersticiones ancestrales; ajena a toda exaltación efectiva; escudada tan sólo en las disciplinas críticas de la lógica, Ingenieros cree que la resurrección de la metafísica traerá por consecuencia renovar todos los problemas que antes fueron falsamente planteados, haciéndose posible el estudio de cuantos aun parecen insolubles, mas no con la pretensión de resolverlos totalmente sino con el fin de acercarse a ellos por caminos cada vez menos inseguros, procurando llegar hasta el conocimiento de las verdades al parecer más inaccesibles mediante la eliminación de aquellos métodos que han sido probadamente estériles

y prescindiendo de los puntos de partida que sean lógicamente inaceptables.

La insuficiencia momentánea de los métodos científicos nos impide aún y nos seguirá ocultando acaso, durante largo tiempo y tras espeso velo, mucho de lo que aun existe en el universo de medible. Pero ¿será lógico creer que la física futura no llegue a registrar, en la medida de sus experiencias, las nociones más exactas de cuanto aun está fuera del conocimiento? Solo una duda es posible tener al respecto y una circunstancia única puede hacernos pensar en la relatividad del problema cognoscitivo: el universo no es más que un conjunto de relaciones eternamente variables y esta mutabilidad hace imposible toda medida exacta pues la disciplina científica será constantemente insuficiente ante aquellas relaciones cambiantes. El conocimiento absoluto sólo sería posible presuponiendo un estado de inercia total; o, según la afirmación de Ingenieros, "el equilibrio cósmico en que no se modificase la más infinitesimal de las relaciones". Y, como semejante hipótesis resulta absurda toda vez que contraría las más elementales leyes del mundo físico, debemos creer solamente que la posibilidad de experiencia será siempre menor que la variedad de sus objetos, lo cual justifica constantemente "la permanencia de lo in experiencial fuera de lo experiencial". Porque si la perfectibilidad de la experiencia será siempre ilimitada y las relaciones del universo incesantemente variables, la noción de

conocimiento total no podrá existir jamás, haciéndose sólo posibles las explicaciones hipotéticas y por ende la existencia de la metafísica. Seguirán variando los problemas y a su vez evolucionará el concepto metafísico hacia posibilidades aproximativas del conocimiento, cada vez más eficaces, y los progresos de la filosofía se traducirán en una cada día más segura eliminación de los falsos problemas, que son resabios de las creencias vulgares aceptadas por los filósofos.

La metafísica medioeval estuvo subordinada a la teología, como la metafísica kantiana a la ética. Los tres problemas clásicos: Dios, la libertad humana y la inmortalidad del alma son considerados por la filosofía científica como simple supervivencia de la moral teológica. Y no es que estos tres problemas, que constituían la piedra angular de la metafísica, fallasen por su contenido; no, solamente debemos creer que estaban falsamente planteados, debido a la constante hipocresía de los filósofos, para quienes la metafísica fué siempre una simple *ancilla teologiae*; lo cual justifica la razón por qué estos problemas deberán ser renovados en la hora presente si se les encara desde un punto de vista verdadero y lógico. En la historia de la filosofía, a la afirmación de Dios estuvo subordinado el problema de la moral, cuyas pruebas fueron y seguirán siendo simple objeto de creencia religiosa; los problemas del alma y de la libertad se convierten ogaño en los del espíritu, y son planteados ni más

ni menos que como los problemas de la vida, llegábase a confundir el alma con la razón y hasta a hablar de la contingencia y del indeterminismo.

El contenido de estos problemas era experiencialmente indemostrable, en lo cual diferían esencialmente de los problemas científicos, accesibles mediante hipótesis demostrables por la experiencia. Así el problema de Dios contenía problemas metafísicos, que excedían a las ciencias físicomatemáticas; el de la inmortalidad del alma estaba subordinado a problemas que excedían a las ciencias biológicas y psicológicas, y el problema de la libertad implicaba el sentido de problemas que escapaban a las disciplinas físicomatemáticas y a las psicológicas.

Su falsa planteación reducía pues los problemas legítimos al dominio de los ilegítimos, de manera que cabría afirmar que lo experiencial estaba condicionado por lo inexperiencial y lo físico por lo metafísico. La experiencia no puede pretender dictaminar sobre la verdad de lo que se refiere a lo inexperiencial sino limitarse a probar la ilegitimidad de ciertos problemas. Mientras todo lo que puede ser objeto de experimentación para la ciencia es investigable, mediante el auxilio del método, la metafísica sólo se reducirá a formular hipótesis inexperimentales sobre lo que momentáneamente escapa al conocimiento.

En tanto las hipótesis científicas subordinan su constancia a la demostración por la experiencia, las

metafísicas sólo procuran ser lógicas, escapando a lo experiencial. Allí donde la ciencia no alcanza con sus hipótesis experienciales, comienzan las hipótesis metafísicas, prolongándose legítimamente dentro de lo inexperiencial inmensurable.

No llegará a ser ogaño la metafísica lo que fué en la Edad Media, una oscura ontología, sino que, por la inversa, se manifestará como una forma constante de conocimiento aproximativo, basado en hipótesis inexperienciales.

¿Cómo podrá ser formulada una hipótesis inexperiencial y en que se fundará su legitimidad? Los métodos ensayados hasta ahora han alternado siempre entre un valor negativo y uno positivo: mientras los primeros contribuían a alejar de la verdad, los segundos acercaban a ella. Los filósofos clásicos solían usarlos conjuntamente aunque de manera antojadiza. Ajenos a toda lógica, los métodos negativos usados para formular hipótesis inexperienciales, se apoyaban ya en la posibilidad de conocer la verdad mediante revelaciones propias de ciertos hombres extraordinarios o erigiendo a la intuición en facultad de conocimiento. Tanto aquella disciplina mística como este pretendido método dialéctico, constituyeron una sola y única negación científica, que renovaron, en cierto modo, los sistemas de la teología medioeval alejándose de la legitimidad de las hipótesis metafísicas actuales, ya que estas no han tenido más valor que el de juicios sintéticos de probabilidad, fundados en una suma de conoci-

mientos analíticos que están en concordancia con los resultados tenidos como menos inseguros en el dominio de la experiencia excedido por la hipótesis, y subordinados a su no contradicción con las hipótesis inexperienciales igualmente legítimas en otros dominios experienciales superados por ellas.

La metafísica futura no presentará, pues, como una síntesis de las ciencias, en el sentido en que pudo comprenderla el positivismo, ni como una vaga adivinación mística, sino que, siendo lo inexperiencial el objeto de sus hipótesis, permanecerá fuera de las ciencias; pero "estando lo inexperiencial, dice Ingenieros, condicionado por lo experiencial, la legitimidad de sus hipótesis no es independiente de las ciencias"; pudiendo en suma llegarse a la definición que la metafísica tendrá por objeto formular hipótesis legítimas sobre los problemas inexperienciales.

El sistema metafísico futuro, que estará constituido por todas las hipótesis que converjan a una explicación coherente de lo inexperiencial, se caracterizará: primero, por su aspiración a una perfectibilidad continua e indefinida, substituyendo los sistemas cerrados que tenían por base las verdades fijas y definitivas por un sistema abierto basado sobre aproximaciones que se corregirán incesantemente; segundo por su antidogmatismo, ya que sus tesis serán hipotéticas, rectificables en cuanto presenten contradicciones con los resultados de la experiencia; y tercero, por su impersonalidad, ya que

colaborarán en sus resultados el mayor número de actividades, siendo el ensayo personal una simple contribución que se confundirá en el amplio bosquejo de la hipótesis incesantemente perfectible.

Así, pues, el sistema metafísico futuro supondrá una superación de todas las formas apreciables de la experiencia, ya que ellas limitan con los problemas inexperienciales, y será más amplio que todos los sistemas del pasado porque el aumento de los conocimientos que son objeto de la experiencia permitirá plantear mejor los problemas que lo exceden y multiplicar el número de las hipótesis legítimas que traten de explicarlos. De este modo todas las ciencias cederán ante la metafísica en el estudio de los problemas ante los cuales sus métodos son insuficientes, contribuyendo con sus aportes a enriquecerla y llegando a ser ella una expresión sintética total de la filosofía, que comience a elaborar sus hipótesis donde todas las ciencias fijan sus límites, de manera que constituya el más perfecto, completo y armónico sistema de hipótesis incesantemente perfectibles.

*
* * *

Tales son las proposiciones relativas al porvenir de la filosofía, que harán posible una renovación de la metafísica, presentadas por José Ingenieros a la Academia de Filosofía y Letras de Buenos Aires y que señalan en la obra del ilustre pensador

argentino una etapa fecunda de renovación interesantísima: preparado ya, tras una firme labor de experiencia científica, para las más altas especulaciones filosóficas y conocedor erudito de todos los problemas sustentados por la filosofía, tiene sobrados derechos para comenzar a realizar su fecunda obra personal, no ya de simple crítica y revisión de valores, sino que de original caracterización propia. Algunos de entre sus últimos libros constituían ya un claro anuncio de la terminación de su era de experiencia científica en ajenas verificaciones y en extrañas disciplinas. El necesario aprendizaje del hombre de ciencia estaba terminado, tras la dedicación de una juventud laboriosa y de una época de madurez consagrada por entero al estudio. Al terminar su carrera universitaria iba a formular el prolegómeno de su obra futura; a colocar la primera piedra del edificio que tal vez en un cercano mañana veamos coronado por fecundas realizaciones filosóficas, que serán como la floración del árbol cuyo cultivo demandó constantes desvelos antes que sus raíces fuesen hasta el vientre de la tierra para arrancar la generosidad de sazonados frutos: "Aleccionado por todos los filósofos dignos de este nombre, he supuesto que las reflexiones filosóficas sólo podrían ser la coronación natural de mis estudios científicos, y que la validez de ella dependería, en primer término, de la amplitud de éstos". He aquí, pues, la iniciación de la nueva etapa de este curioso peregrino de todas las ideas y de todas las

especulaciones que, vuelto al solar propio, deja el hato, el báculo y la lámpara y enciende, al amor del hogar, la lumbre propicia. Ya corrió el mundo, supo de luengas tierras, gozó del fruto acedo del árbol de la ciencia y ahora, nuevo ulisiada satisfecho, como el Cándido de Voltaire, llega a recluirse en su huerto para decir su verdad, la sencilla verdad de su experiencia.

Y he aquí que su primera verdad será una verdad tranquila e interesante, aunque no una verdad nueva: va a intentar probarnos que es necesaria la renovación de la metafísica en la filosofía moderna; la necesidad de su perennidad como explicación hipotética de aquellos problemas que exceden la experiencia humana. ¿Pretenderá entonces hacer de ella la ciencia por antonomasia como ya lo intentaron los pre y post kantianos? De ninguna manera, ya que él sabe demasiado cuanto se dista en el presente de llegar a creer, como Lachelier, que el principio de las cosas se oculta a nuestro conocimiento tras una noche impenetrable, a través de la que sólo nos es dado penetrar escudados en la creencia fundada en el deber, para intentar la exhumación de una disciplina que sólo contribuirá a oscurecer el problema del conocimiento antes que a arrojar un rayo de luz en él. Demasiado sabe Ingenieros, gracias al ejercicio de una constante experiencia, que el problema de la filosofía es en la hora presente el del conocimiento cada día más aproximado de la verdad por vía no ya del simple

examen silogístico, sino que de la especulación científica, que excluye toda efusión sentimental, toda inútil embriaguez de infinito, interesantes como manifestaciones emotivas y estériles como disciplinas de conocimiento; que no en balde lo racional es menos atrayente que lo místico y la tiranía del dato menos propicia a las fugas imaginativas que todo fácil esparcimiento de la inteligencia, que toda multiplicación de nuestro yo a través del universo sensible y del infinito probable y el método científico menos fácil para toda divagación antojadiza que las categorías hegelianas del ideal.

Sin embargo, como en todo progreso el acicate de las posibilidades suele ser incitación fecunda, Ingenieros acepta que mientras exista lo in experiencial debemos procurar acercarnos, mediante explicaciones hipotéticas lógicamente legítimas, a la verdad. La importancia de tales explicaciones estará basada en la suma de conocimientos considerados como menos inseguros, de manera que, a la par del conocimiento exacto existirá el conocimiento probable, la hipótesis que siempre haga accesible la conquista de la verdad, la aproximación que sea un nexo entre lo legítimamente experiencial y lo lógicamente in experiencial. Ni más ni menos que en el dominio de las matemáticas—y no olvidemos que las matemáticas deben ser consideradas como el lenguaje de la ciencia—será ésta lo que una fórmula del cálculo de probabilidades aplicado al conocimiento objetivo del universo,

La piedra angular sobre la cual descansa la explicación hipotética de lo inexperiencial consiste para Ingenieros en la limitación de lo experiencial. Pero es preciso advertir que él no concibe la limitación absoluta, lo definitivamente inaccesible, sino lo momentáneamente inmensurable. Él no llegará jamás a pensar con Fouillée en el *quid proprium* que le hacía ver en las cosas un elemento de diferencia substancial, sino que mientras se avanza en el sentido de poder reducir todos los fenómenos a leyes ordinarias estima, como pudiera aceptarlo un matemático, que la posibilidad hipotética debe ser una segura *conditio cognoscendi* en el hombre de ciencia y en el filósofo.

En cierto modo pretende Ingenieros que la metafísica del porvenir sea como una prolongación del método científico en la diaria conquista del conocimiento: el concepto de la lógica inexperiencial, expresión de la metodología metafísica, se basará en hipótesis que hayan de ser consideradas en concordancia con los resultados tenidos por menos inseguros en el dominio experiencial; es decir, estará justificada por la suma de conocimientos analíticos. Esta lógica constituirá la superación de todas las formas de la experiencia "ya que todas lindan con problemas inexperienciales", dice Ingenieros, aun cuando más científica hubiera resultado la afirmación considerando solamente los problemas momentáneamente inexperienciales, ya que cada día los progresos de las ciencias se encargarán de pro-

bar su alcance ilimitado, pues realiza sus conquistas en sentido directo con el tiempo, del cual son una expresión aun mezquina los avances ganados en un siglo. ¿Por qué hablar entonces que la metafísica, constituida en filosofía, comenzará a elaborar sus hipótesis en el punto mismo en que todas las ciencias fijen los límites de su horizonte especial? Pero, ¿podrá existir un químico, un biólogo, un físico, que se atreva a fijarle límites a su disciplina científica; que no confíe en su perfectibilidad indeterminada y en que el imposible de hoy sea lo posible del día siguiente? ¿Qué finalidad científica, como no sea una de perfeccionamiento, podrá perseguir un investigador que de antemano se encuentre con la limitación infranqueable? ¿Acaso habrá ciencia que se contente con ser ciencia del simple dato aislado y no aspire a llegar a las generalizaciones fundadas en relaciones de casualidad y de continuidad substancial? La historia del individuo, por ejemplo, no es la de un hecho aislado, de un dato independiente, sino la de un fenómeno continuo, sometido a la influencia de factores que residen en él, cuyo conocimiento completo supone el de todo el mundo sensible.

Pero, volviendo a nuestro punto de partida, cabe preguntarse: ¿Qué interés puede tener para la filosofía científica una renovación de la metafísica en el sentido en que lo intenta, con laudable acierto, José Ingenieros? ¿Espaciar acaso el horizonte del conocimiento lógico, recurriendo a posibilidades hi-

potéticas que no sólo no contraríen los resultados de la ciencia, sino que sean al mismo tiempo una anticipación de ella? ¿Qué se habría avanzado en el problema del conocimiento? Si el único criterio de la verdad debe consistir solamente en la verificación experimental, ¿por qué desvivirse por otros resultados que no sean los de la experiencia?

Sin embargo y a pesar de todo, tienen razón quienes como Ingenieros no se contentan con los solos resultados de la experiencia en sus búsquedas especulativas, ya que existe algo más que la simple verificación inmediata cuando se va tras de la verdad. El filósofo procura llegar más lejos, queriendo conocer la propia naturaleza de cuanto origina sus afanes y las condiciones de la verdad misma. Y en esta parte se justifica ya toda posibilidad metafísica y toda aspiración lógica, pues si el conocimiento de la verdad constituye la base de la filosofía, el estudio de los medios y de los principios que han hecho posible tal conocimiento no son menos fundamentales.

Mientras el control experimental no sea completo, no sólo por insuficiencia momentánea de los métodos científicos, sino que porque la posibilidad experiencial será siempre menor que la variabilidad de los principios que rigen el mundo físico, se hará necesario el conocimiento hipotético de los problemas últimos, que seguirán siendo objeto de constantes aproximaciones de la filosofía; lo cual justifica la disciplina del razonamiento metafísico

y su necesaria renovación al tratar aquellos problemas que excedan los dominios de la experiencia.

Mucho dista tal concepción de la metafísica de la que intentaron los filósofos clásicos, ya que ésta no pasa de ser más que una aproximación hacia las posibilidades lógicas de las ciencias, ni más ni menos que el cálculo matemático, forma de anticipación racional que puede ser ratificada por la experiencia en sus ulteriores verificaciones.

LA CRITICA DE JULIO LEMAITRE

He aquí un maestro de frivolidad y de ironía, que jugó con las ideas y supo ser siempre alegremente escéptico. De joven fué burlón y desconfiado, inconstante y atrevido. Y, como sucede a menudo con los héroes de las novelas ejemplares, tras una juventud irreverente se hizo cartujo y murió en olor de santidad, pero sin arrepentirse de sus pecados.

Su obra de crítico, de autor dramático, de periodista y de creador de bellas historias novelescas, fué como su vida: un poco ligera y un poco burlesca. Mientras sus contemporáneos hacían el apostolado de las grandes doctrinas, él se sonreía.

Renan y Anatole France están antes que él. Sin embargo supo olvidar a tiempo sus lecciones.

*
* *

De la vida de Julio Lemaitre podría decirse que fué la de un burgués estudioso y atento, tranquilo, reposado y poco soñador. Jamás soportó el aguijón

de vivas inquietudes ni tuvo una pasión retempladora. No luchó como Balzac contra la áspera vida de los negocios ni como Zola contra las sorpresas de los canibalescos odios políticos. Su inclinación artística fué un sereno cultivo de juventud. Llegó al triunfo como un agraciado por el destino, a quien un hada madrina coronó de rosas desde la cuna.

Nacido en Vennecy, pequeña ciudad de la Turena, convivió desde sus rosados años juveniles con aquellas gentes sencillas de la clase media, sanas y bondadosas, en cuyos corazones, como dice una linda canción, se prolonga "le bon sens libre et railleur de la vieille France". Más tarde, cuando ya los años comenzaban a nevar sobre sus cabellos y mientras evocaba el dulce recuerdo natal de su pueblo, solía escribir: "La poca cordura que he adquirido la dulzura de alma y la moderación, las debo a esto: que antes de ser un escritor ¡ah! que ejerce su oficio en París, soy un aldeano que tiene su campanario, su casa y su predio". Sólo en algunos de sus versos, escritos en aquellos sus verdes años de pastoreos de ilusiones, logró expresar, de una manera más delicada, el apacible sentimiento de quietud que sentía por su aldea, perdida allá en el fondo de su Turena bien amada. Oíd el eco de su recuerdo, melodioso y azul:

Oh! sous la lumière sereine,
Oh! dans les demi-jours soyeaux,
Le vert tendre de la Touraine
Doux et rafraichissant aux yeux!...

Con razón dice Víctor Giraud, cuando cita esta linda estrofa, que ni Ronsard ni Du Bellay cantaron tan tiernamente a ese dulce terruño que el Tasso llamó en su fresca lengua alada, *terra molle e lieta e diletta*.

Los versos de Lemaitre, que constituyen la mejor historia de sus sentimientos durante la primera juventud, están frescamente perinchidos del alma de su tierra: la evocan, la reflejan, la auscultan. En sus libros de crítica suele descubrir a menudo el lector frescos oasis de ternura en más de una evocación de su Turena inolvidable; y las descripciones de sus cuentos y de sus novelas también nos hablan de ella cuando el poeta siente un paisaje con el espíritu puesto en su lejana campiña. A "Los contemporáneos" pertenece la siguiente página que evoca el perfume y nos hace sentir el sabor de la tierra de su corazón: "Sabéis que mi país es encantador; que el agua mana por doquiera en arroyuelos deliciosos; que los tonos del cielo, de la pradera y de los boscajes son suaves y algo pálidos como en un paisaje elíseo de Puvis de Chavannes; y que, en fin, a falta de grandes selvas encontraréis árboles en abundancia, en alamedas y en bosquecillos". Agregad a este ambiente decorativo la blanca imagen de una santa mujer, que el poeta recuerda como en una visión de ensueño, y tendréis una vaga aproximación de toda la obra juvenil de Lemaitre, de esa labor literaria de sus primeros años que apenas si conocemos: "¡Ah—dice—la santa

economía de nuestras madres, sus prodigios de ecónomas hacendosas y la estrechez severa del hogar doméstico! Es esta parsimonia característica la que le daba tanto sabor peculiar hasta a los más pequeños aspectos de la vida holgada, a las pequeñas alegrías excepcionales, a los gozos del carnaval, a los modestos regalos del año nuevo, a los dos céntimos que recibíamos los días de fiestas". Pero los años pasaron, pasaron lentamente y con ellos se fué aquella dulce ingenuidad espiritual. Lo que otrora llenaba su alma como un perfume, huyó de su vaso para dar lugar a más graves pensamientos y a más sesudas disciplinas. Antes pudo decir Lemaitre: "Los transportes que sentía con la lectura de los versos de Musset, ya no los encuentro. Viví con los oídos y las pupilas llenas de los bullicios sonoros que me traía la feería de Víctor Hugo." En sus años últimos solo fué un peregrino que había perdido sus ilusiones a lo largo de la derrota por donde otros llegaron a la sabiduría.

En alguna parte de sus libros afirma Lemaitre que sigue siendo "un Tourangeau, fils d'une race sensée, modérée et railleuse". Pocos escritores hubo que mostrasen como él tan constantemente el espíritu de su casta y la formación de su carácter en el ambiente de París. En efecto, el cosmopolitismo de Lutecia le curó en hora oportuna de su ingenuidad provinciana familiarizándole, en cambio, con el ejercicio del escepticismo y la ironía. Recordaba Lemaitre haber asistido, cuando

era aún muy joven, a los cursos de hebreo de Ernesto Renan y, tal vez sin que lo sospechase, su espíritu se habituó al agrado enervante de aquella influencia. El renanismo había de perdurar en el crítico hasta más allá de sus cuarenta y cinco años, renanismo del cual se burló, acaso porque nunca como entonces se había sentido más esclavo de él, en aquel irónico estudio publicado sobre el maestro en la "Revue Bleue". La alegría de Renan había escandalizado aparentemente a Lemaitre y en esa alegría, hija de un noble optimismo, creyó encontrar el alfiler con que agujijonear el amor propio del autor de la "Vida de Jesús". En un discurso pronunciado en Quimper decía Renan: "Un crítico sostenía, hace poco, que mi filosofía me obligaba a estar siempre desconsolado. Reprochábame como una hipocresía mi buen humor, cuyas verdaderas causas no adivinaba. Y bien, voy a decíroslo: soy alegre porque estoy seguro de haber realizado una acción buena en mi vida; estoy seguro de ello. No querría más recompensa que la de poder comenzar de nuevo".

Entonces, cuando Lemaitre comulgaba en Renan, escribió aquella deliciosa confesión en la cual cabe adivinar, una vez más, su simpatía renaniana. Al recordar una fiesta religiosa, en la que tomó parte, escribía el autor de *Los contemporáneos*; "Representaba yo al pequeño San Juan Bautista y conducía delante del palio un corderillo vivo". Esta evocación de sus primeros años de enseñanza eclesiástica,

que también Renan distinguió en su vida como lo más caro de su adolescencia, le hizo decir a René Doumic: "Siempre quedó en él algo del niño que, habiéndose familiarizado con las cosas del coro, se acostumbró a jugar con los vasos del altar". En Lemaître como en Renan la apacible emoción religiosa de sus primeros años fué como un eterno incienso que subía a su corazón impregnándolo melancólicamente.

Transcurridos los primeros años de su tierna infancia su familia le envió a un pequeño seminario de Orleans, y luego al de Notre-Dame-des Camps en París. Más tarde le encontramos en la Escuela Normal, en el Liceo del Havre, donde regentea una clase de retórica; en la Escuela Superior de Letras en Algeria; en la Facultad de Besançon, la ciudad donde había nacido Víctor Hugo, y en Grenoble.

Antes de instalarse definitivamente en París, donde sucederá a J. J. Weiss como crítico dramático en el *Journal des Débats*, Lemaître comienza a enviar desde las provincias sus artículos a la *Revue Bleu*. Eran aquellos estudios ágiles ensayos, escritos al margen de los libros, con liviana y fina gracia. El público le conoció luego y, en menos tiempo del que otros escritores gastan para documentarse, ya Julio Lemaître se había hecho un buen sitio entre los escritores de la época. Un día el profesor de la Facultad de Grenoble abandonó su cátedra para siempre dándose por entero al grato ejercicio de la

literatura. La historia de su vida y de sus comienzos intelectuales caben en una página.

*
* *

Poeta fácil, que así compone un delicado soneto como un pequeño poema sentimental; poeta que no abusa de la facilidad ni aún durante la juventud; crítico luego, novelista, autor dramático, orador y periodista en sus años últimos, el de Lemaitre da la medida de un espíritu muy bien dotado, fino, amable y *frondeur*, pero sin rasgo alguno de genialidad. Toda su obra es parecida: sus cuentos como sus artículos, sus dramas como sus estudios tendenciosos. Se ve, se adivina en cada página, la factura correcta, el estilo lleno de prodigios; tienen ellos la simetría de un parque inglés; a veces nos hacen pensar en estuches de seda que un geniecillo picaresco hubiera llenado de agujones. Pero... nada más. Así como hay buenos y perfectos poetas, tales los Gautier y los Banville, y grandes, incoherentes líricos como los Baudelaire y los Hugo, es justo distinguir también a los críticos selectos como los Lemaitre, los France, los Giraud, de los grandes, los Sainte Beuve, los Taine y los Gourmont.

Cuando en sus últimos años Julio Lemaitre, acaso arrepentido de los mariposeos frívolos de su juventud, quiso realizar obra más duradera no hizo sino dejar en descubierto al hombre apasionado, tradicionalista por sobre todas las cosas y a pesar de

todas las realidades. Sus libros sobre Rousseau y Chateaubriand le muestran desnudo en su sinceridad: es el político que condena, no el crítico que aquilata valores.

Lemaître no tuvo una orientación espiritual determinada; tal fué la causa de su liviandad estética, de esa visible *no importancia* de su literatura toda. Jamás convence. Sus páginas solo enseñan a dudar y a creer alegremente en la poca firmeza de todos los valores. Su sistema de crítica es la negación del de Brunetiere en el cual lo dogmático, lo inflexible, lo uniforme constituyen el sello característico de su firmeza. En Brunetiere hasta los errores contribuyen a consolidar el cuerpo de ideas de su doctrinarismo. Remy de Gourmont advirtió en la falta de convencimiento de Lemaître la debilidad de su crítica. Además de esta razón es preciso ver también en su ironía el peor enemigo; ella es la causa disolvente que fermenta siempre en su espíritu. Demasiado personal y demasiado escéptico, no tuvo otra filosofía que la del entusiasmo, pero de un entusiasmo que fué como una abeja temible por su aguijón. Su impresionismo está hecho de miel y de agrio zumo de ironía. Su malignidad regocija hasta cuando se trata de la honorable tontería de un Jorge Ohnet. Entonces divierte porque, como dice Anatole France: "Lo que mejor deja ver en su galería es a sí mismo". Al través de sus libros asistimos al espectáculo de un yo que se burla eternamente y que, en vez de penetrar en las cosas, revuelta en torno de ellas: ya se

trate de Renan y Lemaitre nos refiere como, antes de conocerle, se lo imaginaba serio y grave y, cuando al fin se mostró ante sus ojos vió a un hombre vivísimo que, entre dos lecciones sobre El Talmud, reía glotonamente como un escolar; si lee a Pierre Loti una parodia le basta para ridiculizar su monotonía; publica Zola un libro y él hilvana minucias consideraciones de buen humor.

Mas, antes de intentar un repaso analítico de sus valores críticos, consideremos sus livianas teorizaciones individuales, el culto de su yo; antes de aproximarnos a su bien cultivado jardín conozcamos al jardinero que lo guarda.

Ha escrito René Doumic: "Lo que más me gusta en la obra de un escritor es encontrar en ella un hombre". Doumic ha dicho esto al analizar la crítica de Lemaitre y ha estampado tal sentencia con el pensamiento puesto en Pascal; "¡Qué placer causa encontrarse con un hombre donde sólo se esperaba estar con un autor!" Nunca con mayor razón que en el caso de la obra de Lemaitre se podría glosar este sutil juicio del filósofo de *Las Provinciales*: en el autor de *Los Contemporáneos* a menudo se olvida al escritor para convivir tan sólo con sus sentimientos y sus ideas. Jamás en sus libros nos fatigan la reflexión sesuda ni los aspavientos de erudición. A menudo se piensa que Lemaitre no toma en serio su literatura: escribe como otros sienten, libre y tranquilo, abandonándose al divino juego de sus sensaciones. En cierta ocasión dijo: "Si me hubiesen dado

a elegir, hubiera querido primero ser un gran santo, después una mujer bonita, en seguida un gran conquistador o un gran político y, por fin, un escritor o un artista de genio". Lemaître suele respetar muy poco sus ideas para que le creamos devotamente: él, que se ha acusado de gozar físicamente con el solo placer de las lecturas; cuyo espíritu se abría ante un libro como una flor ante el sol; que fué un glotón imperdonables de los manjares literarios, no tiene derechos para convencernos en tal farsa de diletante. Oídle, por ejemplo, evocar la impresión de un instante de lectura: "Cuando vuelvo la última página—dice—me siento verdaderamente mareado. Me encuentro lleno de reminiscencias deliciosas y tristes a causa de una cantidad enorme de sensaciones profundas; entonces mi corazón desborda un enternecimiento vago y universal". Un espíritu de selección como el suyo, que experimentaba un placer estético tan ardiente ante un libro, no pudo menos sino tratar de burlarse de sí mismo al escribir aquel juicio que no es más que un delicioso equilibrio de humorista entre dos ideas peligrosas: ser todo lo contrario de lo que es y ser lo que aparentemente no se quiere ser.

Pero, volvamos a nuestro punto de partida o sea a repasar las emociones de un perfecto convencido de su Yo, que se complace en ejercitar una especie de narcisismo espiritual muy justificable en los mejores críticos contemporáneos, cuya obras encuentran la justificación de vigorosas personalidades.

En el prefacio a la sexta serie de *Los Contemporá-*

neos escribió Lemaitre: "En suma no sé más que describirme en mi contacto con las obras que caen bajo mis ojos. Esto puede hacerse sin indiscreción ni fatuidad, pues existe una parte de nuestro *Yo*, muy propia, que puede interesarle a todos. ¿Qué esto no es crítica? Entonces es otra cosa: no reparo mucho en el nombre que se le puede dar a lo que hago". Tal es la primera manifestación y la razón más fuerte del impresionismo suyo. Lejos de la retórica, juzga él sin comparar las obras, ni deducir de ellas tal o cual conclusión en vista de este o de aquel canon de la estética. Como simple lector atento y como ideólogo curioso aduce francas razones individuales, agrega frescos comentarios marginales, ve con claridad lo que otros acaso percibirían intuitivamente. Sus emociones le guían y su sensibilidad le dicta bellos arabescos ideológicos. ¿Cómo juzgar, se dirá Lemaitre, cuando ni siquiera tenemos seguridad sobre el origen de nuestras ideas? La lectura es un goce porque nos trae reminiscencias "de cosas sentidas que nosotros conocemos"; constituye, por lo tanto, una manera de revivir y de repasar nuestras sensaciones anteriores, comparando estados de ánimo e ideas que han quedado perdidas entre la bruma del recuerdo. Si esto acontece en lo que se refiere a nuestro mundo interior en el cual "el origen de cada una de nuestras impresiones se pierde entre un infinito de causas y en el más impenetrable pasado", ¿cómo nos hemos de aventurar a juzgar las sensaciones y las causas ajenas que ignoramos en absoluto?

Tal razonamiento, considerado desde el punto de vista enteramente personal en que se coloca Lemaitre, casi acabaría por convencernos si creyésemos que el único valor de la crítica consiste en determinar los fenómenos sentimentales y subjetivos. Encarada la crítica en relación con la psicología pura, su teorización sería acaso aceptable; pero, siendo la literatura un fenómeno objetivo y siendo ésta el reflejo de las ideas, las emociones y las intuiciones del espíritu creador, por ella podemos juzgar, en parte ciertamente, el fenómeno que se ha operado durante su gestación. En realidad, al apreciar la obra de arte no pretendemos adivinar en los aledaños espirituales las causas más remotas de la creación subconsciente; sólo nos interesan la creación en sí y las causas directas que la informaron, pues estas últimas podrían explicar la obra misma y las impresiones que ella ha dejado sobre nuestra sensibilidad; además, el sentido de la perfección no lo concede la mayor o menor claridad con que penetramos en el espíritu de cada escritor, sino que la más segura o menor perfección armónica de su creación estética. ¿Qué mas da que este o aquel soneto de Verlaine o de Baudelaire haya tenido por puntos de partida una alucinación o una desviación orgánica, si lo que nos importa es la belleza en sí de la obra que nos ha interesado? Los méritos de la obra artística no dependen de tal o cual consideración; la belleza reside en ella misma y es ajena a toda influencia extraña. Que el hecho de apreciar y juzgar una obra supone muchas condi-

ciones en el crítico es indudable: así, por ejemplo, nos desconciertan cuantos han podido permanecer indiferentes ante los poemas de Mallarmé porque ni siquiera llegaron a comprenderlos. Lo cual quiere decir que el verdadero crítico sólo puede ser aquel que, sobre la mayor cultura, cuente con el don de una comprensibilidad basada en un estudio acabado y en una educación extrema de la sensibilidad. En Lemaître este punto merece una objeción; su cultura unilateral, orientada en un solo sentido; bebida en la fuente de los clásicos y en la limitadísima lectura de los modernos, se resentía de una absoluta falta de inquietud estética. El juzgó a muchos poetas contemporáneos (como hasta hace poco lo seguía haciendo ese fecundo Mr. Faguet, verdadero albañil de la crítica, y aquel hijo espúreo de Brunetiére, Mr. Doumic), como podría haber repasado una tirada de versos de Mr. Béranger o del insoportable poeta doméstico Jean Aicard: leyó a Baudelaire y sólo atinó a sentir confusión ante el bello horror lírico de sus versos; repasó a Mallarmé y en tan hermosa selva no pudo penetrar acaso porque le adormeció la fragancia de su perfume, acendrado para más firmes y agudos olfatos. En cambio, ¡qué bien se encontraba en los predios sentimentales de un Lamartine o de un Sully Prudhomme! ¡Cómo en ese su afán y su deseo de claridad se advertía su rediviva pasión por los directores espirituales de sus años de profesorado en la Escuela Normal: Racine, que le hacía olvidar a Shakespeare, a ese incongruente,

enorme y bárbaro Will; Lafontaine, Bossuet, Fenelon! ; Cómo, a poco que se engolfara en una lectura que exigiese un leve esfuerzo estético, volvía los ojos hacia atrás, hacia los ídolos de sus tiempos pedagógicos, claros, uniformes siempre, correctos; hacia esos clásicos tan de su cariño que cada día, con honrosas excepciones leemos menos, pues les sentimos lejanos y fríos y les vemos decorar el enorme panteón de la historia como sepulcros blancos, rígidos majestuosamente arquitectónicos. Claro está que si nuestro afán de lecturas nos incita a hurgar en lo antiguo, preferimos pasar a lo largo del siglo diecisiete—apesar de que allí se encuentra Lafontaine—para llegar hasta ese perdulario, asesino y nocher-niego; hasta esa carne de horca, que se llamó François Villon, perdido en la bruma confusa de la Edad Media, como un diamante en el oscuro filón.

Acaso un Doumic intentaría desmentir la dilección de Lemaître por los clásicos, recordando aquello que él cita del autor de *Los Contemporáneos*: “Abriendo al azar un libro de hoy—dice Lemaître—me sucede que tiemblo de goce, me siento penetrado de alegría hasta la médula: tan es de mi agrado esta literatura de la segunda mitad del siglo diecinueve, tan inteligente, tan inquieta, tan loca, tan fúnebre, tan desequilibrada, tan sutil: tanto es de mi gusto, hasta en sus afectaciones, sus ridiculeces, sus exageraciones, cuyo germen siento en mí, y que yo hago sucesivamente mías”. Pero, toca ahora preguntarse, después de esta declaración que no pasa de

ser más que un alarde comprensivo, ¿cuáles fueron los escritores contemporáneos o modernos que, según su modo de sentir, estuvieron más cerca de sus simpatías? Eran esos los Bourget, los Maupassant, los Loti, los Veillot, los France, los Daudet, los Sully Prudhomme. Por Verlaine sintió una lejana admiración; los escritores simbolistas le exasperaron precisamente porque sobre no comprenderlos quiso buscar en ellos lo que no existía. Repasemos sus propias palabras: : “El invento de los simbolistas consiste tal vez en *no expresar* algunos sentimientos; algunas ideas o ciertos estados espirituales los expresan por medio de imágenes. Pero esto mismo no tiene nada de nuevo. Un *símbolo* es, en suma, una comparación prolongada, en la cual no se nos da más que el segundo término, un sistema de metáforas continuadas. Abreviando, el símbolo consiste en la vieja *alegoría* de nuestros antepasados. ¡Horror! ¡La obra de madama Deshoulières *Dans ces prés fleuris*... es un símbolo! Y también un símbolo *El vaso roto*, si reparáis en las dos últimas estrofas”. He aquí, pues una de esas frecuentes ingenuidades de Jules Lemaitre, que rayan en lo candoroso. Este su juicio sobre el simbolismo es digno de un escolar, de tal modo es infantilmente ridículo. Si él hubiese leído cuanto dijo y repitió Mallarmé sobre el simbolismo de seguro que se hubiera ahorrado el trabajo de estampar una necedad tan completa. ¡Y éste fué aquel Lemaitre que se burló

de las cosas de Brunetière, quien siquiera habló de las cosas con honrado conocimiento de ellas !

Pero esto no es todo por lo que a los simbolistas toca: Lemaitre enderezó su ataque más duro contra aquellos escritores que supieron decir bellas cosas sobre la instrumentación poética; y, claro está, las víctimas propiciatorias llamáronse René Ghil con su *Traité du Verbe* y el grande genial Arthur Rimbaud con su soneto a las vocales, que siempre pondrá espanto en las incomprensiones de todos los Lemaitres habidos y por haber. Si procurásemos imitar las salidas de tono de tales críticos, ¿acaso no podríamos censurar igualmente a los centenares de poetas chirles que, desde hace tantos siglos, han constituido el culto del vulgo "municipal y espeso". ¿Por qué condenar a quien sólo tuvo por delito crear bellas y peregrinas imágenes? "El órgano expresa la monotonía, la duda y la simplicidad; el arpa la serenidad; el violín la pasión y la oración; la trompeta, la gloria y el triunfo; la flauta, la ingenuidad y la sonrisa".

Lemaitre conservador, Lemaitre normalista, Lemaitre pedagogo, vivió adherido a sus viejas ideas como una parásita al tronco. Siempre miró desde la distancia a los que llamaba decadentes; no se dedicó jamás a estudiarles; rehuyó el contacto de sus obras, como el que no penetra en una selva por el temor de las sorpresas probables que en su interior puedan cortarles sus pasos. El llegó hasta figurarse (hombre tímido y burgués, como el que más)

que, ante todo, un poeta simbolista era un ente extraño, anormal y curioso: “Me lo figuro—escribe—casi un iletrado. Tal vez ha hecho medianos estudios de humanidades; pero ha olvidado todo. Conoce poco los griegos, los latinos y los clásicos franceses: no se enlaza a ninguna tradición. Ignora a menudo el sentido etimológico de las palabras y las significaciones precisas que éstas han tenido a través de las edades; las palabras son, pues, para él signos más flexibles, más maleables de los que nos parece”. Ante esta afirmación rotunda de Lemaitre es justo aquilatar su verdad tomando un caso particular representativo, el de un decadente y simbolista como poeta y como crítico: Remy de Gourmont, uno de los espíritus más completos de la cultura francesa contemporánea. ¿Qué decir del autor de *Les Chevaux de Diomède* para probar su cultura luminosa y magnífica? ¿Tal vez tendríamos necesidad de asegurar que conoce el griego de Platon y el latín de Propertio como pocos? ¿Acaso nos bastaría con traer a cuento los nombres de sus libros *Le latin mystique*, estudio acabado sobre los poetas latinos y sobre la simbólica de la Edad Media; su *Physique de l'amour*, que sólo subtítulo ensayo sobre el instinto sexual y que es, sin embargo, una obra definitiva? Acaso será menester todavía recordar aquel libro inmortal que se llama *Esthétique de la langue française*, para poder decir que Remy de Gourmont es un erudito y un artista perfecto? ¿Bastaría esto? Pues bien; este Remy de Gour-

mont sobrio, culto, docto, ideólogo inefable y noble esteta, es poeta simbolista, uno de los que prolonga la luminosa herencia de Mallarmé. Es preciso conocer aquella linda poesía suya que comienza:

Simone, il y a un grand mystere
Dans la foret de tes cheveux.

armoniosa, sutil y mirífica, tan llena de bellas sugerencias como el delicioso poemita *La neige*.

Simone, la neige est blanche comme ton cou
Simone, la neige est blanche comme tes genoux.

¡Ah!, el fantasma de la obscuridad en los simbolistas, porque quisieron olvidar a los griegos y a los latinos! ¿Le impidieron acaso a Remy de Gourmont su sabiduría, su conocimiento de todas las literaturas y de todos los clásicos antiguos y modernos, ser obscuro? Es raro—escribe el autor de *Le latin mystique*—que los libros cerradamente claros valgan la pena ser releídos: la claridad es lo que constituye el prestigio de las literaturas clásicas y es lo que las hace tan claramente fatigosas". Lemaître, en cambio, gusta de lo precisísimo; le place el contorno definido, el molde, en una palabra; odia lo indeciso, la vaguedad; prefiere expresar a sugerir. Mientras Remy de Gourmont juzga que la obscuridad en un escritor debe ser tratada desde un punto de vista psicológico, "porque no existe jamás obscuridad absoluta en una obra escrita de buena fe", Lemaître sería capaz de sacrificar la sinceri-

dad y quién sabe si hasta las convicciones, a una tiranía de justeza y precisión. Si la claridad en ciertos escritores responde a falta de sensibilidad, de inquietud, de vida interior, no es lógico suponer que todos han de ser como ellos. El Dante y Goethe y sobre todo ese enorme Shakespeare, más de una vez sintieron la tortura de la idea oscura; en cambio, no es posible figurarse a un Coppee, a un Richardson o a un Quintana, víctimas de aquello de que siempre carecieron: emoción creadora. Pero, ¿acaso es lógico suponer que las complicadas sensaciones de una vida espiritual rica puedan ordenarse claramente en versos limadamente retóricos, como ordena sus endecasílabos cualquier poeta más o menos fácil? ¿Quién no recuerda el caso de aquel genial Edgard Poe que se dolía de angustia porque no le era posible expresar todas las ideas que bullían en su cerebro? Cuántas veces se origina la obscuridad, como dice Camilo Mauclair, en la mucha desatención con que se lee a ciertos poetas! Hay escritores cuya lectura demanda verdadera concentración espiritual y una muy refinada cultura literaria: ¡estamos ya tan alejados de los Musset, los Bécquer, los Uhland! Y ya que, con motivo de un juicio hemos recordado todo lo anterior ¿no sería oportuno pensar en aquello que el propio autor de *Myrrha* había de escribir, años más tarde, al terminar su serie de conferencias sobre *Fenelón*? “Un homerida dijo hace tal vez dos mil quinientos años: *Muchas cosas son obscuras para los hombres; pero*

nada para ellos es más obscuro que su propio espíritu".

No se cumple, pues, en este caso de Remy de Gourmont el deseo de Lemaitre. ¿Cómo explicar entonces el juicio del autor de *Los Contemporáneos*? Atribuyámoslo a falta de atención y de inquietud artística, a esa misma falta que en Emilio Faguet llegó a ser el aspecto típico de su crítica y el comienzo de un dogmatismo bruneteriano. Pero, a qué insistir sobre un punto que muchos críticos han abordado en una forma análoga al tratar sobre el que muchos Zoilos han dado en llamar el padre de nuestros decadentes: hemos nombrado al mayor poeta, en lo pasado y en lo presente, de lengua española, a Rubén Darío. Si alguien pudiese llevar la estadística de las víctimas que ha costado la lucha reñida por el poeta de *Prosas profanas*, ya habría para elevar una pirámide con los cráneos de cuantos aristarcos le sembraron de guijarros su camino. Él lo dijo también en fuertes y bellas palabras: "con las piedras que me han arrojado habría para construir un rompeolas que retardase en lo posible la corriente del olvido". Felizmente, esa ridícula palabreja *decadente* que muchos burgueses, con pretensiones de artistas, han empleado como etiqueta cómoda para designar todo aquello que no entendían, en fuerza de su mucha circulación se ha gastado ya y sólo de tarde en tarde suena por ahí como uno de esos disparos aislados que cruzan los campos después de las batallas.

*
* *

A pesar de su firme propósito de comunicar tan sólo sus impresiones al lector, a menudo se sobrepasa Lemaitre y pontifica como solo podía hacerlo Brunetière. Cuando habla de lo que llama el *baudelerianismo* en la poesía moderna, cree caracterizarlo diciendo: "Es una de las formas extremas, la menos espontánea y más malsana de la sensibilidad poética. Es todo un conjunto de artificios, de contradicciones voluntarias". Lo cual nos hace suponer en él cierta preconcebida afectación, hija exclusiva de un dandismo insolente. Sería preciso recordar hasta dónde la vida de Baudelaire fué un dolor vivo; hasta dónde su sensibilidad enfermiza, como la de Edgar Poe, fué la de un hombre que vivió herido por la más terrible perturbación nerviosa; hasta dónde su poesía es hija de su sinceridad amarga, para comprender que no es posible catalogar los fenómenos psíquicos como se ordenan las estampillas de una colección. Ningún buen poeta de Francia ha sido baudeleriano en el sentido que adivina este crítico: Baudelaire no dejó discípulos ni imitadores, si se piensa en los poetas de selección y no en la turbamulta de cuantas versifican que, en todas las latitudes, forman gremios, escuelas, sectas y hasta camarillas.

Pero, he aquí lo más curioso: el mismo Lemaitre, que antes fundaba la relatividad individual de

su crítica en el hecho de que sólo podemos hablar con acierto de nuestro yo, es quien duda de esa cruda sinceridad del poeta de *Las Flores del mal*. ¿Por qué? ¿Acaso porque él, hombre sencillo, sin complicaciones ni inquietudes, creía dudoso el caso psicológico de Baudelaire? ¡Ah! es que Lemaitre no se dió cuenta jamás de lo que significa para una obra literaria un desequilibrio monstruoso, que al fin concluye con la horrible mueca del parálisis! Éste crítico que se había declarado un simple impresionista porque sólo creía, socráticamente conocerse a sí mismo, duda y juzga con rudeza la obra de un fuerte lírico porque sólo supo siempre analizarse y no hizo sino vaciar en sus versos más que sus impresiones amargas de atormentado. Bien se nos alcanza que la bonhomía de Lemaitre, que en ningún caso vemos, según la expresión de Giraud, como el más *determinado modernismo*, deliciosamente acostumbrada a los versos azucarados de Francois Coppée, a los tiernos poemitas de Lamartine y a las reflexiones líricas de Sully Prudhomme, no se acomodase con ese *frisson* nuevo que sintió Víctor Hugo al leer *Las viejecitas* de Baudelaire.

Al hablar de baudelerianismo Lemaitre sólo quiso atacar a Baudelaire. Largo fué su estudio sobre la modalidad baudeleriana; mas, en él no aparecía siquiera el nombre de un poeta que pudiese responder a su acusación. Todo lo cual se comprende fácilmente: Lemaitre leyó *Las flores del mal* y aquel libro le produjo el efecto de un perfume demasiado

fuerte; más tarde repasó, al azar, algunos poemas de Mallarmé, Laforgue, Khan, Verlaine, Rimbaud, y de todo sólo entendió muy poco; no tuvo la intuición de lo que sería en el futuro aquella revolución estética que se iniciaba. Entonces confundió nombres, tendencias, libros y hasta direcciones líricas. Así nacieron sus artículos sobre el baudelerianismo y sobre los decadentes y Verlaine. El impresionismo de Lemaître justifica demasiado su crítica superficial.

Es evidente que Lemaître ha aportado a la crítica contemporánea, una espiritualidad donosamente frívola, alegre y artística. El autor de *Los Contemporáneos* nos recuerda a Valera; algo hay en sus obras que las acerca y hace posible una comparación: en ambas se adivina una melosa suavidad y de ambos panales suele también escapar más de una abeja himética, que va a clavar su aguijón en la más fina piel. Valera y Lemaître marcan la transición entre el fin de la época romántica y el comienzo de la era contemporánea: y hasta en aquello de haber tenido ambos una vaga intuición del movimiento literario ultra-moderno, se asemejan: mientras Valera vislumbró la naciente gloria de Rubén Darío, Lemaître estuvo a punto de sentir enteramente a Verlaine. En los últimos años de Valera presidió una verdadera vuelta hacia los escritores clásicos y en la obra de Lemaître hay una segunda época que se caracteriza firmemente por su crítica de revisión en los valores de algunos escritores

de los siglos diecisiete, dieciocho y diecinueve: tales Racine, Fenelon, Rousseau y Chateaubriand. Sin embargo, fuerza es reconocer que si entre ambas personalidades cabe una aproximación en sus orientaciones intelectuales, la obra de Lemaitre aventaja en mucho a la del fresco ingenio de don Juan: Valera gustaba revolar en torno de los libros, decir cosas finas y amables, tejer coronas de rosas sobre las frentes de los poetas y, de cuando en cuando, clavar su aguijón. Hizo un culto y una disciplina de la frivolidad. Lemaitre, en cambio, a pesar de decirse impresionista (como se podría haber calificado de emocionista, dandista, personalista) tuvo hondos aciertos de penetración crítica: recordemos aquellos sus estudios sobre Daudet, Hugo, Sully Prudhomme, Dumas hijo, Fabre, Veuillot, que dan la medida de todo un temperamento, sagaz hasta una sutileza ultra adivinatoria.

René Doumic advertía que cuando Lemaitre abandonó para siempre el profesorado, procuró disfrazar todo dogmatismo con el ejercicio de la ironía, realizando verdaderos prodigios de acrobacia espiritual: así algunos de sus primeros estudios literarios se dividían en 3 partes, de las cuales la segunda era la negación de las otras dos. De tal modo la aplicación de este procedimiento dió resultados deliciosos como fué el de aquel primer artículo sobre Ernesto Renan, publicado en *Le Revue Bleu* y que debe contarse entre las páginas maestras del humor contemporáneo. Mas tarde, en su apetitosa

ejecución literaria de Jorge Ohnet y en algunos de los *Pronósticos* para 1887, volvemos a encontrar al agudísimo malabarista que juega con la ironía como un felino con su presa.

Pero, antes de proseguir análisis, repasemos algunos de aquellos *Pronósticos* que hicieron reír a París y brotar más de una gota de hiel. En ellos está contenida toda la espiritualidad de Lemaitre. He aquí, por ejemplo, al autor de *La Tierra*. Escribe el crítico: "Mr. Emilio Zola publicará una novela de 700 páginas titulada *La Tierra*. Habrá en esta novela, como en las anteriores, una Bestia que será la tierra; y sobre esta bestia vivirán las bestias, que serán los labriegos. Habrá un paisaje de invierno, un paisaje de primavera, un paisaje de verano, un paisaje de otoño, cada uno de 20 a 30 páginas. Todas las faenas campesinas, tendrán su descripción, de lo cual resultará el manual del perfecto labriego". Luego le toca el turno a Pierre Loti. Dice Lemaitre: "Mr. Pierre Loti publicará *Kouroukakalé*". Este ha de ser el nombre de una joven lapona que se ha enamorado de un oficial de la marina. En este libro habrá fiords, bancos de hielo, ballenas, morsos, renos, nutrias zibelinas y amores boreales. Al cabo de seis meses el oficial de marina se irá y Kouroukakalé morirá de angustia". En seguida pronostica Lemaitre la aparición de un libro de Jorge Ohnet, ese ramplón hilvanador de vulgaridades que tiene, desgraciadamente, un público femenino que ya se quisiera cualquier buen escritor

para sí; escribe: "Pero, en vista de que en la *Grande manière* es una patricia la que se casa con un ingeniero, esta vez será un patricio quien despose a la hija de un veterinario. El libro alcanzará cuatrocientas ediciones... Y esta novela se titulará *Guy de Valcreuse*, de la cual voy a adelantaros algunas líneas: "En una bella mañana primaveral el digno Mr. Lerond, veterinario en la aldehuela de Arcis-sur-Marne, seguía el camino polvoriento que conduce al cantón del departamento, mecido en su antiguo *cabriolet*, al trote apacible de su cabalgadura, que llamaba Cocote. De improviso, en una de las vueltas del camino, una amazona de flexible talle, en cuyos labios se adivinaba un gesto de desdén, de formas aristocráticas, etc."

¿No es deliciosa esa ironía que, si es cierto que nada prueba, por lo menos divierte durante algunos instantes? Por esta razón todo lo que su crítica pierde en gravedad lo gana en fineza, en ameno encanto. Así también en la serie de cuentecillos y en los alados *Billets*, dirigidos a la sobrina desde París, apunta el Lemaitre sarcástico, cuya pluma fina como un estilete rasguña o hiera. Pero, a menudo la ironía suele sobrepasarse en sus fines y el crítico se convierte en un original humorista, cuya gracia rebosa en su espíritu como la espuma en un vaso. Recordemos la parodia de uno de aquellos lindos cuentecillos de color de rosa que componía Catulle Méndes, y en la cual se ha burlado finamente Lemaitre de toda la obra de aquel Víctor Hugo

en miniatura, que en su vida tuvo tan bellos gestos y una tan bravía altivez lírica. El título del cuentecillo es *El Noel de Jo* y dice así: "... Jo y Lo..... la mano de Lo..... tibieza de manguito..... el Jesús de cera..... pétalos rosa..... ..." Bien sabía Lemaitre que tan demoledora como la crítica más sagaz suele ser la ironía cuando se la aplica con seguro escalpelo y fino guante blanco: el ridículo tiene mayor poder destructivo, de cuya eficacia podrían dar testimonios las muchas víctimas de los Voltaire y de los Larra. Sin embargo, en *Los Contemporáneos* y en las *Impresiones de Teatro* hay algo más que esta ironía y este humor: es el verdadero concepto de la crítica que tan claramente alcanzaron a hacer suyos Diderot en sus *Salones* y Teófilo Gautier en la mayor parte de sus estudios y muy especialmente en las imperecederas páginas que dedicó a Baudelaire, que sólo bastarían para desmentir aquel feroz odio suyo contra los que él llamó los eunucos del arte, tal vez porque acaso no había leído aún a Taine y a Renan.

Con razón sobrada subtituló Lemaitre *Los Contemporáneos* "retratos literarios", pues la virtud que en ellos predomina es su fácil poder evocativo y la flexibilidad del estilo, que da verdaderos toques de pincel en aquellos detalles que bastan para completar el aspecto psicológico de sus modelos. Releamos, al azar, algunos trozos de los estudios que en los siete volúmenes de la obra constituyen los más bellos fragmentos para una futura antología

de la literatura francesa moderna. Figurémonos, por ejemplo, a ese tierno, emotivo y apacible Sully Prudhomme que Lemaître sentía tan cerca de su corazón: “Una tristeza más penetrante que la melancolía romántica;—escribe el autor de *Los Contemporáneos*—sensibilidad refinada, propia de las razas viejas y al propio tiempo una serenidad que proviene de la ciencia; un espíritu capaz de abarcar el mundo y de amar entrañablemente una flor; todas las delicadezas, todas las torturas, todas las altiveces, todas las ambiciones del alma moderna: he aquí, si no me equivoco, de lo que se compone el precioso elixir que Sully Prudhomme guarda en vasos de oro puro, de una perfección regular”. ¿No es bella, fresca, emotiva esta página escrita más por el poeta de *Medallones*, que a ratos revivía en Lemaître, que por el crítico mismo? Oid, ahora, esta impresión, en la cual analiza a Sarcey, aquel buen burgués que vivió una vida sólo para estudiar mucho y llegar a escribir los artículos más agradables de que haya memoria: “En fin Francisco Sarcey vino — escribe Lemaître. — Vino del fondo de su provincia, traído por About, como un Caliban de escuela por un Próspero de bulevar... Vino armado de su buen sentido, de paciencia, de franqueza y de buen humor; profesor hasta el alma, concienzudo, aplicado, decidido a no escribir más que para decir algo; nada ingenuo, pero un poco fuera del ambiente en medio de la frivolidad y la ironía parisinas. Desconcertado, jamás...”

Prestad atención también a este buen apunte sobre Alfredo de Musset, fino, sentimental y comprensivo como el que más. Dice el crítico: "Fué el más despejado de los fantasistas, el más elegante de los blasfemadores, el más ardiente de los poetas y el más débil de los hombres: algo así como un Byron con los nervios y la sensibilidad de una mujer". En cambio, notad cómo cambia el tono cuando se trata de Zola, de ese pobre Zola tan difamado, porque no tuvo otro crimen que tener talento y ser sincero cuando otros eran hipócritas y cobardes: "Lo que le interesa en el hombre — escribe Lemaitre — es sobre todo el animal y en cada tipo humano el animal particular que el tipo encierra". Eso es exacto en la menor parte de las obras de Zola. Bastaría citar *Le reve* y *Travail* para advertir lo arbitrario de la afirmación. Y, por fin, he aquí un juicio sobre Teodoro de Banville que, en fuerza de ser jovial, es completamente falso: "M. Teodoro de Banville — dice — es un poeta lírico hipnotizado por la rima, el último de los llegados, el más divertido de todos y, en sus buenos días, el más ameno de los románticos; un funámbulo de la poesía que en su vida ha tenido algunas ideas, entre las cuales la más persistente ha sido la de no expresar ninguna idea en sus versos". ¿De cuántos poetas clásicos, románticos y parnasianos no se podría decir otro tanto? Y, sin ir tan lejos y ateniéndonos al propio Lemaitre, cabría asegurar que sus poesías carecen de ideas como también carecen de ellas los

sonetos de José María de Heredia, sin que por ello aquellos poemas dejen de ser perfectos.

Recuerda Víctor Giraud en su estudio sobre Lemaître, que él sabe de críticos que prefieren a *Los Contemporáneos* las *Impresiones de Teatro*; él por su parte, declara: "No me siento muy lejos de compartir tal opinión". Si bien es cierto que en las *Impresiones de Teatro* campea una más fina impresionabilidad estética y una más aguda penetración literaria, en *Los Contemporáneos* encuentra el lector una mayor variedad, un estudio más completo mientras en los artículos dedicados al teatro trata en general de impresiones, las más de las veces ponderadamente frívolas, en *Los Contemporáneos* interesan el retrato psicológico, el juicio crítico. Mas, a pesar de que contradice el fin estético de la sensación erigida en norma de su crítica, el Lemaître de las *Impresiones de Teatro*, como el de *Los Contemporáneos*, suelen tornarse ferozmente apasionado, olvidando su alada frivolidad espiritual. Después de leídos los diez volúmenes de sus *Impresiones de Teatro* el lector conserva sólo un recuerdo amable, recuerdo de impresiones pasajeras. Al comenzar sus folletines dramáticos escribía Lemaître: "Mi conocimiento del teatro contemporáneo, que no deja de tener grandes lagunas, se regocijará con numerosos espectáculos, a los cuales aportaré un espíritu virgen y un alma casi fresca". Pasados ya buenos años, los juicios del crítico de teatro podrían ser sometidos a una minu-

ciosa comprobación de la que no saldrían sin un buen número de objeciones. Lemaître creyó en muchos de sus contemporáneos, les dió bombo firme y, antes de dos lustros, de aquellos ídolos no quedaba sino el polvo. Una revisión de sus valores críticos debería comenzar por su concepto sobre la cuestión moral, que es lo primero discutible en su crítica dramática, pues es fácil figurarse cuán falseada ha de resultar la producción teatral de uno o dos lustros si se la quiere estudiar en los artículos de un crítico que se empeñó en analizarla según *su frivolidad ética*. Lemaître creyó siempre — y en esto es preciso advertir la flaqueza central de su crítica, en cuanto toca a la estética pura — en los fines morales del arte. Jamás lo expresó categórica y firmemente, pero lo dejaba entrever a menudo, siempre que las obras le obligaban a condenar esta o aquella libertad de un autor. Lemaître, que se burló de Brunetière, en el fondo era un convencido y un partidario de la utilidad moral del teatro, hartó más incomprensivo que el autor de los *Discursos de combate*. Con razón dijo Emilio Faguet de estos sus artículos, que son “feuilletons de moraliste”. Y sólo es posible comprender en un crítico que antepone la moral al arte, este juicio bárbaro sobre el grande y fuerte Shakespeare: “Si hubiésemos de ser francos, diríamos que nos produce el efecto, como a Voltaire, de un salvaje borracho”. Tolstoy moralista y moralizante no pensaba de otro modo, lo que sí que el autor de *Ana Karenine* te-

nía la disculpa de ser un buen novelista para ser un crítico detestable.

La virtud de un estilo maravilloso de ductilidad, suave, gráfico y exacto en la expresión, ha valorizado con un sello especialmente encantador la crítica de la primera época literaria de Lemaitre. Cuando pensamos en lo que deja para la posteridad el autor de *Los Contemporáneos* vemos su labor como una piedra falsa engastada en un mirífico estuche de oro puro. La obra crítica de *Los Contemporáneos* y de las *Impresiones de Teatro* es la más agradable de leer en las letras francesas; agradable por frívola, liviana y encantadora, tres virtudes que hubieran desdeñado Macaulay, Juan Pablo Richter y Taine.

*

* *

En el correr de los años el escritor delicado, de aguda sonrisa volteriana, que tan finamente se burlara de Renán y de Bourget, de Loti y de Zola, se convierte en un grave nacionalista, partidario decidido del antiguo régimen, orador de asambleas, caballero quijotesco de un ideal tan alto como pasado de moda. Se hace reaccionario, predica el nacionalismo integral y la monarquía positiva y maldice la Revolución, sobre la cual escribiera antaño: "Para hacer execrable la Revolución ante los jóvenes es preciso anatematizarla, pero sin referirla. Tenía yo catorce años, era un infante dulce y

piadoso, pero resueltamente jacobino y terrorista, por haber leído a Poujoulat" (1). Lemaître se erige en el portavoz de la gloria del próximo Felipe VIII y, después de cantar la palinodia, durante las fiestas de la Saint-Philippe en Burdeos, escribe en una de las *Cartas a mi amigo*: "He sido republicano durante largo tiempo, casi religiosamente. Tenía diecisiete años cuando la guerra; leía escondido las páginas de *Los Castigos* y admiraba el dos de diciembre como el crimen mayor. Cuando fué proclamada la República, a pesar del horror de la derrota inicial, recibí aquello como *una epifanía*... En la Escuela Normal, bajo el ateniense Bersot, continuaba creyendo en la República... Más tarde, profesor en provincias, mis ilusiones persistieron. El dieciséis de mayo, me llenó de indignación, y me afiebré el día de la reelección de los 363. Y, sin embargo, yo rebosaba literatura romántica... Volví a París... No tenía que quejarme personalmente del régimen... Pero, ya en provincia, observaba por doquiera los monstruosos efectos de la tiranía republicana. No fui boulangista por aquel entonces, y hoy me asombro todavía. Tal vez porque tuve ocasión de contemplar de cerca al general. La República comenzaba a curarme de la República. La vida me había curado ya el romanticismo".

Tal es la historia de su conversión. Lemaître se

(1) Autor de una Historia de la Revolución Francesa.

prodiga luego en una activa propaganda nacionalista. La obra crítica que viene tras ella es un eco de sus nuevas ideas y menos interesante que la labor de antaño. No es ya el ideólogo artista quien juzga y repasa valores literarios: en su lugar encontramos a un Julio Lemaître hosco, áspero, apasionado. Su Racine, su Rousseau, su Fenelon y su Chateaubriand antes que simpatía nos inspiran compasión y... ¿por qué no decirlo?: ira. En el fondo de cada conflicto psicológico el crítico busca causas extrañas y, en más de un momento, la cuestión religiosa orienta la sola finalidad de su crítica. Lemaître realista, reaccionario, que ve todas las causas de los males presentes de Francia en las consecuencias del espíritu revolucionario del 79 ¿podría mirar con imparcialidad a Rousseau? Con justicia sobrada advierte Unamuno: "En su calidad de francés, no puede Lemaître perdonar a Rousseau que, siendo extranjero, haya ejercido en la Francia una influencia que pocos de los hijos de esta nación han igualado, y haya creado ese movimiento político que se llama la Revolución y ese otro movimiento de ideas que se llama el Romanticismo". ¡Claro está! Lemaître, francés por los cuatro costados, nacionalizante por convicciones de todas clases y apegado a una tradición secular, no podía perdonarle a Rousseau que hubiese dado origen a una literatura y a una historia nuevas haciendo "desviarse toda la vida de un pueblo, al cual no pertenecía". ¿Qué de extraño es, pues, que el crí-

tico procure, desde el primer instante, hacer resaltar los errores del autor de las *Confesiones* para empequeñecerle? “He palpado yo las consecuencias de ciertas ideas de Rousseau — dice Lemaître. — Y por esto, por lo que, cuando prometí hablar de Juan Jacobo me propuse estudiar sobre todo en él al padre de algunos de los principales errores de los siglos XVIII y XIX”. Pero, además, huelga otra razón que debemos estimar importantísima: Lemaître convertido al realismo católico, enemigo convencido de la República y enfrascado en dulces esperanzas de ver a Francia gobernada por un rey, no pudo sino ser un adversario encarnizado del protestantismo. El, que al estudiar a Fenelon, le reprochaba al protestantismo haber disuelto la unidad de Francia, no debía mirar con buenos ojos a “un protestante en quien el protestantismo ha producido prematuramente consecuencias extremas. (“Considero, — escribe en su libro *Fenelon* — lo proclamo, que la Reforma religiosa del siglo XVI, mirada por otros como uno de los instantes culminantes del progreso humano, ha constituido una gran desgracia para la Europa y particularmente para Francia, a la que le valió treinta años de guerra civil y, aun después del Edicto de Nantes, la destrucción para siempre, de su unidad religiosa y, por consecuencia, moral”). Claro está, el Lemaître de los treinta a los cuarenta y cinco años hubiera amado a Rousseau, porque era libre y espiritualmente no se encontraba atado al crestón de

ninguna rutina y porque, además, entonces no mostraba ese horror invencible contra la literatura personal. Pero los años envejecieron su espíritu y esclavizaron su corazón. Él, que declaraba a los cuarenta años que, abriendo al azar un libro contemporáneo, le acontecía sentirse vibrante de gozo y penetrado de placer hasta la médula de los huesos, ya convertido en un perfecto tradicionalista, sólo atinó a odiar la literatura individual y a abjurar de su antigua simpatía juvenil por los escritores de la segunda mitad del siglo diecinueve. Un día, después de los cincuenta y cinco años, escribe: "Lo que tal vez es verdad es que la más perfecta y sólida literatura del siglo diecinueve quedará, descartado el romanticismo, porque es lo cierto que la más antigua literatura, la más necesaria y la más fuerte, es la literatura objetiva, impersonal (filosofía, historia, novela de costumbres y de caracteres, y aun el mismo teatro)". Pobres queridos recuerdos de un Verlaine, de un Baudelaire, de un Jules Laforgue, de un Rimbaud. ¡Qué curiosa historia literaria de los primeros años del siglo veinte pudiera haber escrito Lemaitre! ¡Qué curiosa historia de este arte inquieto en los últimos tiempos, cuya característica consiste en la exaltación viril de la individualidad, en el auto análisis, en el estudio psicológico de yo! Rousseau, el precursor de todo este movimiento y padre del romanticismo, no pudo, pues, salir muy bien parado del análisis de sus sentimientos hechos por Lemaitre, quien sólo quiso ver su obra

a través de los cristales de sus gafas de realista y de conservador, contra los cuales el autor de las *Confesiones* dirigió sus más tremendos golpes.

Después del libro cruel sobre Rousseau dió Lemaitre a la estampa su obra *Fenelon*, que ya presentíamos cuando leímos su delicioso estudio dedicado a Racine, aquel poeta que el corazón del autor de *Los Contemporáneos* tenía un templo, en el cual siempre ardía el pebetero del más íntimo culto. Si Lemaitre adoraba en Racine, Fenelon, en cambio, como Rousseau y Chateaubriand, no se las tiene todas consigo en el agrado del crítico. ¿Por qué? Tal vez porque aparte del problema estético clásico que la obra de Fenelon significa, Lemaitre consideró sobre todo en él y en su labor espiritual, el problema religioso. Pero esto es en cuanto a los reparos; también el autor de las *Impresiones de Teatro* sabe elogiar ardientemente cuando llega el caso. Fenelon representa para Lemaitre lo más fino y lo más selecto del espíritu francés y del alma clásica. Y porque le quiere muy de cerca y le inquieta siempre y siempre le cautiva, le ha colocado en la trilogía espiritual que representa para él la síntesis de tres siglos: la elegancia y la distinción del siglo diecisiete; la anarquía y la audacia del siglo dieciocho; la fiebre romántica de la decimanona centuria; trinidad de todos sus gustos y de todos sus odios volcánicos. Tres nombres que son como tres escudos o como tres marcas de fuego: Fenelon, Rousseau, Chateaubriand.

En su primera conferencia sobre el autor de *Telémaco* escribía: “Cuando estudiaba a Juan Jacobo Rousseau, existían dos hombres, cuyos escritos me hacían pensar continuamente: Fenelon y Chateaubriand. Y yo presentía que los tres juntos, Fenelon, Juan Jacobo y René, formaban a pesar de todas sus diferencias, como una dinastía espiritual, una dinastía de soñadores, de inquietos y de inventores”. Y, luego, agrega: “Pero, si sabía ya que Fenelon era uno de los hombres más singulares y el más original del siglo XVII, en suma apenas si le conocía. He querido conocerlo mejor”.

¿Cómo no había de gustar Lemaître del ático espíritu del poeta que creó *Telémaco*, fino, irónico, suave y elegante? El Lemaître que escribió ese poema en prosa que se llama *La vejez de Helena*, y que antes había imaginado la historia de la virgen *Myrrha* y *Al margen de los libros*, había aprendido mucho en Fenelon y bebido copiosamente en la fuente de su clara Castalia como antes había aprendido ya lecciones de ironía en las páginas de Renán. “Fenelon — dice Lemaître — tiene un espíritu muy independiente. Es humanista delicioso. Adora la antigüedad pagana (¿cómo no la había de adorar quien vivió entre marqueses y grandes señores y que contaba con el tesoro de un espíritu maravilloso?), quiere encontrar y gusta en ella de su simplicidad alegre e inocente, que estima ha alterado la civilización; parece olvidar a menudo el misterio de la caída. Muchos se extrañan al encontrar en

este sacerdote tantas páginas que tienen el tono de las de Fontenelle y de Voltaire o de Rousseau". ¡Ah! qué verdad encierra este juicio! ¡Cómo recordamos en estas líneas al antiguo Lemaître de *Los Contemporáneos!*

Pero no todo gusta a mieles en este libro dedicado al gran clásico. No. Lemaître envejecido ya, agriado por las muchas decepciones sufridas en sus cruzadas de propagandista político, debía de extrañarse cuando no encontraba algo original y algo picante en las páginas que pasaban ante sus gafas de crítico. Así, pues, Fenelon no sale del todo libre de crueles reproches. Al llegar a la parte del relato en las aventuras de *Telémaco*, cuando es salvado del mal el hijo de Ulises por una embarcación fenicia, objeta Lemaître: "Las deliberaciones de los dioses, la lucha de Venus y de Minerva, todo eso parece *pastiche*, se asemeja mucho más a Virgilio que a Homero". Y agrega más adelante: "Las descripciones, sea de batallas, de tempestades, de incendios, sea de paisajes y de vida campesina, son muy vagas y están compuestas con frases hechas. Carecen, casi en su totalidad, de aquello que el joven Racine gustaba tanto en las descripciones de Homero, quien indicaba él, *penetra más que Virgilio en lo particular*". Cuando Fenelon escribe: "On voyait une rivière où se formaient des îles bordées de tilleuls fleuris et de hauts peupliers qui portaient leurs têtes *superbes* jusque dans les nues", Lemaître le encuentra descolorido: "Me parece—dice—

casi imposible pintar más deliberante los álamos. *Altos álamos* solamente, sin esa cola, sería más expresivo. Y uno se asombra luego que piensa que Fenelon pasó su infancia y adolescencia en el campo y a las orillas de este Dordogne, del cual se acuerda tal vez al describir este *río donde se formaban islas*. ¡ Pero lo que ha visto por sus propios ojos, lo vuelve a ver (creyendo embellecerlo) a través de Homero, de Teócrito o aun de Longo y hasta de “La Astrea” que entonces se leía mucho, etc.” Este juicio es duramente exacto y acaso él da la medida de uno de los mayores errores literarios de Fenelon: aquel que hizo que su obra fuera más de artificio literario que de observaciones. Suele también Lemaître, cada vez que es posible darle un fino alfilerazo a Fenelon cuando recuerda su amor propio que no hacía olvidar en él al hombre que debió vivir oculto tras el sacerdote; entonces escribe Lemaître: “Persisten en él algunas ilusiones tenaces. Aporta un amor propio amargo en la defensa del puro amor y habla mucho de simplicidad para creérsele verdaderamente simple. El místico, en los momentos que realiza la oración pasiva, va, en cierto modo, más allá del dogma”. En eso, acaso Lemaître, indirectamente estuvo de acuerdo con Saint-Simon y con Brunetière, que vieron en Fenelon sobre todo al ambicioso, lo cual no le impide, en ningún caso, llegar a la conclusión de que Fenelon era, ante todo, un místico. Pero era un místico que, hasta para morir, según lo advierte, su-

po conservar su serenidad y su fortaleza. Fué un hombre a quien sólo la muerte misma pudo abatirle: “Creo que Fenelon — escribe Lemaître — no se libertó y no tuvo reposo más que en la muerte. Durante su última enfermedad, que no duró más que una semana, se hizo leer varias veces, el segundo epíteto de San Pablo *A los Corintios*. ¿Por qué? No es un epíteto dogmático. Es que Fenelon, agonizante, volvía a encontrar en él algunas de las expresiones favoritas a la señora Guyon (la amiga de toda su dilección): *Nuestra boca se ha abierto para vos, nuestro corazón se ha ensanchado. No estaréis estrecha en nuestro interior: pero en vos las entrañas, se han empequeñecido. Tornáos parecida; — os hablo como a mis hijos — ensancháos también: Y cuando yo me siento débil es entonces cuando estoy más fuerte.* Sin duda, concluye Lemaître, escuchando esto repasaba Fenelon, antes de morir, sus propios sufrimientos: su destierro, la condenación amarga de todas sus esperanzas y también sus glorias y sus alegrías místicas junto a la amiga...”

Por la subordinación de la razón a la sensibilidad y por el apego al *sens prope* estima Lemaître que Fenelon hace presentir a Chateaubriand. En efecto, el autor de *Atala*, analizado por el crítico de las *Impresiones de Teatro*, resulta con muchas aproximaciones que le acercan a Fenelon. Pero aquellos que en el escritor de *Telémaco* eran para Lemaître pecados poco más que veniales, en Chateaubriand los

ve el crítico aumentados hasta el exceso; de lo cual proviene que este último resulte a través de su análisis harto más empequeñecido y pobremente humanizado que aquél.

Lemaître no gusta en Chateaubriand "ni del hombre, ni del estilo, ni de las ideas", dice Giraud. No le puede amar porque no le siente, y no le siente porque está muy lejos de él. Tal vez el Lemaître de *Los Contemporáneos* siquiera hubiese comprendido al autor de las *Memorias de ultra-tumba*; entonces, cuando sólo era un intelectual inquieto, cuando admiraba bellamente en Renan, cuando hasta sabía comprender a los Barbey d'Aureville, Chateaubriand hubiese logrado conquistar su espíritu. Pero los años transformaron; ah! el corazón de este buen diletante de antaño en una urna marmórea, llena de pensamientos fríos, y en la cual, se podría decir parodiando aquello de Augusto Comte, se guardaban más espíritus de muertos que corazones de vivos. Lemaître quiso ver y colocar a Chateaubriand en esta época; quiso aplicar su criterio de hombre moderno al autor de René y, actualmente, le resultó un Chateaubriand ridiculizado, negativo, como antes le había resultado un Rousseau semejante.

Más de un motivo nos hace desconfiar del estudio de Lemaître. El crítico ha comenzado por callar algunas de sus obras: la traducción de *El Paraíso perdido* de Milton, los *Estudios históricos*, su *Misceláneas literarias*, y una de las más interesantes, de entre ellas como es la correspondencia sobre todo si

se trata de un estudio en que tiene un valor capital la historia de sus sentimientos. No es posible hablar de Chateaubriand juzgándole hasta en sus menores acciones si se ha prescindido de su verdadera historia psicológica, que en este caso es posible conocer completamente en las cartas. Sabemos que las *Memorias de ultra-tumba* fueron escritas falseando a menudo la verdad; que Chateaubriand realizó en tal obra un trabajo de curioso artificio para no dejar ver a sus contemporáneos y a las generaciones venideras otra cosa que la que a él le conviniese. ¿De qué manera podríamos estudiarle entonces si no ha de ser a través de la enorme correspondencia suya, que Lemaitre sólo leyó a trozos y que, voluntariamente omitió?

Lemaitre es implacable con el autor de *René* cuando analiza lo que llamaríamos la esfera de su orgullo: "Puede haber mucho de verdad—escribe—en esas jactancias; pero encuentro miserable hablar así de sí mismo". He aquí un punto discutible que no es dable considerar fría y burguesamente. El orgullo de Chateaubriand, como el dandismo de Barbey d'Aurevilly, como el desprecio insolente de Baudelaire por la vulgaridad, como la eterna afectación de Gabriel d'Annunzio es posible disculparlos porque en nada acarrear un menoscabo sobre su obra. No comprenderíamos a un Chateaubriand vulgar, calculador, que gustase sólo de las tranquilidades del hogar, del amor de la estufa y de las buenas sopillas caseras. Nada más simpático en él, que esa su altanería de

supremo aristocratismo, ese altivo desdén, esa insolencia de marqués. Aquel Chateaubriand que conocemos, soñador, aventurero en las desiertas comarcas de los pieles rojas, a pesar de cuantos aseguran que ese viaje fué solo imaginativo, realista luego, enamorado siempre, pobrísimo en Londres y, más tarde por arte y milagro de su talento, feliz y glorioso, solicitado por bellos ojos, envidiado por los más prestigiosos, triunfador en cruzadas de galantería y de arte, es y debe ser el verdadero Chateaubriand, porque así le hemos conocido desde nuestra juventud y porque así le queremos. El orgullo y la vanidad en Chateaubriand llenan de romántico encanto su vida, como una flor llena y hace graciosa la cabellera de una mujer. A pesar de que Lemaître le tilde del hombre más vanidoso de toda la literatura, siempre estaremos de parte suya. ¡Y como no estarlo cuando es tan hermosa esa audacia que le indujo a tomar la vida como le llegaba: misteriosa, obscura, como si estuviese predestinado a ser él el mago que había de arrancar de su penumbra las luces de una estrella. El, hijo predilecto y príncipe del romanticismo, hubo de vivir su escuela antes que fundarla con rasgos imperecederos. El que tuvo la gloria entre sus manos, bien hizo cuando se coronó con ella como quien se ciñe una guirnalda de rosas. Solicitado por bellas pupilas femeninas, no pudo menos sino dejar su corazón en su fuego: en 1828 una curiosa desconocida le escribe porque sentía por él, como dice Joubert, citado por Faguet, "esa admiración

literaria que en las mujeres no es más que una forma del amor". Transcurren diecinueve meses de verdadera comunión epistolar. Ella le escribe un día: "Vd. lee mis cartas como se respira el perfume de un ramo de violetas, sin pensar en arrancar de entre la hierba la planta que las produce". Y esa correspondencia representa una vida y es para Chateaubriand como un perfume que envuelve su espíritu. Ella amaba al escritor mientras él sólo correspondía a aquellas epístolas por vanidad, por donjuanismo de poeta. La señora Recamier, la mujer más linda de su tiempo, cuya belleza vive y vivirá aun cual suprema flor de elegancia en la tela de David, está cerca del autor de *Atala*. La belleza rejuvenece su espíritu viril. En plena vejez ya, a los sesenta y seis años, como Goethe, Chateaubriand continúa siendo amado aun. Una bella desconocida aviva el fuego de su corazón mientras la gloria sonríe a su puerta y la historia le corona ya con los laureles de la inmortalidad. Ve a la señora de Vintimille, — recuerda Lemaitre, — a la señora de Fenzensac, a la de Custine, a la duquesa de Chantillon, a la señora de Lindsay, a Julia Talma, a la señora de Clermont-Tonnerre. "Mi reputación — escribía entonces Chateaubriand — me hacía la vida ligera". Realiza un viaje triunfal por Francia y a su regreso, habiendo sido invitado a una fiesta, conoce al primer cónsul Napoleón Bonaparte: "Estaba en la galería — recuerda el autor de *Los Mártires* — cuando entró Napoleón; me

sorprendió agradablemente. No lo había visto antes más que de lejos. Su sonrisa era acariciadora y bella, su mirar admirable, sobre todo por la forma en que sus ojos estaban colocados bajo la frente y encuadrados bajo sus cejas. No se advertía en él todavía nada de charlatanería en su mirada, nada de teatral ni de afectado". Poco tiempo después de este encuentro, Bonaparte nombró a Chateaubriand primer secretario de la embajada en Roma". Bonaparte — recuerda Chateaubriand al evocar este pasaje de su vida, — era un gran descubridor de hombres". En Roma no logró entenderse bien Chateaubriand con el cardenal Fesch, en la embajada, (que era — dice Lemaitre — un mal hombre), lo cual le hace escribir a Chateaubriand: "Yo no sirvo para nada en segundo término". Cuando el autor de *Atala* recibe la noticia de que el Duque de Enghien ha sido condenado a muerte, envía su dimisión de Ministro de Valais, para el cual había sido nombrado por Bonaparte. Al componer sus *Memorias de ultra-tumba*, treinta y cuatro años más tarde, escribe, recordando su separación del lado de Bonaparte: "Tal vez yo hubiese conseguido mantener cierta idea de libertad y moderación en la cabeza del grande hombre; pero mi vida, colocada junto a aquellas que son felices, se hubiese encontrado privada de lo que constituía su carácter y su honor: la pobreza, la lucha y la independencia". Tal era su acción y su altivez en la política. Seguro de su valer ante nada se arredraba. Además, agreguemos a todo,

que sus triunfos literarios le habían elevado a una situación privilegiada, que los nobles le adulaban, que amaba a las mujeres tomándoles como se toma un bello ramo para aspirar su perfume y dejarlo luego, y tendremos una evocación de lo que era aquel pequeño Dios que tenía su corte. Pero Lemaitre no acepta esto y no transige con la exaltación de su vanidad. Cuando recuerda las negociaciones relativas a su sepultura en la isla del Gran Bé, escribe: "Ah, el pobre, preocupado siempre con asombrar, aún hasta más allá de todo". Y luego agrega: "El siente hasta el esqueleto vanidoso". Con sobrada razón Víctor Giraud no ve en tal gesto de Chateaubriand más que una originalidad de poeta. Justo. El exceso de su misma gloria le obligó a mirar con desdén y a asombrar a aquellas buenas gentes que le pagaban con oro sus desdenes.

Pero, esto no es todo en la crítica de Lemaitre contra Chateaubriand. El crítico llega hasta pretender probarnos que Chateaubriand es fatigoso. ¿Chateaubriand fatigoso? ¿Será posible? *Atala*, *El Itinerario de París a Jerusalén*, *René*, que hemos comenzado a leer en la adolescencia, ¿nos han fatigado alguna vez? Eso no; jamás. Pero, ¿qué razones valdrán ante Lemaitre cuando llega a escribir lo siguiente?: "Y, de todas las obras que ha publicado durante su vida, no se lee casi nada. No se lee en realidad más que sus *Memorias*, que constituyen una novela espléndida, variadísima, en la cual encontramos todas las bellezas, excepto el encanto

desgarrador y la trágica intimidad de las *Confesiones* de Juan Jacobo". No; esto no es posible siquiera tomarlo en serio. Sin duda, Lemaitre se chanceaba consigo mismo al escribir juicio tan temerario y mal fundado. Los que aún recordamos, de las lecturas hechas a los dieciseis años, aquellas lindas imágenes de *Atala*: "Me siento sobre las piedras pulidas por la suave lima de las aguas... El genio de los aires sacudía su cabellera azul... El alma de la soledad suspiraba" no perdonaremos jamás al severo Lemaitre un juicio tan perentorio y antojadizo. Sin embargo, y a pesar de todo, escribe el autor de *Los Contemporáneos*: "¡Ah! cómo os equivocaríaís si llegáis a pensar que no le amo tal como es!" A lo cual podríamos agregar: que cariño el suyo, se parece al de aquel felino de una pequeña historieta natural de Jules Renard que jugaba con las ratas, harto amistosamente, sólo que al fin del juego la rata quedaba muerta!

*
* *

Tal es la crítica de Julio Lemaitre vista en sus dos aspectos: aquel que comenzó con su juventud y este que vino después de su conversión total a la política realista. Si en los dos nos agrada, mucho más, es natural, en el primero, fuerza es que confesemos que en ninguno nos convence. Le faltó a Lemaitre, es menester repetirlo una vez más, lo que indicaba Remy de Gourmont: una orientación

definida, una convicción firme. Jugó con las ideas y, como en la Kabala, jugó mucho al fantasma hasta acabar por serlo. La historia de sus sentimientos y de su evolución ideológica será para el historiador futuro de la literatura mucho menos interesante que la de Brunetière y, acaso, que la del incomprensivo Nisard. Si como estilista fué un escritor espontáneo y agradable, si como autor de cuentos muy delicados merece un lugar junto a Gerard de Nerval, a Theophile Gautier y a Charles Nordier, como crítico la historia literaria le asignará un puesto cerca de los Villemain, de los Saint-Marc Girardin, de los La Harpe, de los Dumic. A través del tiempo y de la distancia advertimos estos nombres como los de millares de satélites en torno de aquéllos planetas que se llamaron Sainte-Beuve y Taine. Semejan puntos luminosos que se apagan ante aquellas claridades meridianas.

NOTAS SOBRE PIO BAROJA

Hasta un lustro después de los comienzos del siglo que corre contado era el número de curiosos que había leído a Baroja en América. Su público en la Península no pecaba tampoco por abundante. Las revistas se ocupaban someramente de sus novelas, a pesar de que escritores como Valera y Clarín habían llamado la atención hacia alguno de sus libros. Una muy esplicable falta de curiosidad respecto de lo nuevo en nuestros públicos nos privó de conocer, desde sus comienzos, acaso al más original de los escritores españoles del siglo presente. En cambio, en ese entonces sí que se interesaba la literatura anodina de ciertos escribidores que, como Enrique Gaspar en el teatro, Manuel Reina y Selgas en la poesía o Trueba en el cuento, representaban solemnemente la mediocridad en todos sus órdenes. Fuerza es buscar la causa de esto en los caprichos que se permite la rutina contra todo lo nuevo: ese mismo espíritu misoneísta hizo ignorar no sólo la obra de Baroja, sino que también la

de Valle-Inclán, Ganivet, Unamuno y Marquina, hasta que el tiempo obligó al público a buscar sus obras en las estanterías de los libreros, donde envejecían entre las telarañas y los clásicos.

Pero, cabe preguntarse también, ¿era posible que el público, que sólo estaba acostumbrado a leer a Pereda, Valera, Campoamor o Alarcón y que aceptaba con ciertas reservas a Pérez Galdós, pudiera comulgar con las ideas de Baroja? Un hombre que poco después del desastre de Cuba se atrevía a gritar a los cuatro vientos: "Somos el pueblo del *mínimum*, *mínimum* de todo", ya podía con razón esperar apollillarse junto a Jovellanos, de Mora o Cánovas del Castillo. Y que, como consecuencia, agregaba lo siguiente: "Consumimos menos alcohol que ningún pueblo, menos tabaco que en ninguna parte. La estadística nos dice que el número de hijos ilegítimos en Madrid, en comparación de los pueblos de otras naciones europeas, es *pequeñísimo*; el número de suicidios, *escaso*"... Y más adelante: "Yo creo que un pueblo vicioso, un pueblo revuelto, es capaz de algo; un pueblo *ñoño*, no es capaz de nada". ¿Cómo no temer, pues, a este demoledor? El público que leía sus artículos debió suponer que sus novelas participaban en todo y por todo de sus ideas anarquistas. Y así pasaron algunos años de eterna espera y de paciente labor. Sin embargo, Baroja, como el filósofo, debe haberse dicho para sí: insulta al tiempo, que él te cubrirá de rosas.

Hoy, entre los novelistas de la España moderna, no se le discute. No se le niega ya, aun cuando se le lee menos de lo necesario. Sus novelas no lograrán alcanzar jamás popularidad, a pesar de su amenidad y de su humorismo de buena ley, muy humano y muy español. Los que solo leen a Felipe Trigo y gustan en general de donosas finezas, no comulgarán jamás con Baroja; por otra parte, el público que se deleita con Blasco Ibáñez, no el bueno y fuerte de "Cañas y barro" o de "La Bodega", sino el de "Los cuatro jinetes del apocalipsis", tampoco simpatizará con el autor de "Zacalain el Aventurero". Sus devotos son los menos, a pesar de que en España se le juzgue entre los más dignos de figurar a la cabeza de la moderna literatura de la Península; que críticos como Max Nordau o Hume reconozcan en él a uno de los más preclaros representantes de la novela española contemporánea o que Marcel Robin hable de él en el "Mercure de France" como *du plus original et du plus vigoureux romancier de la jeune Espagne*.

Baroja no cree en la profesión de escritor; más aún, la desprecia honradamente, y como se dice uno de los tantos fracasados de la vida, se ha refugiado en ella como en un último recurso de dignidad personal: "El arte es una cosa buena para los que no tienen fuerza para vivir en la realidad. Es un buen *sport* para solteronas, para maridos en-

gañados que necesitan un consuelo como los histéricos necesitan morfina"... , escribió en "César o Nada". Sin embargo, a pesar de estas palabras de buen humor, lleva publicados más de veinte libros. Tal vez un psiquiatra, que leyese por vez primera las autoconfesiones de Baroja, advirtiese en él a un mistificador que, echándolas de sincero terrible daba en la gracia de la más ridícula afectación de *snob*. Que a veces, como en el caso presente, o como en el de Bernard Shaw, al cual tanto se parece Baroja, de lo sincero a lo artificial medía un paso, y es más fácil equivocarse que dar en lo verdadero: "Yo, por mi parte, — dice — no tengo fé alguna en mi obra, pero en cambio siento una gran curiosidad por todo lo que está cerca de mí, como yo mismo".

La exaltación del yo en su obra es como la piedra angular de su ideología; se hace novelista porque logrará cultivar más de cerca su individualismo, fuera de la sociedad y fuera de las relaciones humanas; por tal razón, también condena el socialismo, "que trae la glorificación de la manada, el apabullamiento del individuo por los demás". Se argüirá que un tal culto del individuo es una forma de glorificar el más perentorio de los egoísmos, mas, cuando, como en el caso del autor de "Zalacain el Aventurero", este culto se justifica con un talento de primer orden y una honradez a toda prueba, el interés resulta cosa indiscutible.

Como fruto de una personalidad tan vigorosa y

tan sana, que es capaz de renovarse en cada libro, ha nacido una obra fuerte, a veces descarnada, otras escéptica y, en los más de los casos, irónica, con la sana ironía latina de Cervantes o de Quevedo. Y, por sobre todos los oropeles del ingenio del escritor, se sobrepone la fuerza fecunda de la vida, que circula a través de la obra como un desborde de sangre en una vena. Jamás en ella el artificio altera el fondo de lo humano y de lo natural: como en el caso de Balzac, Galdós o Zola se advierte que Baroja está palpitando siempre con el ritmo de la acción y los personajes de sus novelas son haces de nervios, como ha dicho Azorin al trazar su retrato en el Olaiz de "La Voluntad": "ama lo paradójico; le seducen las psicologías sutiles y complicadas; admira los pueblos castellanos tan sombríos, tan austeros, perdidos en la estepa manchega". Más que el determinado retrato de un escritor parece ser este un símbolo de toda una casta de literatos españoles que perpetuan a través del tiempo y de la historia una tradición psicológica curiosa. No es por ciento la herencia de cierto misticismo decadente sino que más bien aquella que, comenzada con los picarescos y continuada con Quevedo y Tirso, representa la España del porvenir, paradójica acaso, pero sencilla y original, ante todo. Baroja afirma hoy lo que antaño insinuaran Cervantes y Lope de Rueda: "Es lástima; — dice — los que tenemos el mundo de deseos, de instintos no satisfechos, debíamos reunirnos para ente-

rrar vivos a todos esos impotentes, que nos impiden realizar nuestras ansias de poder, de amor, de orgullo... Después de enterrarlos, tendríamos tiempo de devorarnos los unos a los otros". En la voz de Zarathustra que habla en la soledad al Superhombre, como en siglos anteriores le hablaban Maquiavelo y Boscan: la vida es una exaltación de energía y de esfuerzo continuado y es más fuerte aquel que logra imponerse sobre un mayor número del rebaño. Como Breno podrían exclamar los héroes barojianos: "*Voe victis*" una y otra vez, para que esta queja despertara todos los instintos y las ansias dormidas de los enérgicos". El fuerte se come al débil: ¿no es esto? ¿Quién ha dicho esta verdad? ¿Darwin o Nietzsche? No sé. El caso es ser fuerte".

La amarga sinceridad de Baroja le será provechosa a España como lo fué la de Voltaire a Francia. Cual aquel personaje de la fábula que, al levantarse del lecho cada mañana, se burlaba de sus propios defectos, así Baroja sabe ser una especie de cínico, observador y amargo hasta en sus menores reflexiones. Tras la máscara de un sarcasmo muy humano, ocúltase el espíritu atormentado del fiero auscultador que no deja pasar inadvertidos ni los detalles insignificantes, en sus procesos del alma española. Nacido Baroja en un medio como el de la Península, pobre, moral e intelectualmente

te; en el seno de un pueblo rutinario que lee poco y piensa menos, ha querido aplicar el cauterio de sus asperezas como el hierro de una ironía feroz, sobre muchas llagas.

La obra de Baroja es ante todo valiente: su agresividad ha inquietado a no pocos. Ni las complicaciones bizarras del estilo le desvelan, ni se desvive por bucear en psicologías cursis a fuer de extravagantes. Es ante todo un creador de caracteres rudos y un recio forjador de paradojas.

Recuerdo haberlo oído decir a don Ramón del Valle Inclán que Baroja es un hombre reposado e indiferente; que vive en el retiro agreste de una villa española, atendiendo un su negocio de panadería, a imitación de Spinoza que, en los ratos de ocio que le dejaban sus tareas de pulidor de vidrios, escribía los admirables capítulos de su "Ética". Baroja gusta de la naturaleza y del trabajo activo. Un buen día, como Zalacain el aventurero o Silvestre Paradox el alucinado, realizó la sabrosa humorada de marcharse a pié a través de las carreteras de la Península hasta el Portugal, para conocer el trayecto que uno de sus héroes había de recorrer. De todo lo cual se puede inferir, haciendo memoria de los personajes de sus libros, que el novelista de "La Busca" es un temperamento balzaciano: rudo y desarreglado; mas, con la aspereza y el desaliño de las naturalezas de un César Birotteau o de un Guzmán de Alfarache. En estos rasgos, más propios de un boxeador que de un artista, estriba el

mayor atractivo de sus novelas. Tras la sencillez de un estilo preciso y desenfadado, la vida se desborda en ellas sana y natural. Fruto de este temperamento bravío y agresivo, su pluma traduce las emociones del paisaje y de la vida con la serenidad que dan un sistema nervioso bien templado y un cerebro más pensador que de artífice. De aquí que sus novelas recuerden cuanto de más grande nos dejó la literatura castellana del siglo de oro. Ya sean las andanzas y correrías de Martín Zacalain el aventurero, la agresividad parsimoniosa de César, o el espíritu misticador de Silvestre Paradox, traen a la memoria reminiscencias del Gran Tacaño, de todo aquel desfile de harapientos ingeniosos o de aquellos soldados fanfarrones de la novela picaresca.

Baroja describe, con cierta nerviosidad sintética, a grandes trazos. Estos o aquellos rasgos le dan la sensación de un paisaje; un gesto le descubre a un hombre. No le preocupa el estilo pero sí el carácter y el color.

Acaso lo que más hace resaltar el españolismo en la obra literaria de este novelista es el ambiente en el cual se mueven sus personajes: ya sea el "Mayorazgo de Labraz" o en "Zalacain el Aventurero", Baroja ha ido a buscar en el pueblo, o en la clase media, que es la mejor conservadora de los caracteres tradicionales de la raza, el motivo de sus cuadros. En "Cesar o Nada", aún cuando se aparta en ocasiones de este ambiente, no logra hacernos olvidar el arraigo del protagonista, aquella familia de

los Guillen, tan rudos como ambiciosos, y de las cuales el último vástago, César, tiene todas sus cualidades, doradas por cierta educación moderna y por ciertos convencionalismos necesarios. En cambio, en "Zalacain el Aventurero" el novelista no se sale del ambiente rural de las aldehuelas perdidas en plena tierra bizcaitarra. Así hace desfilar una serie de tipos curiosos, mezcla de aventureros y de bufones, camorristas y provocadores: Zalacain, Tella-gori y Carlos Ohando encarnan cuanto hay de más pintoresco en el alma española, tradicionalista y rutinaria. De los dos primeros se podría decir que son dos filósofos, cultores de una misma doctrina: el arrivismo. El viejo Tella-gorri "era un individualista convencido, tenía el individualismo del vasco reforzado y calafateado por el individualismo de los Tella-gorris.—Cada cual que conserve lo que tenga y que robe lo que pueda—decía.—Esta era la más social de sus teorías, las más insociables se las callaba.

Zalacain había de heredar y de aprender esta filosofía ruda de la vida de su anciano mentor. Tella-gorri tomó por su cuenta a Martín Zalacain para formar al muchacho según su concepto cínico de los hombres.

"Algunas noches, Tella-gorri, le llevó a Zalacain al cementerio.

—Espérame aquí un momento, — le dijo.

—Bueno.

Al cabo de media hora, al volver por allí, le preguntó.

—¿Has tenido miedo, Martín?

—¿Miedo de qué?

—¡Arrayúa! Así hay que ser — decía Tellagorri. — Hay que estar firmes, siempre firmes”.

Siguiendo este sabio consejo de su profesor de energía, Zalacain se mantuvo siempre firme, desafiando a la vida y a la muerte.

En cambio Carlos Ohando, a pesar de sus blasones, conservó siempre intacta la herencia de ferocidad contra sus enemigos que le legaron sus mayores. Baroja dice que “era un muchacho cerril, oscuro, tímido y de pasiones violentas”. Su odio por Martín Zalacain no le hacía vacilar hasta el crimen. La superioridad de aquél exalta la envidia contenida de este.

Tal vez Baroja en su odio por todo lo que es carlista y aristócrata, vacía toda la hiel de su pluma en el retrato de Carlos Ohando. Ha querido hacer resaltar la fuerza poderosa de la herencia en el carácter del muchacho aristócrata y despreciativo, en quien revive todo el odio ancestral que sus antepasados sintieron. Ni pueden en él una educación esmerada ni el contacto de una hermana sensitiva y dulce, para suavizar las asperezas de su carácter levantisco. Su afán de dominio le exalta hasta las pasiones más violentas y cerriles. En la Edad Media hubiera sido o un soldado temerario, cruel y

fanático, o un señor de horca y cuchillo, tan soberbio como hurraño.

Zalacin, siguiendo los impulsos de su naturaleza, se hará luego contrabandista, aventurero conquistador de la buena fortuna en sus andanzas serranas. Como antaño el pícaro Guzmán de Alfarache se goza en desafiar, con temerarios denuestos, a la muerte, cara a cara, hasta que un día, tras luengas correrías, con la felicidad de la mujer amada, encontrará la muerte a traición a manos de un bandido, para no ser menos que su antepasado muerto de la misma manera por un Ohando. En la losa de su sepulcro, para eterna memoria, un poeta, Juan de Navascues, glosó el epitafio del versolari Echehun de Zugarramurdi, en la siguiente décima:

Duerme en esta sepultura
Martín Zalacain, el fuerte.
Venganza tomó la muerte
De su audacia y su bravura.
De su guerrera apostura
el vasco guarda memoria;
y aunque el libro de la historia
su rudo nombre rechaza
¡Caminante de su raza
descúbrete ante su gloria!

El libro es sencillo, sobrio y de un perfecto interés novelesco. Más que una novela se dijera un poema escrito con todo el desenfado que ponían sus obras Quevedo y Cervantes. Si de él se desprende una lección desfavorable para la causa carlista, ello

se debe, claro está, a la sincera rudeza del escritor. Bien sabido es que Baroja no participa del credo político de don Carlos de Borbón. Le fustiga a cada página y los soldados que, como adeptos a su causa cruzan a través de las páginas de "Zalacain el Aventurero", o son pendencieros y ladrones, o son asesinos desalmados. Sin embargo, a pesar de esta intención, que presenta desfavorablemente la causa del pretendiente, no es posible pensar, como ha creído cierta crítica gruñona, que el novelista haya querido hacer de esta una novela de diatriba contra el carlismo.

Zalacain es liberal por cuanto odia en los partidarios del Borbón aristocrático insolente. Aún cuando él no lo dice, no acepta la propiedad, pero no olvida, en cambio, la máxima de su tío Tellagorri: "Cada cual que conserve lo que tenga y que robe lo que pueda". Es un disolvente y un egoísta sincero. Su individualismo descansa en el imperio de la fuerza bruta. Él podría decir con William James: "hoy la cuestión estriba en saber qué esfuerzo podemos realizar".

Zalacain en el siglo XVI se hubiera hecho conquistador, aventurero buscador de fortunas en luegas tierras, o habría sido un esforzado matador de indios como aquel brioso capitán extremeño don Pedro de Valdivia que, después de arriesgar cien veces la vida en ímprobos combates, acabó por ser descuartizado entre dos bailes araucanos. En nuestra época el quijotismo guerrero de este héroe ha-

rojiano casi ha resultado un anacronismo: a falta de otras lides más altas, se hizo soldado y ya que no pudo batallar en sus continuas andanzas, se contentó con burlar a los carlistas para conquistar el becerro de una fortuna.

Si Zacalain el Aventurero, descendiente de una casta de hombres tan rudos como esforzados, encarna ciertos sentimientos linajudos del pueblo español, César carne y alma de la novela "César o Nada", es el tipo representativo del siglo, desvelándose por alcanzar una forma de progreso seguro para su pueblo. Es el iniciador de la reforma; el conquistador de los destinos para la España del porvenir. Después de sacar a un pueblucho de su rutina, elevándolo, tras largo luchar, es vencido y todo el castillo ideal de su obra futura se derriba: "Yo quitaré todos los obstáculos y las fuerzas saldrán a su vida, que es la acción, — se dice César. — Este pueblo, luego otros, y después España entera... Que no quede nada oculto ni encerrado, que salga todo a la vida, a la luz del sol. Soy un hombre fuerte, soy un hombre de hierro, para mí ya no hay obstáculos. Las fuerzas de la naturaleza me ayudarán. ¡César! He de ser César".

¿Acaso Baroja ha querido presentar en el fracaso de César la desproporción de los elementos que existen para la lucha actualmente en la Península?

Tal vez un psicólogo podría asegurar que el fracaso de la obra de este héroe se debió a una ingenua super-creencia, a un desconocimiento de la

realidad; o tal vez, a aquella creencia que le concedé su parte de acción a lo imprevisto, al *se hará* de los indios.

En César se amalgaman dos cualidades opuestas: el luchador tesonero y el hombre irónico. Mientras aquel construye la ciudad del porvenir, este analiza y escruta con el ojo de un disolvente. Vive intensamente, observándolo todo. A veces, cuando la risa pudiera florecer en sus labios, la ironía fluye de ellos como el caudal de una fuente amarga. Siendo un arrivista, un hombre de acción, es también un discípulo de los escépticos: "Como ocurre casi siempre, — dice Baroja — la proyección de ideas de distintas procedencias y de diversos órdenes en un mismo plano, llevó a César a un escepticismo absoluto, escepticismo acerca de las cosas y, sobre todo, escepticismo acerca del instrumento de conocer... Su negación no se refería, ni mucho menos, a las mujeres, al amor o a los amigos, cosas en que generalmente se ceba ese escepticismo pedante y aparatoso de los literatos a lo Larra; su nihilismo era más bien la confusión y el desconcierto del que explora mejor o peor una comarca y no encuentra en ella ni orientaciones ni caminos y vuelve creyendo que hasta la brújula no tiene exactitud en lo que indica".

Más que narrativos, más que literarios, más que obras de pura belleza, las novelas de Baroja respon-

den a un fin esencialmente ideológico. La mayoría de sus personajes son puras variaciones de sus ideas; simples instrumentos de su individualidad extraordinaria. Baroja pesimista, Baroja observador, Baroja hombre de estudio y Baroja *globe-trotter* al llegar a España se transforma en un demolidor despiadado. Sus libros "El árbol de la ciencia" y "El mundo es así" dejan una angustiosa sensación de ahogo. Su ironía hace recordar a veces las líneas de sangre que brotan del florentino estilete de Anatole France: "Parecía haber nacido — escribe en "Las inquietudes de Shanti-Andia" — para burlarse de todo y para encogerse de hombros; pero su sátira no encerraba veneno; se reía sin amargura y sin pena". ¿Cómo no iba a burlarse de todo él que había contemplado siempre a los hombres dominados por el más terrible de los egoismos? ¿Acaso uno puede atajar la obra corrosiva del millar de las agrupaciones? "Lo que hace a la sociedad malvada — dice Iturriz en "El árbol de la ciencia" — es el egoismo del hombre, y el egoismo es un hecho natural, es una necesidad de la vida!" Las costumbres apenas si han cubierto los instintos bárbaros. En la horda como en la colectividad, ante la piltrafa o ante el botín, aparece fácilmente en él el lobo.

El estilo de Baroja es único: ante todo suyo, vigoroso y personal. Odia la regularidad de la co-

rección castiza. A veces escribe a saltos, a latigazos y a golpes. No lima. Es parco en el decir y árido en sus descripciones. Sin embargo, es preciso hasta la regularidad. A pesar de su desaliño hay páginas en "Aurora Roja" dignas de consignarse en una Antología. ¿Y qué decir del más hermoso de sus libros "Las Inquietudes de Shanti-Andía"? Cada trozo de prosa, cada capítulo son de una precisión y de un encanto que rayan en la maestría: "Me gusta mirar — recuerda — tengo la avidez en los ojos; me quedaría contemplando horas y horas, el pasar una nube o el correr una fuente. Quizás viviendo en tierra se hubiera desarrollado en mí el sentido musical, como en muchos de mis paisanos; en el mar se ha ampliado, se ha alargado mi sentido óptico". Esto es hermoso dentro de la más pura y serena sobriedad. Pero, he aquí otro fragmento tomado al azar en uno de los más lindos cuentos de su librito juvenil "Vidas Sombrías". "Hoy al pasar te he visto aún más preocupada. Sentada sobre un tronco de árbol, en actitud de abandono, mascabas nerviosa una hoja de menta. Dime, Belcha: ¿En qué piensas al mirar los montes lejanos y el cielo pálido?" Esa emoción que dictó estas puras páginas antaño, suele renovarse en sus libros de hoy. De aquel buen tiempo de entonces son estas filigranas de su estilo: en el mar adivina "redondeadas olas"; en un espíritu vé "serenidades grises como un crepúsculo otoñal"; las olas "llegan a la playa con languideces de mujer convaleciente".

Ogaño escribe: "A medida que descendían, se iba levantando el paredon negruzco de la sierra de Cantabria. Había nevado ligeramente también por allá. Aparecían los resaltos de la montaña blancos por la nieve y los grupos de aliagas y de garzas se veían negros y redondos entre la blancura de las vertientes y de los taludes".

EL PADRE LOYSON

Si se vé que la plaga se ha extendido en la casa, es una lepra inveterada... se derribará la casa. (*Levítico XIV, 34 y sig.*).

Para el catolicismo oficial el padre Jacinto Loyson fué un hereje; para los indiferentes en materias religiosas, en cambio, sus enseñanzas y sus doctrinas hablaban de un apóstol sapientísimo que, a haber nacido en la Edad Media, hubiera muerto en la hoguera después de exaltar un movimiento tan radical como los de Lutero, Calvino y Zwinglio. Sin embargo, en nuestro siglo, más descreído y más indiferente, la lucha ideológica del tranquilo predicador no preocupó más allá de promover algunas polémicas y despertar cierta curiosidad cuando tuvo el valor de aquel acto de rebeldía que lapidó la excomunión papal.

Desde ese instante se inicia el verdadero apostolado doctrinario del Padre Jacinto: viaja a través de Estados Unidos; se establece después en Fran-

cia, donde protesta contra el "Syllabus" y las encíclicas de Pío IX; contrae luego matrimonio en Londres; es elegido cura de Génova por los católicos liberales; dá conferencias; publica libros como "La Sociedad civil en sus relaciones con el cristianismo" y "Mi testamento, mi protesta"; cuenta con adherentes hasta en las últimas ciudades del globo; sus enseñanzas se propagan: varias agrupaciones de modernistas católicos le proclaman su maestro y, como digno coronamiento de una labor de ochenta y cuatro años, lega a la posteridad la lección de una vida pura, quemada en holocausto de un sueño y numerosas obras que perpetuarán su nombre.

En 1861 comenzó Loyson el Diario que había de escribir hasta el 29 de Enero de 1912, once días antes de morir. A través de esas anotaciones breves y nerviosas, es fácil repasar sus ideas y algunos puntos de su doctrina. En ellas vibra el hombre íntimo, el convencido que, hasta en sus arranques apasionados es un racionalista implacable.

El 22 de Mayo de 1908 anotaba Loyson: "Mis deseos mayores han sido ser un santo y un pensador". Su sueño se cumplió, ciertamente, hasta más allá de sus expectativas. Si como pensador el Padre Jacinto nada tuvo de original, en cambio, fuerza es considerarle como un sociólogo con vistas a la generalización filosófica, digno de contarse entre los más esclarecidos divulgadores del credo modernista, que pretende armonizar el catolicismo con la ciencia y confía en la posibilidad de

aguardar el advenimiento de una religión más humana y fuerte. Como la de Murri y la de Fogazzaro, en este sentido, su obra es interesante y será duradera: muestra bien claro el punto capital de la crisis presente en materia religiosa; las razones de la decadencia católica y el avance del libre pensamiento. Las notas de su *Novíssima Verba*, escritas durante los seis últimos años de su vida, son la mejor síntesis doctrinaria de su credo y dejan transparentar hasta el fondo la tranquilidad apacible de esa alma en cuyo seno sólo se reflejaron el bien y el amor universales. ¿No acusaban acaso humildad suma y mística resignación aquellas sus palabras estampadas el 17 de Junio de 1906?: “Toda mi obra habrá estado en la palabra viva, y en algunos actos de conciencia sobre todo en el desenvolvimiento de mi vida interior”. Porque este apóstol, que tan hondamente sentía el amor universal, confrontaba a menudo su reposo interior con las violentas tempestades de la civilización, para comprender una vez más que, ante todo, es preciso conocerse, juzgarse, sentenciarse y hasta soportar la pena de un silencio largo antes de arrojar a la vida las semillas de las verdades amargas. Así, solamente, después de vivir la verdad en sí mismo, después de tributarla en los aledaños de su espíritu, se vació al exterior de la propaganda activa y tesonera; entonces afirmó rotundamente su protesta contra la infalibilidad del papa; entonces hizo de su libera-

lismo cristiano una enseñanza; entonces abrió el seno de la religión al amor del hogar.

Loyson intentó retrotraer, como muchos de sus predecesores, el catolicismo actual hacia el cristianismo primitivo de los apóstoles, humilde e ingenuo. Él sentía no poder afiliarse a ninguna secta religiosa, porque su independencia de pensador le arrojaba de todas: "Soy toda una iglesia" escribía en Diciembre de 1907, en Febrero de 1912, ya con la melancolía de sus fuerzas postreras, exclamaba lleno de una santa unción apostólica: "Porque ella (la Iglesia) se ha vuelto loca, no le puedo obedecer; pero como ella es mi madre no ceso de amarla y de respetarla". Su liberalismo le encaminó, desde los comienzos de su carrera sacerdotal, a intentar la posibilidad de una reforma que fuese capaz de vigorizar los fundamentos cristianos, en fuerza de acordarlos con las tendencias actuales de la civilización.

Hasta este instante Loyson ha hecho la primera mitad de la jornada; en los años que siguen se olvida de la reforma: los propósitos de Juan de Selva (1) apenas si causan los efectos de una débil tizana en el cuerpo enfermo de la Iglesia; la reforma es una utopía, pero una utopía peligrosa. Es preciso edificar de nuevo. Nada se puede cimentar sobre los dogmas del catolicismo. Loyson se revela consigo mismo y no confía ya en su sueño evolucionis-

(1) "El Santo" de Fogazzaro.

ta. Del catolicismo no espera nada; es imprescindible crear una religión que sólo tenga de los antiguos cultos el sentimiento de humanidad y de clarividencia suma: "El error de los protestantes consistió en pensar que la Iglesia era susceptible de una reforma. No aplicaron la ley sobre las casas infestadas por la lepra (Levítico XIV, 34 y sig.): *Si se vé que la plaga se ha extendido en la casa, es una lepra inveterada... se derribará la casa*". Al encarar de esta manera el problema religioso llevó su crítica demoledora, siguiendo una ley higiénica, al seno del propio modernismo :no es ya necesario *reformular* el credo católico, sino que es preciso formular la religión nueva, ajena a todo pasado odioso y que solo tenga del cristianismo el amor a Dios; es decir, el fundamento de toda religión, y nada más. Un cuerpo viejo y descompuesto no se renueva, ni por medio de injertos, ni por medio de inyecciones: se mantiene y luego muere; es como el árbol centenario, cuyas raíces estuvieran carcomidas y cuyo tronco deshecho se mantuviese derecho en un supremo esfuerzo de equilibrio.

De tal manera Loyson como apóstol figura en la avanzada del pensamiento contemporáneo y se adelanta en mucho a los modernistas con su cristianismo lógico y demoledor. Su sistema de terapéutica espiritual es anárquico y debe no considerarse en relación con las reformas iniciadas por la Iglesia y en consonancia con su concepción filosófica y militante del credo futuro. El conjunto de

las doctrinas sustentadas durante los quince últimos años de su vida, constituyen hoy más que una base de reforma una religión enteramente nueva, una religión liberal, opuesta al catolicismo aunque sí entroncada con el cristianismo en la comprensión de la finalidad del amor universal.

El Padre Jacinto vivió cultivando en su huerto humilde el dulce sueño de un amor sin límites, de un amor fecundo que acercara a los hombres como atraídos por un lazo de confianza eterna. A través de él iba derecho hacia la naturaleza, a beber en la fuente castalia de sus enseñanzas el ejemplo de la vida fecunda; a él se entregó con los brazos abiertos. Hermano de Lutero en su honradez moral, encontró en sus virtudes el secreto de su ser idealista de hombre fuerte; su esposa Emilia, fué para su conciencia de pensador lo que esa buena Käte, en quien comprendió de cerca el reformador de Weimar el verdadero espíritu de Dios, del Dios inmortal que perpetúa la existencia y aproxima las almas: "Después de un celibato tranquilo y feliz —escribe Loyson el 7 de Noviembre de 1911,—prolongado hasta más allá de los cuarenta años, comenzaba a sentir las reclamaciones de mi ser físico y moral contra la gran ley de la naturaleza y de Dios. ¿Qué hubiese llegado a ser de mí si me hubiese obstinado en seguir por esta vida falsa? Emilia, desconocida por mí antes de 1866, y que hubiese podido no encontrar nunca, entró de repente en mi vida como un milagro de Dios, y gracias a ella fui

salvado por una fe más libre, y también más fuerte, y por la pura y profunda felicidad conyugal. Jamás comprenderá el mundo lo que le debo a esta mujer, y yo acaso no acabe de comprenderlo más que en el cielo". Es el mismo arranque de gracias que se escapaba de los labios de Lutero cuando encontró a la que fué la mejor compañera de su vida. Como aquel, Loyson vivió en ella la doble tranquilidad del pensador y del hombre. A tiempo supo comprender aquello de que el sentido de la divinidad comienza en lo humano, con la vida y con la creación de los seres. La religión no era para sus fines una cárcel de espanto y de esterilidad: el Padre Jacinto veía en ella una madre fecunda, una madre generosa que en sus días últimos le permitiría el regocijo de exclamar en su lecho de muerte: "En esta grave enfermedad me encuentro rodeado por los cuidados y el cariño de mis queridos hijos y de todos".

El 9 de Febrero de 1912 murió el Padre Jacinto Loyson, con la serenidad de un estóico. En su testamento selló su postrera acción de fe con el siguiente último grito de cordura: "Deseo morir como he vivido, después del 20 de Setiembre de 1869, con la resistencia de mi conciencia y de todo mi ser moral respecto del gobierno de la Iglesia romana que estimo ilegítima y desastrosa".

He aquí al hombre y al apóstol. *Domine, quid me vis facere?*

AL MARGEN DE LOS LIBROS DE ANDRES GONZALEZ BLANCO

En la introducción de uno de sus mejores libros habla Gautier de los críticos como de eunucos despreciables, que viven en el encierro de sus concepciones retóricas, incapaces de sentir y de crear, comprendiendo acaso entre éstos a un La Harpe o a un Hermosilla, tipos genéricos “de ómines pedantes, pobres gentes en cuyas narices diminutas no se sostienen las gafas y sin embargo no ven más allá de sus narices”. Tal vez pudo olvidar el delicado poeta parnasiano que, junto a estos profesionales gruñones, censores hormigas, están los puros, los Diderot, los Richter y los Remy de Gourmont. Taine, que era un gran crítico e historiador admirable (*malgré* Mr. Aulard), fué un delicado prosista y hasta un poeta, (Fray Candil asegura que escribió un volúmen de admirables sonetos a sus gatos) cuya obra es de artista y de pensador. Sus estudios, los más severos, ya recuerde a Merimée en una bella página de introducción a su correspondencia, ya

trace el retrato de Geoffroy Saint Hilaire, o ya analice a la luz de una paciente documentación la obra de Tito Livio o las bizarrías de Carlyle, Taine crea y admira abiertamente. Su sistema crítico es científicamente austero; sus impresiones son fórmulas; su naturaleza es la de un *naturista*, según el decir de Sainte-Beuve. Como Brunetière rehuye el culto del *yo* y cree que el escritor es un producto del medio y de un momento determinado. “Nadie inventa nada, — dice al hablar de Tito Livio; — sus ideas son las de su tiempo”. Y, luego, en uno de sus libros de viaje: “las impresiones del cuerpo y del alma modelan el cuerpo y el alma. La raza forma al individuo y el país a la raza. Un grado de calor en el aire y de inclinación en el sol son la causa primera de nuestras facultades y de nuestras pasiones”. Taine daba a la producción artística un valor dependiente siempre de circunstancias claras y precisas. El estético en él es un disfraz de analista: “Un crítico — dice — es como un zarzal al borde del camino: a cada oveja que pasa le quita un poco de lana”. Felizmente lo absurdo de esta definición suya ha sido separado por el testimonio elocuente de su propia obra. Antes de destruir, Taine edifica; y antes de arrancar vellones gusta peinarlos, ordenarlos con mesurada serenidad. Leed sus viajes a través de Italia, sus notas de Inglaterra, su estudio sobre Lafontaine. Son admirables, sencillos, emocionantes.

La facultad creadora debe asimilarse a la facul-

tad crítica ya que esta última, como creía Ruyters, debe ser, antes que nada, comprensión pura comprensión. El espíritu del crítico es como una ventura abierta a todos los horizontes. Un buen crítico es, a modo de un excelente guía espiritual: hace ver lo que los ojos inquietos del lector no vislumbran en los libros. Y no es de que con esto pretendamos afirmar la necesidad de creer en una crítica oficial, que vista toga académica o cargue al dorso un exiguo zurrón de preceptos clásicos. Es preferible un crítico artista, un crítico poeta, un crítico sensitivo, a un grave don Manuel de la Revilla o a un hurañón Monsieur Morellet. Sainte-Beuve y Anatole France comenzaron por ser poetas, deliciosos, líricos. El autor de "La vie littéraire" asegura que todos nuestros esfuerzos para salir de nosotros mismos son inútiles. El juicio está subordinado a circunstancias ocasionales. De tal modo la obra del crítico expresa una pura impresión personal: "Quien me diera, — escribe, — poder contemplar el mundo un instante con los ojos de facetas de una mosca o comprender la naturaleza con el cerebro de un orangután". Y René Doumic, el polígrafo heredero de las disciplinas de Brunetière a veces desmiente los credos del maestro: "Todo juicio artístico lejos de tener un valor absoluto nada significa fuera de nosotros". Brunetière, en cambio, jamás creyó en el valor de la crítica impresionista y personal. El, que había proclamado la solemne bancarrota de la ciencia, escribió doctos análisis de pen-

sador puritano: "M. Brunetière tiene espíritu de filósofo, — escribía Lemaître; — él cree que las obras del espíritu tienen un valor absoluto y constante. Para él existe una jerarquía en los placeres estéticos".

*
* *

El ambiente tranquilo de su apacible ciudad natal, poblada de callejas características y conventos vetustos, de cuyos campanarios echan a volar bandadas de palomas en las tardes de primavera, influyó hondamente en la vida sentimental de Andrés González Blanco. En las mejores estrofas de sus "Poemas de Provincia" apunta frecuentemente el recuerdo de los buenos días lugareños cuando, en plena adolescencia, se tejen los miríficos sueños y nos inquietan las azules quimeras, escuchando golpear en los cristales la lluvia intermitente que cae, como en el poema de Verlaine, llorando sobre la ciudad y sobre el corazón.

Cuenca, la ciudad silenciosa, que recuerda en su apacible dulzura la paz episcopal de aquella Brujas la muerta con sus canales dormidos bajo la luz de las tibias noches; Cuenca, con su catedral gótica y sus calles oscuras y torcidas, evocadoras de las sombras de Alvar Fañez y de Fernán Ruy de Minaya; y, más tarde, el caserón solariego del seminario ovetense, en cuyas aulas más que acicate fueron suplicio para su imaginación las primeras declinaciones

latinas, supo de las primeras inquietudes del poeta adolescente, que se traducían en las vagas aspiraciones de un misticismo apacible: toques de campanas mañaneras, dulces ojos negros que se adivinan tras los cristales de una casona antigua; atardeceres elegíacos, maitines rezados en la penumbra de una capilla soñolienta: "Yo hubiera querido ser más un modesto beneficiado de aquel cabildo — escribe recordando a Cuenca — y jugar un tresillo con el inspector de primera enseñanza y con el regente de la escuela normal, y pasear al atardecer por la Alameda, orillas del claro río que circunvala la ciudad vieja".

A veces, soñando en aquellos dulces momentos idos y mientras una campana matutina deslíe en el aire su voz cansada, el poeta evoca con honda melancolía su provincia soñolienta y triste; su café gris, sus muchachas frescas como las rosas, sus iglesias severas, sus atardeceres elegíacos y el sereno lamento de sus torres viejas:

¡Encanto de las campanas llamando a misa primera
en la torre del convento de las Monjas Franciscanas!...

Intenso, sereno y fuertemente contemplativo, el poeta que hay en González Blanco, más elegíaco que descriptivo, repasa cual las cuentas de un sencillo rosario, las horas de aquella su vida de juventud, sentida al calor de las primeras ilusiones y torturada por las acechanzas de más de algunos ojos soñadores. ¿No le dedicó acaso su primer libro de

versos a una provinciana "que borda detrás de la vidriera y llora cuando llueve; a la que tiene un libro forrado como los de la escuela, que se llama "Los pequeños poemas", a la que está un poco enferma, algo de tisis y algo de tristeza y lleva un nombre romántico que inspiró al viejo Lamartine?" Sus poemas tienen el carácter de una autobiografía, escrita en ratos de tedio y en horas de evocación espiritual. La nostalgia de la paz aldeana de su ciudad levítica, donde se deslizaron sus mejores horas de ensueño, viene a ser en su vida como un motivo sentimental que no le abandona. De sus ocios de estudiante en el seminario ovetense conserva la memoria de una inolvidable tristeza. Su sensibilidad se aguza de tal modo o como un parche o una cuerda tensa que prolongara la vida hasta lo infinito, así también su recuerdo se hace sonoro y evocativo y sutil: y es ya la voz de una monja malagueña que oyó cantar en un coro un tranquilo amanecer; ya las plegarias de las monjas trinitarias al salmodiar el Mes de María; o ya unas campanas matutinas, y un órgano ronco, o un piano olvidado y un claustro poblado de voces y muchos ojos de mujeres ardientemente turbadores.

Recién salido apenas del Seminario,
no encontré quién truncara mi alto destino
y anduve sin amores y solitario
hasta que apareciste tú en mi camino.

He aquí al poeta de juventud, ante cuyos ojos se anima su adolescencia toda como un jardín primaveral, bañado por un sol ardiente, y en cuyos boscajes abundan las rosas, las rosas, las rosas...

*
* *

En la obra de Andrés González Blanco el poeta interesa tanto como el estudioso. "Poemas de provincia" es un hermoso libro, uno de los más bellos libros líricos de estos últimos años. En su obra crítica el poeta siempre está presente: cuando juzga lo hace con amable interés estético; gusta del mariposar sabio y de la glosa personal, así hable del naturalismo en la novela o de la elegía en la poesía moderna. Su concepto de la estética es sereno y noble, sabio y risueño. Como un apasionado botánico que se desvive por las flores de sus jardines y gusta de sus perfumes al par que se complace en hurgar hasta el más misterioso secreto de la fuerza vital, este poeta halaga la imaginación con bellos decires, observa y profundiza sin rebuscar ápices incoherentes, que son codiciados motivos de generalizaciones antojadizas.

González Blanco siente hondamente la personalidad del escritor que es objeto de su estudio: la sigue en sus abstrusas transformaciones; vive en ella sus instantes representativos, apasionándose con sinceridad de artista, pues este hombre, tras su precoz erudición, esconde una alma sentimental y so-

ñadora, alma que se descubre en primaveral floración en las bien cortadas prosas de sus novelas o en sus lindos poemas. En cierta ocasión escribía: "Yo soy un desgraciado sentimental; soy uno de los que aun lloran con ciertas estancias". Y en un estudio sobre la poesía elegíaca, al recordar la obra de los parnasianos, fríos, hieráticos, lapidarios, dice: "Hay que matar, ahogar, extirpar como una mala hierba, esa poesía parnasiana, abusivamente descriptiva, suntuaria, oratoria". Es aquí el poeta quien aparece disfrazado de crítico; el poeta que pide con Verlaine, "retorcerle el cuello a la elocuencia"; el poeta todo sensibilidad que no se contiene. Su labor crítica es de comprensión y de interpretación. Pone más de su cosecha que de la de extraños cercados. Su espíritu rehuye la estrechez de los moldes; es como un arbusto enmarañado, bravío, entre cuyas ramas más de un ave tejió su nido. Antes que clasificar prefiere distinguir: "Por eso he dicho — escribía en un estudio sobre Juan Maragall, — que se le puede caracterizar no clasificar; clasificar es formar en ringla, numerar o denominar, como si se tratase de algo aritmético; y, en cambio, caracterizar es algo noble y bello"; así, Villaespesa es el poeta lírico, el de la magnífica tradición castellana; Antonio de Zayas el poeta descriptivo, parnasiano, con vistas de verlenianismo; Antonio Machado, el Verlaine español, a la vez refinado e ingenuo". ¿Es acaso esto asignarle a cada artista un casillero determinado o enfundarlo en el

estuche de ciertas frases dogmáticas y huecas? No diré que González Blanco prescinda en absoluto de juzgar y discernir sobre autores y obras, haciendo labor comprensiva y clara. "Su espíritu crítico es de una naturaleza fácil, insinuante, móvil y comprensivo", cabe decir con el Sainte-Beuve de los "Pensées de Joseph Delorme" y "tiene manera especial de comprender la crítica, haciendo obra de belleza y de amor". El mismo lo había dicho en "El elogio de la crítica", la primera producción suya que llegó a nuestras manos en un número de la revista "Nuestro Tiempo": "¿Acaso el crítico no es un gran poeta? Criticar, en efecto, es discernir; y discernir es una potencia mental equivalente a comprender y comprender ¿no es una refracción de crear?" Los que creáis encontrar en esa concepción del difícil arte de Boileau una trivial paradoja o un juego malabar de palabras, demostraréis no haber penetrado en el alma de González Blanco. *Comprender* tal es el secreto de la cerradura que guarda la puerta de sus sencillos jardines interiores: comprender y discernir con sobrada claridad como pedía Ruyters; con las visiones del mundo exterior e interior de los artistas; decir lo que para otros aparece vedado, he aquí, pues el más noble secreto de sus ideas. Acaso se objetará que la idea se pierde en el largo divagar erudito, en las citas traídas a colación de continuo, que diluyen la intensidad de los juicios y hacen de su obra una acotación eterna. Mas, a esto, él responde: "como a Renán, *le gout*

de l'erudition est inné a moi. Me gusta, me llena, me satisface el hombre que abrumba a datos, que agota los temas, que recurriendo a los testimonios precedentes, dice su palabra definitiva sobre un asunto". Y luego a modo de *adenda* podríamos anotar al margen de esta sincera *autognosis*, aquello de Juan Pablo Richter: "Se adquiere el derecho de copiar mucho en los otros cuando se tiene algo original que decir". Y González Blanco en esto de prodigar riquezas ideológicas es rico sin atajo, pues, en más de una ocasión, tiró su fortuna por la ventana.

*
* *

Desde hace algunos años ha comenzado González Blanco la publicación de una serie de estudios sobre escritores hispanoamericanos, que hoy figuran reunidos en cuatro volúmenes, "Los Contemporáneos". Además ha escrito una "Historia de la Novela en España", "Salvador Rueda y Rubén Darío", "Campoamor", "Menéndez y Pelayo", "Elogio de la crítica", "Escritores representativos de América" y una serie de novelas entre las cuales "Matilde Rey" y "Doña Violante".

Su obra literaria, que asciende ya a más de una veintena de volúmenes, representa una labor fecunda de arte y de estudio. Su precocidad para tratar asuntos serios y arduos, como el desenvolvimiento de la novela en España durante el siglo diecinueve

(obra esta escrita y premiada cuando González Blanco apenas contaba veinte años) dan la medida de la laboriosidad de tal crítico, cuya juventud ha dejado la huella de serias realizaciones intelectuales. Es un caso raro e interesante el de la formación prematura de su personalidad inconfundible, con todas sus cualidades y defectos, porque a la edad en que otros ni siquiera vislumbran caminos propios, ya este poeta conocía sobradamente el suyo y a través de él realizaba sus andanzas de peregrino ilusionado. En la crítica antes que conocer y juzgar ajenos pensamientos es preciso forjarse una personalidad, libre de influencias, dependiente sólo de una fuerte cultura y de una amplia comprensión. En su ensayo *Confidencias de un crítico*, González Blanco lo ha dicho: "Antes de ser un buen crítico indudablemente es conveniente poseer una individualidad preeminente, pero una vez afianzada la personalidad, una vez que ya uno se ha hecho *absolutamente si mismo*, como decía Verlaine, hay que despojarse de todo personalismo y abrazarse al seno ubérrimo de la objetividad". Y, preciso es confesarlo, esto lo ha conseguido este crítico con sobradas ventajas. Como medios de objetivar las expresiones de sus pensamientos es dueño de un estilo personal, colorido y vibrante; estilo de poeta, animado por frescas imágenes y con un conocimiento acabado del léxico. ¡Cuánto dista su prosa de la ruda, incolora y opaca prosa de los Padre Blanco y de los de la Revilla!...

En España, donde la mayoría de los que han hecho profesión de críticos, exceptuando el caso del muy hábil y simpático Azorín, escriben con más gravedad que un decano de cuerpo diplomático o que un académico, es muy de admirar la sencillez ingenua de este poeta, que a sus muy largas y amenas lecturas suma un espíritu zumbón y travieso. Se diría a veces que no toma en serio su oficio y que se burla de sí mismo, como Anatole France o Pío Baroja aguzan la ironía contra sus propias obras. "He adoptado — escribe — a ratos un tono de burlas que me molesta en mi fondo íntimo, "por aquello que decía Barbey d'Aureville: *L'amour propre se croit plus en sureté dans la plaisanterie que dans la emotion*"... Pero no es propiamente el rasgo irónico sino la reminiscencia íntima, el tono familiar y despectivo, lo que caracteriza su obra con un sello especial e inconfundible. Escribe sin cuidarse mayormente de una disciplina determinada, de tal modo que a menudo un libro suele ser motivo solamente para que su pluma refiera cosas amables y pintorescas y para que divague alrededor de un tema impreciso.

En su manera de comprender las atribuciones del crítico, González Blanco es siempre el mismo: desde su primera obra hasta su último libro de poeta sigue un derrotero espiritual. Ya anotaba antes que, ante todo es un poeta, pero un poeta que canta en cristalina prosa la exaltación de su yo. Ama todo lo bello y siente todo lo noble sin salir fuera de sí mis-

mo, esclavo de sus bien fundadas simpatías, que le permiten analizar las obras en sus variadas formas, en sus continuos cambiantes, pues "la crítica y la psicología tan solo nos han hecho ver que tenemos a nuestra disposición un extenso e inalienable dominio de arte y fantasía: nosotros mismos". Porque González Blanco, al analizar un libro o escribir un juicio sobre un escritor, ya mariposee largamente, con amable galanura, tomando como motivo la personalidad de un Acebal, para escribir largas tiradas de cristalina prosa sobre el naturalismo en la novela o ya reflexione sobre el regionalismo en el arte, siempre es él, único e inconfundible.

No es su obra la de un analista minucioso que busca las bizarrias de relumbrón con paciencia de benedictino; por la inversa, como Taine, prefiere hacer obra de historiador y de artista antes que de disector. Así, en su libro "Historia de la novela en España", obra paciente de estudio y de análisis o en su libro "Los grandes maestros: Salvador Rueda y Rubén Darío", al par que reconstruye épocas que no han tenido aún su historiador que les haga la justicia debida (evolución de la poesía, advenimiento del modernismo en España, la obra de Rubén Darío) crea haciendo obra propia de soberano poeta y de noble esteta.

UN PROFESOR CHILENO: ENRIQUE MOLINA

Desde hace algún tiempo el nombre del sociólogo Enrique Molina comienza a ser conocido dentro y fuera de su país. Nacido en Chile, ha dedicado por entero su vida a la enseñanza y al estudio. De nadie mejor que de él se podría decir que es un maestro de energía. Desde su cátedra en el liceo de Talca primero y en el de Concepción después y a través de numerosas conferencias, ha desenvuelto lo que podríamos llamar su ideal educativo-moral. Sus libros y folletos corroboran y explican su acción docente. Ha publicado ya: "La ciencia y el tradicionalismo", "Un pensador norteamericano", "La enseñanza de la historia", "El pragmatismo" y "La cultura y la educación general". Su influencia ideológica ha sido honda en gran parte de la juventud chilena tal vez porque siempre supo ser antes que la de un pedagogo la de un maestro de idealismo. Hombre de cultura vastísima y muy moderna, siempre supo llegar hasta la juventud y compren-

derla; há compartido sus entusiasmos y, como siempre ha estado en contacto con e'la, se ha hecho solidario de sus arrestos y de sus convicciones. Sus clases son verdaderos laboratorios de experimentación psicológica: más que nutrir a los espíritus jóvenes con severas doctrinas, siempre quiso despertar en ellos la curiosidad y la inquietud. Heredero directo de todas las luminosas cualidades del alma latina, es antes que un Torquemada de la disciplina, un intuitivo. Sus mejores maestros fueron Taine, ese enorme y nunca bien ponderado Taine, fuerte y vigoroso hasta en sus errores; Renán, Guyau y Spencer. Porque si Molina conserva y cultiva la frescura latina en su tradición cultural ha aprovechado también admirablemente las disciplinas sajona y germánica. Bastarían para probarlo aquel sesudo estudio sobre el sociólogo Lester F. Ward, que es, hasta ahora, cuanto de más completo se ha escrito sobre sus obras y doctrinas; y las páginas que le dedicara a William James, filósofo del pragmatismo; y bastarían para corroborarlo también su obra sobre moral de la que han dado a luz algunas revistas sus primeros capítulos, y un libro sobre educación, cuyas observaciones recogió en su viaje a Alemania y Francia. Molina comprende que los pueblos latinos tienen abierto ante ellos un porvenir inconmensurable: ¿cómo descuidar entonces el ejemplo de superación moral e intelectual que le están dando a la civilización, desde hace medio siglo, Inglaterra y Alemania, Estados Unidos y Francia?

En su libro "La cultura y la educación general" ha defendido ardientemente Molina la orientación intelectual de la enseñanza secundaria actual, contra los partidarios de cierto practicismo dogmático. Y no se crea por ello que Molina sea un humanista frío y calculador o un pedagogo dado por entero a sus libros. Nada de eso: su espíritu inquieto de estudio le ha permitido observar mucho, y conocer más en el roce diario al estudiante que en sus clases. Su amor por la verdad cabría en las siguientes palabras de uno de sus libros: "Si la ciencia ha destruído a la humanidad muchas ilusiones, le ha dado en cambio muchas certidumbres con las cuales los hombres viven más serenos y alegres de lo que estaban con las ilusiones ahora perdidas".

El dista mucho de ser un calculista metódico, pues a pesar de estar de lleno dedicado al apostolado de la instrucción, cultiva con amor frescos entusiasmos científico-artísticos y encarna firmemente la enseñanza oficial chilena esa tendencia altamente fecunda y tradicionalmente latina, que basa la acción educativa en un eterno *devenir* de un ideal de energía. De él se pudiera pensar lo que de aquellos jóvenes atenienses que cruzan por los diálogos de Platón renovando una virtuosidad espiritual y física. Entre los maestros de la juventud americana tales como Agustín Alvarez, Vaz Ferreira y Valdés Cange, la actitud de Enrique Molina es representativa dentro de su realismo positivista: "Uno de los ideales de la educación moderna — ha dicho

en una de sus conferencias — es la formación de personalidades”. Sentado este principio ya podemos presumir ligeramente hacia donde tiende su crítica de los sistemas actuales de la enseñanza. Por tradición los establecimientos y las universidades hispanoamericanas han formado hasta hoy solamente bachilleres ignorantones y profesionales egoístas; y, quienes, como los Lastarria, los Sarmientos, los Hostos, los Amunátegui y los Barros Arana, gracias a un estudio tesonero llegaron a preocuparse por las tareas puramente especulativas y especialistas, fueron considerados entre el número de intelectuales fríos y razonadores que, desdeñados por las mayorías indoctas, se apolillaron entre los libros y en las cátedras superiores. Molina ha recordado que en Chile se mira con muy pocas simpatías el intelectualismo. ¿Por qué? Acaso, como nos lo hiciera presente Unamuno, porque hay algo de cartagineses en los chilenos? ¿Acaso nuestras inclinaciones nos llevarán hacia ese decantado practicismo industrial, en el que creen encontrar una probable salvación no pocos que, en fuerza de armarse económicamente en contra de una soñada hegemonía comercial de los Estados Unidos, nos sacrifican con el peor de los suplicios, como no puede menos de ser el que tiende a mercantilizarnos en nombre de una futura riqueza, sin tomar en cuenta siquiera las condiciones de nuestro pueblo. Necesitamos industriales y comerciantes, se dice, y carecemos de industrias y de comercio. Si pretendemos competir

con países como Norte América, en una supuesta rivalidad comercial en el Pacífico, nuestra actitud será la de aquel gusano que intentaba horadar una encina; si imitarle, algo hay en nuestra idiosincrasia que se resiste a ello. ¿Sería lógico suponer un paralelismo remoto entre las condiciones etnológicas de los pueblos del norte y nuestras tendencias de latinos meridionales? O, si como soñaba el sociólogo francés... ¿nuestra salvación estará acaso en la pretendida imitación de otros pueblos cuyas condiciones resultan negativas para nuestras condiciones espirituales? Ya Taine lo dijo: no es posible apropiarse el alma de un pueblo y hacerla crecer como una planta en climas y terruños extraños a su vida y a su organismo, mecánicamente, cuando está determinada para tales o cuales latitudes. Y trasplantar no es crear.

Enrique Molina ha sido el más esforzado en protestar contra esta orientación bárbara que pretende encauzar la enseñanza dentro de un canal de hierro, cuya desembocadura se abriría como la boca de un Dios enorme (el mito de Mercurio) para tragar ideales, ensueños y bríos de belleza y de amor. Y no es que Molina estime o pretenda que un humanismo exagerado o un intelectualismo a macha martillo hayan de ser nuestros salvadores; lejos de sus intenciones tales avances inconsecuentes; pero sí que, en el más alto grado, pide él para la enseñanza secundaria la formación de personalidades y cultivo de la conciencia individual. No es que por huir

de una pretendida amenaza industrial vaya a caer en el temible culto del "dilettantismo" científico, culto de seudos científicos, que Brunetière atacó sin cuartel entre sus paisanos, ni en las abstracciones de tal o cual corriente que intente orientar los estudios hacia una pretendida cultura de laboratorio, fría y egoísta como la que más. El solo ejemplo de la España del siglo XVIII le habría convencido de lo contrario. Apartándose completamente de los extremos Enrique Molina busca y propone un término medio que concilie las dos tendencias, asignándole cierto ascendiente de prioridad a la segunda, que está más cerca de un posible interés nacional.

Desgraciadamente, sucede que nuestros practicistas, (ya que no pragmatistas) no han logrado conciliar sus aspiraciones: hay quienes desearían convertirnos en una gran fábrica de actividad y de animalidad, no lo dicen pero lo dan a entender claramente); y hay quienes como Francisco Antonio Encina y el doctor Carrera y Justiz, — ya lo ha recordado Enrique Molina en sus conferencias,—idealizan al hombre de negocios hasta exaltarlo como especie de mito positivo; de tal modo pretenden establecer una colectividad cuyo sentido moral sea una especie de secreción de la "conciencia práctica". El punto central del problema descansa en el individuo. Enrique Molina analiza este tipo, A o B, y llega a suponer que, como elemento de cohesión social, es peligroso ya que no insignificante. Un hombre de negocios, o, más bien dicho, este hombre de

negocios, a pesar de cierto grado de filantropismo que sería dado suponerle, (aunque entre nosotros los Carnegies y los Rockefeller no existen) constituye el prototipo del egoísta calculador, mezquino por razón intrínseca de sus intereses. Su acción dentro de la colectividad tiende ante todo a buscar el rendimiento aun cuando más no sea a costa del sacrificio de los demás; a constituir la fortuna amasada con lágrimas y dolores ajenos. El tiene su moral "ad usum": encarna el tipo clásico del "bildurgphilister" de que hablaba Nietzsche. Su ideal está limitado por la barrera de su actividad unilateral. Dentro del grupo social representa un valor más o menos cotizabile, según sea el tanto por ciento de un interés fijo. Por mucho que este ideal se exagere, como sucede en la novela célebre de Freytag o en el libro de Francisco Antonio Encina (1), resultará un exponente individual que esté determinado a las circunstancias, pero de un individualismo desquiciador que, en el mejor de los casos, derivará (recordemos "Raza Chilena") hacia un nacionalismo estrecho, tanto más perjudicial cuanto que significará una auto-defensa, la defensa de la abeja que resguarda el alvéolo en que guarda su miel, contra la asociación y la comunidad del panal, en el supuesto caso de que las abejas se preocupasen de tales cosas, propias de los hombres tan sólo, según el decir de Rabelais.

(1) "Nuestra inferioridad económica" — Santiago.

Así, pues, si esta concepción práctica de la enseñanza se basa en el culto del individualismo acaaparador, el fracaso estará en razón directa del mayor despliegue de ambiciones personales. Los resultados se preveen fácilmente: "Los prácticos — dice Enrique Molina ("Un pensador norte-americano") — han ido a buscar apoyo y ejemplos para el sostenimiento de sus predicaciones en la vida de las razas y de los estados más avanzados del mundo; pero lo cierto es que, por ser los casos aducidos citados con un fin determinado, no contienen las más veces toda la verdad y queda siempre algo en la sombra que sacado a la luz destruye y desbarata lo que se ha presentado como fundamento sólido de lo que se afirma o predica. Los Estados Unidos de Norte América han formado y forman un arsenal muy preferido donde encontrar sustentáculos de la vida práctica. Y sin embargo, la vida de aquel gran pueblo examinado con más amplitud se presta a consideraciones y ofrece diferencias de los más variados matices que están muy distantes de corresponder a las admoniciones prácticas que se nos hacen aquí. Por ser aquella una sociedad esencialmente democrática — sin que el éxito inmerecido o repentino deje de tener adoradores, — no obstante, lo práctico allá es la dignificación del trabajo, mientras que entre nosotros, lo práctico es, ante todo, la dignificación de la fortuna y del oro adquiridos con o sin esfuerzos".

Si uno de los fines principales de la enseñanza

moderna debiera consistir en idealizar la vida ¿dónde iríamos a buscar y a encontrar los ideales de uno de esos hombres prácticos que más que dignificar el trabajo, como los norteamericanos han sabido hacerlo, sólo pretenden destruir la competencia del elemento extranjero, cerrando las aduanas, en lucha sorda de ambiciones de expoliación y acaparamiento manufacturero, que tarde o temprano beneficia a una burocracia repugnante, señora del "trust" y del impuesto? ¿Dónde?...

La pregunta queda abierta como una interrogación ante el porvenir y ante el pasado latino: seamos pobres, pero dignos; seamos dignos, sin asesinar los ideales por la espada.

Y es por esto por lo que las enseñanzas de Enrique Molina han logrado arraigar, con hondo ascendiente en la juventud chilena. Su latinismo es equilibrado y ecléctico y dista mucho de todo repugnante dogmatismo docente.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
28 DIC. 1962
Secc. Control y Cat.

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
77777777

I N D I C E

	Pág.
<i>Das palabras</i> de Leopoldo Lugones	7
Brunetière y la bancarrota de la ciencia.	9
Un filósofo de la biología: Le Dantec.	41
La libre vida de Walt Whitman.	115
El porvenir de la filosofía, según José Ingenieros. ..	133
La crítica de Julio Lemaitre.	159
Notas sobre Pío Baroja.	209
El padre Loyson.	227
Al márgen de los libros de Andrés González Blanco.	235
Un profesor chileno: Enrique Molina.	249

IMPRESA MERCATALI
CALLE JOSÉ A. TERRY 285 - 95
:: :: BUENOS AIRES :: ::

EDICIONES

DE LA

Cooperativa Editorial "Buenos Aires"

AVENIDA DE MAYO 791

LIBROS PUBLICADOS

I—FERNÁNDEZ MORENO. — <i>Ciudad</i>	agotado
II—H. QUIROGA.— <i>Cuentos de Amor, de Locura y de Muerte</i> (2ª edición)	\$ 2.—
III—CARLOS IBARGUREN.— <i>De nuestra tierra</i>	"
IV—MANUEL GÁLVEZ.— <i>La sombra del convento</i> (novela)	"
V—ERNESTO M. BARREDA. — <i>Las rosas del mantón</i>	"
VI—CARLOS MUZZIO SÁENZ -PEÑA.— <i>Versión castellana de La cosecha de la fruta, de Tagore</i> (2ª edición)	\$ 1.50
VII—ARTURO CAPDEVILA.— <i>El libro de la noche</i>	\$ 2.—
VIII—RICARDO JAIMES FREYRE.— <i>Los sueños son vida</i>	"
IX—LUISA ISRAEL DE PORTELA.— <i>Vidas tristes</i> (2ª edición)	"
X—PEDRO MIGUEL OBLIGADO.— <i>Gris</i>	agotado
XI—MARIO BRAVO.— <i>Canciones y Poemas</i>	\$ 2.—
XII—JUAN CARLOS DÁVALOS.— <i>Salta</i>	"
XIII—AFONSINA STORNI.— <i>El dulce daño</i>	agotado
XIV—ALVARO MELIÁN LAFINUR.— <i>Literatura contemporánea</i>	\$ 2.—
XV—JOSÉ LEÓN PAGANO.— <i>El santo, el filósofo y el artista</i>	"
XVI—ARTURO CAPDEVILA.— <i>Melpómene</i>	"
XVII—BENITO LYNCH.— <i>Raquela</i> (novela)	"
XVIII—AUGUSTO BUNGE.— <i>Polémicas</i>	"
XIX—CARLOS CORREA LUNA.— <i>Don Baltasar de Arandia</i> ...	"
XX—HORACIO QUIROGA.— <i>Cuentos de la selva</i>	\$ 1.20
XXI—DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ.— <i>La nouvelle moisson</i> ...	\$ 2.—
XXII—JUAN ALVAREZ.— <i>Buenos Aires</i>	"
XXIII—M. A. BARRENECHEA. — <i>Historia estética de la música</i>	\$ 3.—
XXIV—MARCO AVELLANEDA.— <i>Del camino andado</i>	\$ 2.—
XXV—V. A. SALAVERRI.— <i>El corazón de María</i> (novela) ...	"
XXVI—ARTURO CAPDEVILA.— <i>La Sulamita</i>	agotado
XXVII—M. DE VEDIA Y MITRE. — <i>El gobierno del Uruguay</i> ..	\$ 2.—
XXVIII—ALFONSINA STORNI. — <i>Irremediabilmente</i>	"
XXIX—ROBERTO GACHÉ. — <i>Glosario de la farsa urbana</i>	"
XXX—JUANA DE IBARBOUROU. — <i>Las lenguas de diamante</i> ...	"
XXXI—ATELIO CHIAPPORI.— <i>La belleza invisible</i>	"
XXXII—ARTURO CAPDEVILA. — <i>El Amor de Schahrazada</i>	"
XXXIII—ALEJANDRO CASTIÑEIRAS.— <i>Máximo Gorki</i>	"
XXXIV—ALBERTO NIN FRÍAS. — <i>Un huerto de manzanas</i> ..	"
XXXV—ARMANDO DONOSO.— <i>La senda clara</i> (crítica)	"

PRÓXIMAMENTE

XXXVI—MARTÍN GIL. — *Modos de ver* (3ª edic. aumentada) ..

Se venden en todas las buenas librerías

PARA PEDIDOS, DIRIGIRSE A LA

Agencia General de Librería y Publicaciones :: RIVADAVIA 1573 BUENOS AIRES

La COOPERATIVA EDITORIAL BUENOS AIRES está constituida por cerca de setenta escritores argentinos. Es una sociedad anónima, y tiene personería jurídica.

Fundada en Marzo de 1917, ha publicado ya 35 volúmenes, de los cuales ocho se han agotado, habiendo sido tres de ellos vueltos a imprimir.

La COOPERATIVA BUENOS AIRES no edita sino los libros de sus asociados. No acepta correspondencia con personas ajenas a la Sociedad.

No recibe subvención ni ayuda oficial de ninguna especie.

Publica novelas, libros de cuentos, de versos, de crítica, de viajes, de filosofía y de historia.

Proximamente editará obras de Martín Gil, Horacio Quiroga, Alberto Gerchunoff, Carlos Ibarguren, Ricardo Sáenz Hayes y Nicolás Coronado.

La Agencia General de Librería y Publicaciones se encarga de la venta y distribución de los libros de la Sociedad, los que el lector encontrará en todas las librerías importantes de la Argentina, de Chile, de Bolivia, del Paraguay y del Uruguay.



Opiniones sobre algunos libros publicados por la Cooperativa editorial Buenos Aires

Historia estética de la música

por Mariano Antonio Barrenechea

... Trátase de un libro orientador, fuerte, lleno de erudición, desenvuelta en páginas inspiradas, donde Barrenechea ha puesto sus excepcionales calidades de crítico agudo y cultísimo. Libro excelente, no se encontraría en habla castellana, de los escritos sobre el tema, ninguno ni tan sencillo ni tan educador. Se hará indispensable de inmediato para los que estudian arte y para los autodidactas que, capaces de sentir hondamente la emoción estética, no tienen ese precioso acervo primario que los oriente para llegar al complejo tecnicismo del arte.

LA EPOCA

La belleza invisible

por Atilio Chiappori

La pasión por la belleza plástica ha hecho de Atilio Chiappori, a la vez que un benedictino de la frase, un eximio crítico de arte. Después de "La eterna angustia" y de "Borderland", que lo consagraron como escritor, sus actividades estéticas se habían concretado a la observación de la pintura y la escultura, en su movimiento nacional, en crónicas de salones, conferencias, artículos y correspondencias. En "La belleza invisible" están reunidas una parte de estas producciones, cuyo espíritu y originalidad bastarían para definir la personalidad de un hombre de letras.

LA NACION.

La Nouvelle Moisson

por Delfina Bunge de Gálvez.

La señora Bunge de Gálvez da pruebas de haber robustecido su pensamiento sin merma de la exquisita delicadeza de que en aquel volumen hizo gala. Hoy se presenta como un gran espíritu religioso, sereno, profundo; hay en sus poemas un latido de oración y no queremos que se confunda esto con lo moigato, ni siquiera con lo devoto.

Hay en sus versos, además de este noble espíritu religioso, ternura, sencillez, amor por las cosas familiares. La expresión es perfecta; con sentido del ritmo, elección acertada en los temas e imaginación viva.

Estamos pues en presencia de un noble y bello libro de poesías, completamente alejado de las morbosidades al uso. Libro con altas ideas, dignas emociones y palabra limpia y armoniosa, es un verdadero regalo.

Está escrito en francés impecable... Recomendar la lectura de este libro, es, sencillamente, hacer un favor al público, ya que esos versos reconfortan, serenar y limpian.

EL DIARIO.

Las lenguas de diamante

por Juana de Ibarbourou

"Una excelente, excelentísima poetisa oriental — y esto de oriental le cuadra por algo más que por ser uruguayana — Juana de Ibarbourou, ha escrito unas poesías de una castísima y ardiente desnudez, de un ardor de pasión contenida que recuerda a las de Safo — no las de la leyenda —, poesías que no sé de mujer española que las haya escrito y si las hubiera escrito no las habría publicado... Esas poesías, incorrectas a las veces, desmañadas tal vez, pero intensas y hondas y encendidas, poéticas, en fin, casi siempre, forman un volumen que se titula *Las lenguas de diamante*... La autora nos ha remitido sendos ejemplares — ¡gracias! — a Juan Ramón Jiménez, a Antonio y Manuel Machado y a mí. Los cuatro diremos lo mucho bueno que de esa poesía tan genuinamente femenina creemos y sentimos."

MIGUEL DE UNAMUNO.
en *La Nación*.

Irremediamente

por **Alfonsina Storni.**

No conozco mujer alguna en América que escriba ahora con tanta sinceridad, con personalidad tanta, ni que sea tan poeta como usted. Espero dará usted mucha gloria a su tierra y a nuestra literatura castellana. En todo cuanto usted escribe hay un recio acento personal, inconfundible.

JULIO CEJADOR.

Alfonsina Storni es en las letras de nuestra América, un símbolo y una anunciación. Mujer de un extraordinario talento ha logrado imponerse en corto tiempo a la atención de propios y extraños. "Irremediamente" da la medida de su total talento y de su virtuosidad lírica.

EL MERCURIO (de Chile).

Un huerto de manzanas

por **Alberto Nin Frías**

Un libro lleno de nobles y jugosas enseñanzas. Bien conocido es el señor Nin Frías en su obra de escritor: crítico de gran cultura y tino, educador entusiasta, esteta sapiente y hombre de viajes, reúne tan brillantes méritos en una posición mental y sentimental que se traduce en el deseo de mejorar la vida, limpiando las almas de bajas pasiones.

— ... Este libro está brillantemente escrito, en prosa serena, tersa, clara.

EL DIARIO.

Raquela

por **Benito Lynch**

Es, a juicio nuestro, la verdadera novela del campo. La verdadera novela del campo en cuanto da una impresión, neta y precisa, del ambiente y de los tipos. Los personajes quedan trazados con cuatro rasgos. Tan certeramente, que se hacen inconfundibles a través del relato. La fábula es sencilla. Pocos episodios, bastan para interesar y conmover.

— ... de "Raquela" cabe decir que encierra una de las más notables descripciones que se han hecho del incendio en los campos. Es maravilloso de precisión aquello, pleno de incidentes fuertes. La muerte de la yegua, con cuyo cuerpo abierto y sangrante se pretenden atajar las llamas es de una rotundez que toca en realidad. Nadie dice que Lynch no presenciara lo que escribe. La frase es corta; los modismos apresados con picardía. Cuando el pasaje lo exige, el estilo es cálido o galano, áspero y firme.

LA RAZON, de Montevideo.

Máximo Gorki

por **Alejandro Castiñeiras**

"Lo que Castiñeiras ve y siente en la obra del autor de "La Madre", es el contenido social y humano. Le interesa la vida del novelista, forjada a mazazos sobre el yunque de la miseria, la tragedia del gran pueblo eslavo, enfermo, caído, esclavizado, que alienta en la obra de aquel; la filosofía revolucionaria que se desprende de cada una de sus páginas, filosofía profunda y realmente cristiana, levantada como un anatema contra nuestra civilización, tan inhumana bajo sus falaces apariencias humanitarias.

"...Honra a nuestro país el que haya enriquecido la escasa bibliografía gorkiana en lengua española con un estudio noblemente concebido y realizado con inteligencia".

ROBERTO F. GIUSTI.
en Clarín.